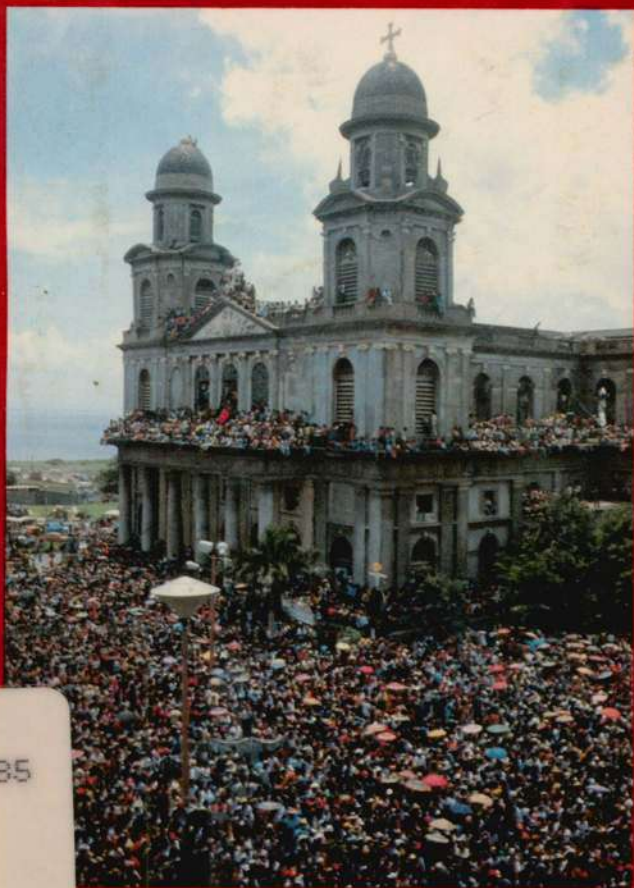


René Herrera Zúñiga
**RELACIONES
INTERNACIONALES
Y PODER POLÍTICO
EN NICARAGUA**



320.97285
H5659r

EL COLEGIO DE MÉXICO

**RELACIONES INTERNACIONALES Y
PODER POLÍTICO EN NICARAGUA**

RELACIONES
INTERNACIONALES
Y PODER POLÍTICO
EN NICARAGUA

René Herrera Zúniga



EL COLEGIO DE MÉXICO

Portada de Mónica Diez Martínez

Fotografía de la portada:
Managua, Nicaragua, 1979
(Pedro Valtierra, Cuartoscuro)

Primera edición, 1991

D.R. © El Colegio de México
Camino al Ajusco 20
Pedregal de Santa Teresa
10740 México, D.F.

ISBN 968-12-0488-3

Impreso en México / *Printed in Mexico*

ADVERTENCIA Y AGRADECIMIENTOS

Éste es un ensayo de interpretación de la historia política de Nicaragua, que procura fundamentalmente dar algunas pistas para la comprensión de los acontecimientos que han ocurrido en la década de los ochenta y en el primer año de esta década de los noventa. Este ensayo no pretende ser más que un punto de partida en la interpretación de la formación y evolución del poder político en un pequeño país latinoamericano, que pareció vivir un fenómeno maduro de su evolución política interna con la revolución sandinista de 1979.

El interés por analizar e interpretar la historia política nicaragüense hasta el estallido revolucionario de 1979, más que revisar el periodo sandinista y la apertura negociada que les lleva a perder el gobierno en 1990, se debe al hecho de que muchas de las formas y contenidos que adopta el proceso sandinista apenas iniciado su gobierno, manifiestan la reaparición de viejos y viciados modos de hacer política, muchos de los cuales fueron típicos del país que pretendían cambiar. Tratar de entender y explicar el país político desde finales del siglo pasado, pasando por el periodo somocista, nos daría mejores pistas para la comprensión de los acontecimientos más recientes, especialmente porque el sandinismo, aun cuando se presentó como una insurrección contra el pasado, realmente mostró más bien una lealtad hacia él. El sandinismo no operó como una transición de un régimen dictatorial a un régimen político más moderno. Por el contrario, en el sandinismo operaron más las continuidades con el país de las primeras décadas del siglo que con las tendencias modernizantes iniciadas en la década de los cincuenta. Utilizaron oportunamente para llegar al poder las condiciones de crisis que la modernización somocista no supo resolver, pero no lograron convertir su llegada al poder en una fuente de modernidad política que la economía y la sociedad les permitía crear a partir de ese momento.

Dedicado a la revisión del proceso político de larga duración, este ensayo abre la puerta para entender los procesos de corta duración que el sandinismo inaugura en 1979 y que son objeto de mayor atención e interés intelectual y político. No obstante, en términos teóricos

y prácticos, la revisión histórica previa al sandinismo permite no sólo la explicación de cómo y por qué se producen los acontecimientos de 1979, sino que adelanta claves de interpretación del porqué el sandinismo no terminó siendo un fenómeno maduro de la formación y evolución política interna de Nicaragua.

Una última explicación que reafirma lo anterior se refiere al hecho de que al enfocar en este ensayo los aspectos generales del desarrollo económico y social del país durante las décadas previas al sandinismo, se produce una interpretación en síntesis que deja en buen pie a los gobiernos anteriores, aun cuando en términos políticos esos gobiernos, especialmente a partir de 1967, ven reducida su eficacia como proceso histórico-político constructivo. Tal interpretación no trata de recurrir a las mañas mentales del tiempo, conforme a las cuales se puede alterar el pasado para acomodarlo a una justificación del presente. Escrito de buena fe, este ensayo no sirve a ningún propósito partidario. La visión que muchos compartimos de que el país requería de un esfuerzo para hacer compatible la participación política y el desarrollo económico, se vio frustrada cuando aumentada y privilegiada la participación política se enterró el bienestar de las mayorías del país.

Finalmente deseo agradecer el apoyo y el incentivo de los colegas y amigos centroamericanos que compartimos durante varios años la condición de profesores e investigadores en El Colegio de México: Rodolfo Pastor, Manuel Chavarría, Román Mayorga y Roberto López. En nuestras frecuentes discusiones sobre el tema ellos compartieron conmigo su tiempo, sus conocimientos y su talento. Debo agradecer también a mis maestros y colegas de El Colegio de México, muy especialmente a Mario Ojeda, Rafel Segovia, Lorenzo Meyer, Blanca Torres y Soledad Loeza. Tengo una deuda de gratitud por su respaldo académico con el profesor Mark Rosemberg, director del Latin American and Caribbean Center de la Florida International University. Mi agradecimiento también al profesor Jesús Velazco, director del Departamento de Relaciones Internacionales de la Universidad de las Américas, en Cholula, Puebla. La comprensión y el interés de todos ellos sobre el tema centroamericano y nicaragüense en particular, han sido profundamente apreciados por mí, independientemente de que estén de acuerdo o en desacuerdo con las ideas aquí expuestas. Doy finalmente las gracias a Virginia Arellano por su trabajo mecanográfico.

INTRODUCCIÓN

En este trabajo planteamos la cuestión nacional nicaragüense desde una doble perspectiva. La primera está ligada a los conflictos entre las élites locales de Granada y León, que disputan entre sí por la construcción de un Estado nacional durante el siglo XIX y parte de la primera mitad del siglo XX, y a las formas en que dichos conflictos persisten durante las siguientes décadas hasta la irrupción de la revolución sandinista. La segunda perspectiva se relaciona con el conflicto social que, habiendo resultado de una política de modernización agropecuaria iniciada en la posguerra bajo el auspicio del gobierno fuertemente centralista de los Somoza, encuentra una de sus expresiones más importantes en el estallido insurreccional de 1979.

Este ensayo trata de identificar y explicar las ligas entre ambos conflictos y cómo prevalecen y se imponen en ellas las continuidades del conflicto interelitista, aun sobre las rupturas sociales propuestas por el sandinismo.

En una visión más general, ambas perspectivas de conflicto nos permiten ensayar una interpretación de los problemas que sufre el tránsito de una sociedad tradicional desgarrada por los conflictos entre las élites conservadoras y liberales asentadas en las ciudades de Granada y León, respectivamente, a una sociedad más bien nacional, mediante la puesta en marcha en la segunda mitad de este siglo de una política modernizadora destinada a crear estructuras nacionales, desde un nuevo centro político nacional localizado en Managua y bajo la conducción de un gobierno fuerte. Esta interpretación nos abre el camino para entender las variadas combinaciones de conflictos que se desarrollan durante más de tres décadas, hasta producir finalmente la crisis de 1979 y el ascenso del gobierno sandinista.

En la política nicaragüense persisten los viejos pleitos de élites regionales, al lado de nuevos y más difusos problemas de acomodo de actores sociales emergentes que se forjan en la modernización agropecuaria del país. En esa combinación de conflictos habrá de introducirse la violencia guerrillera y su posibilidad de alianzas para alcanzar el poder en 1979.

La perspectiva de análisis que privilegia la emergencia de actores sociales nuevos de origen popular, que buscan acomodo en el sistema político, tiende a prevalecer en la presentación final de la situación insurreccional de finales de la década de los setenta. Es claro, sin embargo, que en los acontecimientos y en sus derivados de alianzas políticas posteriores, se impone más la continuidad de los valores enfrentados en el conflicto de las élites que el éxito de las rupturas sociales provocadas por la modernización agropecuaria, pregonadas por el sandinismo como una justificación para su propuesta insurreccional.

A pesar de los criterios centralizadores aplicados por los gobiernos fuertes y prolongados del liberalismo, primero en la dictadura del general José Santos Zelaya (1893-1909) y luego en la de los Somoza (1937-1979), y del éxito de sus respectivos gobiernos en la creación de las estructuras nacionales desde un nuevo y fortalecido lugar político, como es Managua, sus gobiernos fallan en la construcción de mecanismos políticos modernos para lidiar con el conflicto permanente entre las élites de León y Granada. En particular ello es evidente en el último gobierno de los Somoza cuando, a pesar de la modernización económica que vive el país durante casi tres décadas, las formas del conflicto en contra de su gobierno recogen con nitidez la vieja disputa de familias, por encima de los nuevos conflictos sociales que la modernización promueve. Al mismo tiempo el enfrentamiento entre grupos familiares prevalece sobre la posibilidad de encontrar mecanismos que asimilen o aislen las presiones populistas, originadas en sectores no incorporados a la vida política pero que han sido beneficiarios del crecimiento económico durante el somocismo.

Conforme a esta interpretación, en la mitad de la década de los setenta, a la fragmentación de las élites que resumen los viejos pleitos de tinte familiar y localista (Chamorros vs. Sacasas) se suman nuevos pleitos de tinte empresarial y nacional (consejos y cámaras vs. gobierno). Paralelamente a ese conflicto interelitista aparece la búsqueda de liderazgo por parte de las fuerzas sociales de origen popular que procuran su incorporación en la vida política. Frente a esa fragmentación múltiple en las fuerzas sociales, en un especial momento de crisis económica como la de 1975 y de aflojamiento de las tensiones internacionales, con el ascenso del presidente James Carter en 1977, el gobierno de Somoza sólo tiene disponible a su favor el uso de factores estructurales, como el de la Guardia Nacional y la burocracia estatal, que resultan insuficientes para garantizar la sobrevivencia de su régimen.

Problemas particulares de habilidad política y circunstancias de disponibilidad para gobernar, en el caso del presidente Somoza desde 1974, son contrastados en diversos círculos de opinión de fuerzas em-

presariales, profesionales y sindicales involucradas en el conflicto interelitista, con las perspectivas de una ruptura como la sugerida por el sandinismo. Jugando a riesgos que consideran manejables algunos líderes de esas fuerzas, terminan por aceptar un esquema de coaliciones antigubernamentales al lado de los sandinistas. Este esquema es aceptado sobre la base de que prominentes líderes sandinistas pertenecen a las élites familiares de Granada, lo que los vuelve, a su juicio, confiables en una alianza que conduzca a una ruptura definitiva con el orden político tradicional, bajo la suposición de que con ello adquieren una garantía de influencia decisiva en el periodo posterior.

La forma y el contenido de la ruptura revolucionaria que impulsa el sandinismo entre 1972-1979 sugieren una base social popular. Sin embargo y paradójicamente terminan por confirmar, en la forma de sus alianzas para formar gobierno y en el discurso político enderezado a crear una nueva identidad política nacional, la profunda dependencia de ese proyecto respecto a los viejos valores en conflicto, dejando a la vista las continuidades y mostrando el fracaso para imponer rupturas relevantes que modificaran cualitativamente el curso de la formación política del país.

El sandinismo se deja alimentar por las continuidades y falla en imponer las rupturas. Las continuidades, marcadas por el conflicto interelitista, le son funcionales para la toma del poder, pero las rupturas que propone con base en los conceptos de soberanía y de enemistad con Estados Unidos están mal seleccionadas, pues no tienen un asidero suficientemente sólido en la cultura nicaragüense como para impulsar un modelo de estabilidad política. Su intensa ideologización y alineamiento con el mundo socialista desdibujan sus propuestas de rupturas al alejarlas de su base histórica local y llevarlas a privilegiar la confrontación ideológica internacional.

En la búsqueda de una interpretación del tránsito político nicaragüense es preciso descubrir las novedades importantes que distinguen el proceso de construcción nacional de Nicaragua de los procesos de los otros países centroamericanos. Este ensayo procura interpretar esas novedades que hacen del proceso nicaragüense un tema importante en la búsqueda de explicaciones al proceso político general de Centroamérica.

La condición geográfica del país impuso valores especiales a la política y a los políticos nicaragüenses. Liberales o conservadores, leoneses o granadinos, los políticos vivieron cautivados por la cuestión del canal interoceánico. Esa realidad los hizo diferentes a los demás políticos de la región, en cuanto que su visión positiva y abierta de los países extranjeros, especialmente de Estados Unidos, les marcó una

visión limitada de la soberanía y el nacionalismo.

El primer capítulo de este ensayo presenta una interpretación del significado que tuvo la cuestión canalera en la formación de las ideas políticas nicaragüenses, dando como resultado que la idea de soberanía sea muy relativa en el significado de la lucha política interna y, en consecuencia, que la creación de figuras o símbolos de enemistad histórica no tenga arraigo en la cultura de los partidos o liderazgos. De ahí que la ruptura, basada en la noción de soberanía y en la noción de la enemistad con Estados Unidos, tenga poca significación a la hora de pretender un modelo político modernizador.

Pero más aún, la visión de soberanía que retiene el nicaragüense está fincada en la noción de vecindad con los otros países centroamericanos. El ser centroamericano es vivir entre otros centroamericanos. Es una realidad distinta a la de los demás países latinoamericanos. El centroamericano tiene que forzar su identidad a base de distinguirse del vecino centroamericano, lo que siempre resulta casi imposible dada la realidad que vive cotidianamente. A fuerza de imponer las diferencias, más inventadas que reales, entre uno y otro, la resultante ha sido una noción de soberanía limitada. La soberanía no esconde demonios lejanos ni motiva la construcción de discursos de enemistad histórica más allá de la frontera centroamericana. El compartir, el estar cada país centroamericano demasiado metido dentro del otro en una contigüidad territorial, ha forzado en ellos una idea de soberanía muy diferente a la fincada en otros países de América Latina.

La presencia norteamericana en Centroamérica y especialmente en Nicaragua tiene, en consecuencia, significados un tanto diferentes a los que tiene en otros países de América Latina. Las intervenciones en Nicaragua estuvieron ligadas a procesos en los que las fuerzas contrapuestas recurrían indiscriminadamente al apoyo estadounidense. Su vocación canalera y la forma en que esa vocación se reproducía cotidianamente en la cultura política les hizo siempre vulnerables a la influencia extranjera, marcando una excesiva dependencia del acontecer internacional.

En el segundo capítulo tratamos de mostrar la fuerza especial que tiene la vecindad centroamericana en el desarrollo interno de los acontecimientos nicaragüenses. La revisión de la revolución liberal conducida por el general José Santos Zelaya (1893-1909) se hace en función de una búsqueda de relaciones con el fenómeno de las luchas por el liderazgo regional entre el norte influido por Guatemala y el sur influido por Nicaragua. Una mezcla de acontecimientos muestran el intenso grado de penetración que tiene la búsqueda de integración regional en las respectivas integraciones nacionales. Todo ello, a su vez, está liga-

do a la vulnerabilidad que guarda especialmente Nicaragua, dada su posición geográfica canalera, frente a los conflictos de esa época entre países ajenos a Centroamérica, como México y Estados Unidos. El nacionalismo del general Zelaya está fincado en su proyecto de liderazgo regional frente a Guatemala, más que en función de las políticas de Estados Unidos. Zelaya convierte la cuestión canalera en un hecho importante para su filiación nacionalista, cuando los norteamericanos han abandonado la idea de construir el canal por Nicaragua y se deciden por la opción panameña. Hay más resentimientos como causal que voluntad de identidad y soberanía.

En el tercer capítulo ensayamos una interpretación del resurgimiento de los conflictos armados entre las élites conservadoras y liberales, con el ingrediente nuevo de las intervenciones de Estados Unidos en la política interna luego del fin de la revolución liberal. Es un capítulo dedicado a los gobiernos bajo custodia norteamericana (1910-1937), misma que fortalece las interrupciones que el conservatismo granadino promueve en contra del proceso de cambios iniciado, desde Managua, por la revolución liberal. La restauración de los gobiernos conservadores es resistida por los liberales, siendo más conocida la resistencia del general Augusto César Sandino.

La aparición de Sandino y su gesta antinorteamericana son novedosas en la acción política nicaragüense. Es más una reacción contra la clase política que favorece la presencia física de los *marines* que una auténtica y duradera actitud nacionalista. El mismo Sandino que participa al lado de los liberales, actúa como rechazo al arreglo entre liberales y conservadores, de 1927, y llega a sugerir que los norteamericanos controlen directamente el gobierno hasta las elecciones de 1928. Su problema básico era que los conservadores no estuviesen en el gobierno. La decisión norteamericana de respaldar militarmente al gobierno conservador de Adolfo Díaz, convirtió la lucha de Sandino en una guerra que ganó las simpatías en toda América Latina. Sin embargo, los conflictos políticos entre liberales y conservadores prevalecieron sobre la guerra de Sandino, por lo que su impacto de nacionalismo y antinorteamericanismo en la cultura política general no fue tan grande como se veía en el exterior.

El cuarto capítulo está dedicado a estudiar el establecimiento de un gobierno fuerte luego de la guerra de Sandino, encabezado por otro de los generales del liberalismo, el general Anastasio Somoza García (1937-1956). La aparición de un gobierno fuerte y centralista en la década de los treinta, terminada la guerra de Sandino, si bien no elimina el conflicto entre las élites de León y Granada, logra neutralizarlo con la modernización económica estrenada en la posguerra,

modernización auspiciada desde Managua como nuevo centro político y con numerosas regiones como nuevos centros de crecimiento económico, así como por la creación de un factor estructural novedoso, la Guardia Nacional.

El viejo regionalismo, León vs. Granada, sucumbe temporalmente ante las exigencias de la centralización política en un país que pasado el primer tercio del siglo no logra, como sus vecinos, iniciar su integración al mercado internacional. La instalación del gobierno fuerte de los Somoza es una realidad política y económica que trata de construir un terreno intermedio en el conflicto histórico de las rivalidades regionales. De hecho, en la política somocista hay una voluntad de rupturas similares a las planteadas en la época del general José Santos Zelaya. Con circunstancias diferentes, Somoza apenas logra dicha construcción; en su fuerza centralista la creación de una guardia nacional juega un papel clave, pero subordinado a la capacidad de su estructura de autoridad para arbitrar las rivalidades locales. La apertura de un proceso de desarrollo económico en regiones relativamente separadas del viejo conflicto, le dio flexibilidad y tiempo en la construcción de un nuevo centro político localizado en Managua, pero el gobierno fuerte siguió dependiendo de un permanente ajuste de cuentas entre las élites locales y el centro político. El tamaño reducido de esas élites convertía al conflicto en un verdadero pleito de familias plenamente identificadas. La figura de un dictador viviendo entre las rivalidades de tales élites locales, es precisamente la figura del poder político nicaragüense en los diferentes momentos históricos del somocismo.

En el quinto capítulo hacemos una revisión de los cambios políticos, económicos y sociales del país ocurridos entre 1956 y 1979, periodo que cubre a los gobiernos posteriores al del fundador del somocismo, esto es los de sus hijos y sus seguidores hasta el estallido de la insurrección de 1979. El éxito del proceso económico desde los años cincuenta hasta los años setenta, encumbra y fortalece la figura política dictatorial, pero no remueve de manera definitiva las estructuras y las instituciones que alientan la permanencia y reproducción de fuerzas localistas, mismas que habrían de reaparecer vestidas de confrontación armada, dando sustento a grupos revolucionarios que les resultaban funcionales a sus viejas querellas familiares. Prominentes jóvenes de las familias conservadoras granadinas resultan generales y comandantes del sandinismo, al lado de jóvenes provenientes de estratos populares cargados de ideología revolucionaria.

Al análisis de este proceso se dedica este trabajo, sin pretender agotar la comprensión de los complejos y permanentes mecanismos que tienden a estancar el proceso político nicaragüense. Los aconteci-

mientos que sacudieron al país durante la década del sandinismo, así como aquellos que les llevaron a la derrota en 1990, no están analizados en este trabajo pero pueden comprenderse con mayor facilidad luego de este breve ensayo sobre los acontecimientos previos a 1979.

I. NICARAGUA EN EL SIGLO XIX. LA FALLIDA RUTA INTEROCEÁNICA

El *Prometheus*, de Vanderbilt, llegó a San Juan del Norte, en el Atlántico nicaragüense, la tarde de la navidad de 1850; venía procedente de Nueva York y su destino era California. Los pasajeros de primera habían pagado 300 dólares y los de proa 35 dólares. La fiebre del oro intensificó el tráfico de todo tipo de pasajeros por San Juan del Norte, puerto de entrada del río San Juan; esta ruta interoceánica combinaba el servicio de vapores y diligencias para cruzar Nicaragua.

En tiempos coloniales ésta era la ruta del comercio de Centroamérica hacia España, la que dejaba riqueza y prestigio a los comerciantes asentados en Granada y León y convertía al país en un país de paso.

La disputa por el canal había comenzado desde antes, pero en este momento la lucha se intensificaba por causas económicas. Inglaterra y Estados Unidos se habían enfrentado en el plano diplomático, ahora "las empresas organizadas" entran en escena y la mirada del mundo ávido de riqueza se vuelve sobre este estrecho territorio.

Es en la primera mitad del siglo XIX cuando a raíz de la cuestión del canal interoceánico, Centroamérica ingresa al plano de los intereses y prioridades de la política internacional de las potencias.

De los conflictos fronterizos en el norte del continente americano —Canadá, Estados Unidos y México—, las tensiones en las relaciones de las potencias europeas con Estados Unidos se desplazan hacia Centroamérica y se concentran particularmente en las posiciones encontradas de Inglaterra y Estados Unidos respecto al dominio comercial y estratégico de la zona.¹

Este desplazamiento de las tensiones internacionales hacia Centroamérica es importante porque refleja el inicio de la extensión del poderío y los intereses norteamericanos en América Latina. Estados Unidos presionaba para expandirse en dirección de la línea de menor resistencia: México, Centroamérica y el Caribe. El avance hacia el sur

¹ H. C. MacAllen, *Great Britain and the United States: a History of angloamerican relations, 1783-1952*. London, Odham Press Limited, Long Acre, 1954.

y hacia el mar Caribe era facilitado por las condiciones que prevalecían en los países de esas regiones.

México estaba en los años cuarenta del siglo XIX asolado por la guerra civil y en plena bancarrota: no era difícil para Estados Unidos encontrar fórmulas que le permitieran sacar ventajas territoriales. La guerra en contra de México, iniciada en 1846 bajo la presidencia de Polk, terminó por el Tratado de Guadalupe-Hidalgo, firmado el 2 de febrero de 1848, después de que las tropas norteamericanas habían ocupado la capital y de que California y Nuevo México se hallaban bajo el poder de los norteamericanos.²

Esta guerra provocó profundos y permanentes sentimientos anti-norteamericanos en México y en el resto de América Latina, aunque en esos años fue precisamente cuando más solicitaron los países latinoamericanos la aplicación de la Doctrina Monroe como una reacción defensiva frente a las presiones de los europeos.³

Con la adquisición de California se da comienzo a una activa política de Estados Unidos destinada a conseguir, de México y de Centroamérica, el dominio de las vías potenciales interoceánicas de Tehuantepec, Nicaragua y Panamá. En cuanto a México, las presiones del gobierno de J. Polk por introducir en el Tratado de Guadalupe-Hidalgo concesiones especiales sobre el Istmo de Tehuantepec no resultaron favorables.⁴ Esa era una ruta considerada adecuada para una comunicación ferroviaria transcontinental; sin embargo, la habilidad de los negociadores mexicanos y las limitaciones políticas del gobierno de Polk hicieron imposibles las pretensiones de Estados Unidos.⁵

Los descubrimientos del oro californiano en 1848 activaron la urgencia de una comunicación intercostera. Miles de norteamericanos del este buscaban una ruta más rápida y menos costosa que el viaje terrestre. Mineros, comerciantes e industriales estaban urgidos de una ruta más corta, segura y práctica. Tal ruta, descontando Tehuantepec, sólo existía en Centroamérica.⁶

² Josefina Z. Vázquez, "Los primeros tropiezos", en *Historia general de México*, tomo 3, México, El Colegio de México, 1981, pp. 69-84.

³ Dexter Perkins, *La doctrina Monroe, 1826-1867*, Baltimore, John Hopkins Press, pp. 126-127 y 244-252.

⁴ James Morton Callahan, *American Foreign Policy in Mexican Relations*, Nueva York, The Macmillan Company, 1932, pp. 189-213.

⁵ *Ibid.*

⁶ En Centroamérica, Nicaragua era el paso más adecuado. Jorge Jenkins M. cita que el tráfico de pasajeros era tan abundante que entre el 8 y el 13 de noviembre de 1850 pasaron por San Juan del Norte 1 613 personas, utilizando principalmente los servicios de la empresa de vapores Accessory Transit Co. de Cornelius Vanderbilt. Jorge

La búsqueda de una ruta interoceánica enfrentó a los norteamericanos con los ingleses, quienes tenían acentuada influencia en la zona. Previendo el enfrentamiento, los ingleses ejercieron fuertes presiones sobre Nicaragua, cuyo río San Juan presentaba las características más favorables para la construcción de un canal interoceánico. Los ingleses reclamaron a Nicaragua el control del río San Juan y convirtieron el acceso atlántico a dicho río en un muro de contención a los intereses norteamericanos. Para ello Inglaterra alegaba que la zona pertenecía a los indios misquitos, quienes tenían en Inglaterra a su protectora y aliada.⁷

La Mosquitia es la región de la costa atlántica hondureño-nicaragüense poblada originalmente por tribus entre las que destacaban las de los pueblos Cariari y Jicaques. Según la versión del padre Las Casas, eran indios de talla alta, robustos, bien proporcionados y de semblante risueño, cruzados luego con los caribes de las Antillas. Su encuentro posterior con los negros africanos llegados a mediados del siglo XVI dio paso a una raza mixta de atrevidos guerreros, hábiles marinos y diestros pescadores. Estos grupos se convirtieron en la base poblacional de la costa atlántica nicaragüense. Resistieron la penetración española manteniendo contactos frecuentes con los filibusteros y piratas que tomaron sus territorios como cuartel para sus operaciones en el mar Caribe. Decididos a mantener su autonomía respecto a las autoridades centrales nicaragüenses, asentadas en el Pacífico, los misquitos acentuaron el valor de sus autoridades locales. Los ingleses explotaron el sentimiento autonomista de este pueblo. El príncipe Adrián, coronado Rey de la Mosquitia en 1687 con el nombre de Jeremy I y llevado para tal acto por los ingleses a Jamaica, reconoció en la Mosquitia la soberanía del rey Carlos II de Inglaterra. A partir

Jenkins Moliere, "La Mosquitia nicaragüense: articulación de una formación precapitalista. Su historia", en *Estudios sociales centroamericanos*, enero-abril, 1980, San José, Costa Rica, p. 32.

⁷ El tema de la Mosquitia es bastante tratado en la bibliografía de las relaciones internacionales centroamericanas del siglo XIX. Pese a la manipulación de que fue objeto el pueblo misquito, constituye una realidad histórico-cultural que en el caso de Nicaragua sobrevive como uno de los temas más importantes de la integración nacional. Sobre la visión tradicional del problema misquito, véanse: José Dolores Gámez, *Historia de la costa de Mosquitos*, Managua, 1939; Sofonías Salvatierra, "La costa de Mosquitos", en *Revista de la Academia de Geografía e Historia de Nicaragua*, núm. 2, Managua, 1938; Ephraim George Squier, *Adventures on the Mosquito shore*, Chicago, 1888; Troy S. Floyd, *The anglo-spanish struggle for Mosquitia*, Albuquerque, The University of New Mexico Press, 1967. Este último trabajo contiene una amplia bibliografía del tema.

de entonces, la monarquía inglesa se convirtió en la protectora y aliada de los misquitos. De ahí parte la versión de que los ingleses los manipularon permanentemente y luego los utilizaron para enfrentar al gobierno nicaragüense y a los norteamericanos cuando éstos iniciaron, en el siglo XIX, sus gestiones para construir un canal interoceánico en Nicaragua.⁸

Los norteamericanos habían intentado desde antes de la guerra contra México celebrar acuerdos con los países centroamericanos para garantizar una ruta interoceánica bajo su control, pero los ingleses les habían puesto dificultades. En 1823, cuando el gobierno salvadoreño se resistió a la anexión de su país al imperio mexicano de Iturbide y buscó como alternativa su anexión a Estados Unidos, los ingleses protestaron. Strafford Canning, ministro inglés en Estados Unidos, al tener conocimiento de las gestiones salvadoreñas calificó el hecho como una insinuación de que se estaba gestando una anexión global de Centroamérica a Estados Unidos, y asoció la gestión salvadoreña a la cuestión canalera al enviar con su reporte a Londres, el 8 de abril de 1823, una carta del aventurero de la Florida, George Woobine, en la que éste solicitaba la protección del gobierno inglés con el propósito de asegurar a la corona británica el "completo control de una comunicación marítima a través del Lago de Nicaragua".⁹ La explicación de los norteamericanos a los ingleses, dada por John Quincy Adams, fue en el sentido de reconocer que la delegación salvadoreña había propuesto, en efecto, una alianza contra las acciones violentas de Iturbide, pero que tales gestiones habían sido anuladas por la caída de este último y el cambio de actitud respecto a Centroamérica por parte del nuevo gobierno mexicano.¹⁰

La actitud de los ingleses obligaba al gobierno de Estados Unidos a actuar con cierta cautela frente a las ofertas constantes que los nicaragüenses le hacían para la construcción del canal. Aún así los nicaragüenses seguían insistiendo en ofrecer sus territorios. El 8 de febrero de 1825, el ministro de Centroamérica en Estados Unidos envió una nota al Departamento de Estado ofreciéndoles la construcción de un canal en Nicaragua.¹¹ En 1826 se organizó la Central American and

⁸ José Dolores Gámez, *op. cit.*, pp. 10-11; Jorge Jenkins, *op. cit.*, p. 38.

⁹ Citado por J. Fred Rippy, *Rivalry of the United States and Great Britain over Latin America, 1808-1830*, The John Hopkins Press, 1929, p. 217.

¹⁰ *Ibid.*

¹¹ Gordon Ireland, *Boundaries, possessions and conflicts in Central America, North America and the Caribbean*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1941, p. 188. Este libro contiene abundante información básica para el estudio de la cuestión canalera.

United States Atlantic and Pacific Canal Company.¹² El mismo año, y luego del reconocimiento norteamericano a las Provincias Unidas de Centroamérica, el presidente Adams negoció un tratado comercial¹³ que alentaría los intereses de inversionistas privados en Centroamérica. A través de estos inversionistas los norteamericanos empezaron a establecer contactos más cotidianos con los gobiernos locales. Y a su vez, los inversionistas solicitaban a Estados Unidos protección y garantías mediante la celebración de tratados bilaterales. En 1837 el Senado norteamericano pidió al presidente Jackson que considerara la conveniencia de abrir negociaciones con los gobiernos de Centroamérica y Nueva Granada, para proteger mediante tratados a las compañías e inversionistas individuales interesados en construir un canal interoceánico en el istmo.¹⁴

La resistencia inglesa a la penetración norteamericana, especialmente en Nicaragua, forzó al gobierno del presidente Polk a buscar la ruta canalera de Panamá mediante un tratado con Nueva Granada, conocido como Bidlack-Mallarino, del 12 de diciembre de 1846. En el tratado se fijaban las concesiones de Nueva Granada a Estados Unidos para la comunicación a través del istmo de Panamá. Si bien el título del acuerdo era el de Tratado General de Amistad, Comercio y Navegación, era un hecho que lo esencial del mismo estaba en abrir a Estados Unidos la opción canalera de Panamá.¹⁵ Al mismo tiempo Polk insistía en las presiones diplomáticas para obtener concesiones de México sobre el Istmo de Tehuantepec.¹⁶ La ruta nicaragüense era más atractiva para Estados Unidos, pero el veto inglés era más fuerte que la voluntad oferente de los nicaragüenses hacia Estados Unidos.

Para hacer notar su poder de veto sobre la preferencia norteamericana por la ruta nicaragüense, los ingleses se hicieron presentes militarmente en la entrada del río San Juan, ocuparon el Puerto San Juan y cambiaron su nombre por el de Graytown el 1° de enero de 1848. Fuerzas nicaragüenses desalojaron días después a los marinos ingleses, pero cuando en Veracruz se recibió la noticia de que México cedía California y Nuevo México, la flota inglesa se hizo presente en San Juan y desalojó a su vez a las tropas nicaragüenses, a las que persiguió hasta

¹² Lester D. Langley, *Struggle for American Mediterranean*, The University of Georgia Press, 1976, p. 87.

¹³ *Ibidem*.

¹⁴ Gordon Ireland, *op. cit.*, p. 188.

¹⁵ Texto y comentarios en Vicente Sáenz, *Nuestras vías interoceánicas*, México, Editorial América Nueva, 1957; y en G. Ireland, *op. cit.*, p. 223.

¹⁶ J. Morton Callahan, *op. cit.*

el interior del Lago de Granada. En la isla de Cuba, frente a Granada, los ingleses forzaron a los nicaragüenses a firmar, el 7 de marzo de 1848, un tratado por el cual Nicaragua se obligaba a respetar a los ingleses y a los misquitos en la costa Atlántica, dejando prácticamente a los primeros el control del río San Juan, salida al Caribe del proyectado canal nicaragüense.

Con el tratado las posiciones quedaban bien claras: si los norteamericanos querían un canal por Nicaragua, tendrían que negociarlo con los ingleses. El presidente Polk debió sentirse tranquilo con la previsión tomada al firmar con los colombianos la alternativa panameña. Pero no abandonaron totalmente sus planes en Nicaragua, lo que no resultaba difícil pues los nicaragüenses, humillados por los ingleses, insistían en la protección norteamericana. Apenas tres meses después del tratado impuesto por los ingleses, el gobierno nicaragüense firmó con Estados Unidos un tratado canalero conocido como Hise-Selva, firmado en Guatemala el 21 de junio de 1848.¹⁷ Los norteamericanos aprovecharon la situación nicaragüense, ofreciéndoles respaldo frente a los ingleses. El 9 de julio de 1849, el jefe de Estado nicaragüense Norberto Ramírez dio una recepción a Ephraim Squier, ministro norteamericano —el primero que nombraba Estados Unidos como residente en Nicaragua— y en clara alusión a la urgencia de apoyo norteamericano Ramírez dijo:

Hace mucho tiempo que Nicaragua sentía la necesidad de abrigarse bajo el esclarecido pabellón de Norte América, pero aún no había llegado la hora en que el Árbitro de las naciones debía levantarnos a tan alto grado de dicha y futura prosperidad.¹⁸

Dos meses más tarde, el 3 de septiembre de 1849, el gobierno nicaragüense firmaría un tratado con el ministro americano Ephraim Squier en la ciudad de León, Nicaragua.¹⁹

Los norteamericanos trataron de evadir la resistencia inglesa en Centroamérica ofreciendo la fórmula de un canal neutral. Así plantearon a México su interés por una ruta en Tehuantepec. Y así también instruyeron a su ministro en Londres para que hablara con el gobierno inglés, tratando de interesarlo en un canal neutral. Clayton, secretario de Estado, envió a Abbot Lawrence, ministro en Londres, las siguientes instrucciones:

¹⁷ Texto y comentarios en G. Ireland, *op. cit.*, pp. 176-177.

¹⁸ Citado por Alberto Medina, *Efemérides nicaragüenses, 1502-1941*, Managua D.N., Nicaragua, Editorial La Nueva Prensa, 1945, p. 188.

¹⁹ G. Ireland, *op. cit.*, p. 177.

La política de los Estados Unidos en relación a Tehuantepec es precisamente la misma que se va a impulsar en Nicaragua. Nosotros fomentaremos y protegeremos todas las rutas ístmicas, sean ferroviarias o marítimas, por lo que invitamos a Gran Bretaña a que ocupe el mismo lugar y que comparta con nosotros los beneficios.²⁰

Conforme a esta visión, Lawrence estaba instruido para iniciar negociaciones con los ingleses sobre las siguientes bases: garantía de los ingleses y de Estados Unidos para la neutralidad de Nicaragua, Costa Rica y Honduras; reafirmación de los privilegios obtenidos por Inglaterra en sus acuerdos con España y reconocimiento de Inglaterra a los derechos nicaragüenses en la Mosquitia. Los ingleses se mostraron interesados en la propuesta norteamericana y enviaron a Henry Bulwer a Washington para discutir acuerdos comerciales y medir el alcance de la cuestión ístmica. Al mismo tiempo mantenían su presencia activa en las islas hondureñas del Atlántico, en Belice y en la Mosquitia nicaragüense.

En las primeras conversaciones con el secretario Clayton, Bulwer advirtió que Estados Unidos estaba ansioso por llegar a un acuerdo que le permitiera desarrollar su política de un canal en Nicaragua sin enfrentarse directamente a los ingleses. Prefería una negociación que una confrontación. Así también lo interpretaron analistas de la época.

Podíamos —dice un historiador norteamericano— llamar a capítulo a Inglaterra por irse más allá de los límites marcados en el Tratado de Versalles con España en 1786; invocar la Doctrina Monroe y obligarla a dejarnos expedito el camino para aplicar la política nacional norteamericana del completo y absoluto control de las rutas del istmo; podíamos a la inversa sostener que el istmo no debía caer bajo el control de un poder determinado y que debía colocarse bajo la protección conjunta de todos, decidiéndonos a favor de una política internacional en las vías oceánicas o, finalmente, podíamos aceptar las cosas tal como se presentaban y admitir a Inglaterra como parte en la empresa, inclinándonos a una política y a un control angloamericano del canal.

El primer plan era difícil; el segundo impracticable; el tercero de ejecución relativamente fácil. Preferimos la paz del momento a las ventajas futuras, y actuamos siguiendo la línea de menos resistencia. La concertación y ratificación del Tratado Clayton-Bulwer nos comprometió en una política angloamericana en el canal.²¹

²⁰ Lester D. Langley, *op. cit.*, p. 97.

²¹ Lindley M. Kearsley, "The national canal policy", en *Annual Report of the American Historical Association for the year 1902*, Washington, D.C., Government Printing Office, 1903, p. 279.

El Tratado Clayton-Bulwer de 1850 era el primer paso de los norteamericanos para reducir la influencia de los ingleses en Centroamérica. Al asociarse a ellos se les quitaba la posibilidad de que decidieran unilateralmente el destino del canal nicaragüense. Y al compartir con ellos una tarea que podían decidir por sí mismos, los obligaban a reconocer en Estados Unidos el carácter de una potencia emergente en la zona. Pero no todos lo vieron así. En la opinión pública y en el Senado norteamericano había quienes pensaban que el tratado no desalojaba a los ingleses de la zona y que más bien era una renuncia a la Doctrina Monroe, pues se reconocía el derecho de los ingleses a limitar a los norteamericanos en Centroamérica. Estaba muy reciente la invasión inglesa de las islas hondureñas, y la presencia de buques frente a las costas salvadoreñas y hondureñas para exigir a los gobiernos de El Salvador y de Honduras el pago de sus deudas había provocado críticas en la prensa norteamericana.²²

Los centroamericanos compartían esas críticas, pues el tratado mantenía intactos los intereses ingleses en Belice, las islas hondureñas y la Mosquitia nicaragüense, aunque en la letra se dijera que debían respetar el carácter nicaragüense de la Mosquitia. Debido a las críticas que se hicieron en el Senado al tratado de 1850, el gobierno norteamericano instó a los ingleses a un acuerdo aclaratorio. Pero en las instrucciones que dió en 1856 el secretario de Estado, Mercy, a su ministro en Londres, Dallas, le decía que "desde el punto de vista comercial o político no es de mucha importancia para Estados Unidos que la tenencia británica de Belice se ensanche o no".²³ La importancia del canal, para Estados Unidos, era mayor que las inquietudes centroamericanas por la presencia británica en la zona. El tratado era el mejor camino para neutralizar a Inglaterra, y después podría utilizarse como instrumento de presión en contra de la misma. Para ello estaban los propios países centroamericanos que se quejaban de las presiones inglesas: Honduras, Guatemala, El Salvador y Nicaragua, por distintas razones, tenían en ese momento malas relaciones con los ingleses. Sólo los costarricenses se ufanaban de estar bajo la protección británica.²⁴ Así, los norteamericanos podrían ganar espacio político en Centroamérica; pero era necesario un tratado previo con los ingleses en relación con el canal de Nicaragua. Y no tuvieron dificultad para lo-

²² Dexter Perkins, *op. cit.*, pp. 200-201.

²³ José Luis Mendoza, *Inglaterra y sus pactos sobre Belice*, Guatemala, 1942, pp. 112-113.

²⁴ Dexter Perkins, *op. cit.*, p. 201.

grarlo, pues el 17 de octubre de 1856 firmaron el acuerdo aclaratorio Dallas-Clarendone.

Los centroamericanos aprovecharon el intenso debate en el Senado norteamericano en contra del tratado de 1850 para afiliarse a la Doctrina Monroe: el debate popularizó la Doctrina. Pero, también, esa afiliación terminó siendo contraproducente para los mismos centroamericanos. La popularización de la Doctrina Monroe entre los norteamericanos sirvió de alimento ideológico a grupos de activistas y aventureros que pensaron que Centroamérica podría ser el escenario adecuado para implantar sistemas y gobiernos que establecieran un control territorial total, y también para la exportación de instituciones que en esos momentos caían en desuso en los propios Estados Unidos como el caso del esclavismo sureño. Filibusteros como William Walker se animaron en esos años a probar suerte en Centroamérica, como antes lo habían hecho en México.²⁵

Los norteamericanos estaban llegando a Centroamérica, pero los ingleses no se retiraban y su influencia económica real no había disminuido:²⁶ lo del canal era básicamente una cuestión nicaragüense; las economías centroamericanas, pese a las constantes guerras entre liberales y conservadores, estaban cambiando, y los ingleses participaban con capitales y comercio; la introducción del café estaba generando una riqueza capaz de influir en el cambio económico y social de Centroamérica.²⁷ Sólo Nicaragua estaba fuera de los cambios económicos que se iniciaban en el resto de Centroamérica; pobre, despoblada y siempre en guerra, Nicaragua se había atrasado en el desarrollo de la economía. Sus élites, básicamente ligadas al tráfico comercial, vivían la ilusión canalera.

La cuestión del canal impactaba de manera diferente a cada uno de los países centroamericanos, pero en la realidad era Nicaragua el único país al que importaba de manera especial. En su territorio estaba localizado el río San Juan, el que podía conectar el Atlántico con el Pacífico a través de los lagos de Granada y Managua mediante obras de ingeniería comparativamente menos costosas y complicadas que las que deberían realizarse en rutas alternativas. Esto convertía a

²⁵ J. Morton Callahan, *op. cit.*

²⁶ Las inversiones dominantes en la región provenían de Inglaterra a través de préstamos públicos, y los comerciantes ingleses compraban y vendían en la región compitiendo con ventaja con alemanes, holandeses y franceses. Véase Naciones Unidas, *Las inversiones extranjeras en América Latina*, Nueva York, 1955.

²⁷ Edelberto Torres Rivas, *Interpretación del desarrollo social centroamericano*, San José, Costa Rica, Editorial Universitaria Centroamericana, Educa, 1971.

Nicaragua en el centro de la disputa internacional por un canal interoceánico. Envueltos en esa disputa, a veces como oferentes y a veces como víctimas de las presiones, los grupos políticos locales hicieron poco por romper la tendencia canalera a través de actividades económicas ajenas a la ilusión de riqueza que el probable canal les producía. Poco a poco Nicaragua se fue quedando al margen de los proyectos económicos nacionales emprendidos por los otros países centroamericanos. Viviendo de la esperanza de un canal que les brindara riqueza y protección, los diferentes grupos, a veces liberales, a veces conservadores, fueron cayendo en los juegos de aventureros extranjeros y diplomáticos inescrupulosos que, ofreciendo protección e inversiones, terminaron por involucrarse en la política interna con fatales consecuencias para el país.

A mediados del siglo XIX, Nicaragua era el país más grande, pero también uno de los más despoblados de Centroamérica. Su población estaba dispersa a lo largo de la costa del Pacífico, y había pequeñas comunidades rurales en el centro y en la costa atlántica. La población urbana se concentraba de manera significativa solamente en dos ciudades más o menos importantes, León y Granada, que representaban además intereses políticos encontrados, pues León era la sede de los liberales y Granada la de los conservadores. El país carecía de integración nacional: envueltos unos y otros grupos en conflicto permanente, frecuentemente armado, fueron víctima fácil de las tentaciones de la guerra civil. No con la misma importancia, el conflicto entre liberales y conservadores sacudía también a los otros países de la zona. Pobres, pequeños y cargados de agudos localismos, los países centroamericanos no pudieron sobrevivir en un pacto federal; entre la anarquía y la dictadura trataron de encontrar fórmulas de organización a nivel nacional. Guatemala, El Salvador y Costa Rica, pese a sus guerras civiles, podían sin embargo avanzar hacia su construcción nacional,²⁸ pero en Nicaragua, la pobreza general de su economía y la existencia de ciudades rivales proclives a la violencia, imponían a los conflictos internos una tendencia de destrucción que se proyectaba hacia el futuro del país. Adicionalmente, por su atractivo como ruta interoceánica, Nicaragua se había vuelto conocida en Estados Unidos, convirtiéndose en lugar de paso de cientos de norteamericanos que la atravesaban de este a oeste empleando la ruta de vapores que daban ese servicio. El país se había vuelto popular entre aventureros y comerciantes, y to-

²⁸ R. Facio Brenes, *La federación de Centroamérica, sus antecedentes, su vida y disolución*, Costa Rica, 1965; Rodolfo Pastor, *Historia de Centroamérica*, México, El Colegio de México, 1989.

do lo que pasaba en él se sabía rápidamente en Estados Unidos.

La guerra entre liberales y conservadores estalló con violencia en 1854. Las ciudades-familia, León y Granada, se enfrentaban nuevamente. Los Chamorro, conservadores protegidos por Granada, y los liberales, con Máximo Jerez a la cabeza y respaldados por León, arrastraron en su guerra a la población y llevaron al país a la ruina. Desde Guatemala, el caudillo conservador Rafael Carrera brindaba su apoyo a Chamorro y, desde Honduras, Trinidad Cabañas, enemigo de Carrera, favorecía a Máximo Jerez.

La guerra de Nicaragua se hizo popular en Estados Unidos: pronto, los aventureros llegaron a ofrecer sus servicios militares a uno y a otro bandos. La situación militar se había vuelto difícil para los liberales. Byron Cole, copropietario de un periódico de San Francisco del cual era editor William Walker, instó a éste a que abandonara su idea de conquistar Sonora, en México, y se concentrara en Nicaragua. Cole viajó a Nicaragua y visitó a los liberales, de quienes obtuvo la oferta de una contrata de 300 hombres que les sirvieran a cambio de salarios y tierras al final de la contrata. Cole regresó a San Francisco y ofreció el negocio a Walker, el cual exigió un poco más de beneficios, como por ejemplo que permitieran a sus hombres portar armas. A Cole no le pareció mala la idea y volvió a Nicaragua para conseguir de uno de los jefes liberales, el general Castellón, el contrato para colonizar Nicaragua "garantizándoles a perpetuidad el derecho de portar armas".²⁹

William Walker llegó a Nicaragua afiliado a los liberales y al entrar en acción vio lo fácil que le resultaba colocarse por encima de los bandos en pugna. Como él mismo relató en su libro, la misión era conquistar Nicaragua y luego Centroamérica.

Del día que los americanos —dice Walker— desembarcaron en el Realejo arranca una nueva era, no sólo para Nicaragua, sino también para Centroamérica.³⁰

Los centroamericanos también se dieron cuenta de ello y se alistaron para enfrentarlo militarmente, convirtiendo la resistencia nicaragüense contra Walker en el inicio de una guerra nacional de Centroamérica en contra del filibustero.³¹ Walker fue derrotado y la capitulación de

²⁹ William Walker, *La guerra de Nicaragua*, San José, Costa Rica, Editorial Universitaria Centroamericana, Educa, 1975, pp. 28-30

³⁰ *Ibid.*, p. 37.

³¹ Marco A. Soto, *Guerra nacional de Centroamérica*, Guatemala.

sus tropas se firmó el 1º de mayo de 1857, exactamente tres años después de que se iniciara la guerra entre liberales y conservadores. Los liberales, arrepentidos de su hazaña, dejaron el poder a los conservadores; los ejércitos centroamericanos regresaron a sus países y Walker regresó a Nueva York, donde fue recibido como héroe. “La ciudad estaba decorada con banderas triunfales, y por todas partes hubo banquetes, fiestas y reuniones públicas en honor suyo.”³² El éxito de Walker, autonombrado presidente de un país conocido como la ruta interoceánica de los norteamericanos, había fascinado a su generación en Estados Unidos.

Walker regresó a Centroamérica en dos ocasiones. La primera luego de que los tribunales norteamericanos en Nueva Orleans lo absolvieron de los cargos de violar la neutralidad de Estados Unidos. En su segunda aventura, los ingleses lo capturaron en el río Honduras y lo entregaron a las autoridades hondureñas, que lo fusilaron en Ciudad Trujillo el 12 de septiembre de 1860.

Los ingleses, mientras tanto, conseguían mejorar acuerdos comerciales con Estados Unidos, lo cual hacía que disminuyera su interés por enfrentarse con los norteamericanos por la cuestión canalera. Además, para los ingleses resultaba cada vez más convincente el argumento de que el orden que los norteamericanos deseaban para Centroamérica sería finalmente más beneficioso para el comercio inglés. En 1856 había disminuido la animosidad de los ingleses hacia Estados Unidos. “Hay que ver con gran resignación y placer inclusive, los avances de la dominación norteamericana en Centroamérica”, decía un columnista del *Times* de Londres.³³ Los capitales de ambos países ya se encontraban en Centroamérica y era más conveniente proporcionarles plena confianza de parte de sus gobiernos. Alentar una confrontación hubiera podido afectar los intereses económicos más importantes involucrados en las relaciones angloamericanas, y ello no valía la pena, especialmente si se trataba de una disputa concerniente a lejanas y oscuras regiones de Centroamérica.³⁴ Sin embargo, los ingleses eran los principales abastecedores de capital en forma de créditos públicos a todos los países del área. Garantizándose las deudas con las aduanas y las hipotecas sobre los servicios, los ingleses tenían un dominio importante sobre las políticas centroamericanas.³⁵

³² Richard Harding Davis escribió en la revista *Colliers* del 6 de octubre de 1906 sobre las bienvenidas a Walker. Citado por J. Morton Callahan, *op. cit.*, p. 208.

³³ H.C. MacAllen, *op. cit.*, p. 426.

³⁴ *Ibid.*

³⁵ Naciones Unidas, *Las inversiones extranjeras en América Latina, op. cit.*

La política inglesa en Centroamérica, especialmente antes del Tratado Clayton-Bulwer de 1850, provocó diferentes reacciones. Por un lado los grupos identificados como liberales sostenían que los ingleses eran responsables de una política imperialista, preocupada por extender sus dominios a base de intrigas en los escenarios políticos internos. En esa visión se acentuaba que el papel de los ingleses estaba encaminado a buscar el control de la estratégica ruta canalera localizada en Nicaragua. Por lo tanto, para los liberales era conveniente aliarse con los norteamericanos y frenar a los ingleses.³⁶

Desde luego esa visión no era compartida por todos los liberales, ni los hechos históricos parecen confirmarla. Por lo menos en el caso de Nicaragua fueron liberales y conservadores por igual quienes impulsaron un canal bajo control americano. Y en cuanto a Costa Rica, fueron grupos que podrían identificarse como liberales los que favorecieron una constante alianza con los ingleses. Por otro lado, existía la versión de que los ingleses tenían pocos intereses políticos en Centroamérica y que sus acciones estaban totalmente orientadas por razones comerciales y de obtención de materias primas, y que en todo caso las interferencias en política interna respondían al afán inglés de mantener el control de los factores externos que pudieran afectar esas razones comerciales.³⁷ El hecho es que los ingleses impusieron un veto a la política norteamericana en Nicaragua y que para ello se valieron especialmente de su influencia entre la población misquita en Nicaragua y de sus buenas relaciones con Costa Rica, que alegaba tener derechos de navegación en el río San Juan, ruta señalada para el canal interoceánico. El afán nicaragüense de ofrecer frecuentes concesiones para la construcción del canal bajo control americano, era para los costarricenses motivo de preocupación que los llevaba a buscar un acercamiento con Inglaterra. Y ésta correspondía a esos acercamientos ofreciendo respaldo a las reclamaciones costarricenses, especialmente frente a su vecina Nicaragua. “Costa Rica está bajo la protección británica”, le dijeron los ingleses al gobierno de Nicaragua en 1849.³⁸ Más tarde, en 1856, la fuerte reacción de Costa Rica en contra de Wil-

³⁶ Robert Arthur Naylor, “The British Role in Central America prior to the Clayton-Bulwer Treaty of 1850”, en *The Hispanic American Historical Review*, vol. XL, núm. 3, agosto, 1960. Este trabajo presenta con bastante claridad la tesis revisionista del papel de los ingleses en Centroamérica y hace una clasificación de los trabajos de autores centroamericanos y norteamericanos que sostienen la tesis antibritánica, así como de los autores que están revisando el papel de los ingleses en esa época desde una perspectiva probritánica.

³⁷ *Ibidem*.

³⁸ H. C. MacAllen, *op. cit.*, p. 434.

liam Walker, al punto de enviar un numeroso contingente de tropas para combatirlo en territorio nicaragüense, estuvo alentada y respaldada materialmente por Inglaterra.

El tratado de 1850 marca el inicio de la transición de la influencia inglesa a la influencia norteamericana. Pero es una transición lenta, que combina aspectos diplomáticos y medidas de fuerza, ejercidas a veces por los ingleses, a veces por los norteamericanos. De hecho, en 1849, mientras se inician las negociaciones angloamericanas que conducen al tratado de 1850, los ingleses se hacen sentir en la zona con acciones militares en Honduras (Isla del Tigre en el Atlántico), amenazas de bloqueo naval a El Salvador y Honduras para presionarlos en el pago de la deuda y advertencia a Nicaragua en su conflicto fronterizo con Costa Rica. A su vez, los norteamericanos, ya firmado el tratado de 1850, amparados en ese avance diplomático y aprovechando el interés de los ingleses en no afectar aspectos más relevantes de sus relaciones bilaterales, empezaron a hacerse presentes militarmente en Centroamérica. Argumentando la defensa de sus conciudadanos, el Cyane —barco de la marina estadounidense— bombardeó el 15 de julio de 1854 el puerto del río San Juan, en Nicaragua, que fuera antes bastión inglés en el Atlántico nicaragüense. Para no guardar silencio, los británicos calificaron el hecho como “un atropello sin paralelo en los anales de los tiempos modernos”.³⁹

La pugna por el control de Nicaragua se alargaba demasiado y los norteamericanos llevaban prisa, por lo que, mientras negociaban y mejoraban sus posiciones en Nicaragua, alentaron soluciones que escapaban a la oposición inglesa, como en el caso de Panamá, donde ya habían tomado previsiones con el Tratado Bidlack-Mallarino de diciembre de 1846.

Si bien los ingleses vetaban la política canalera de Estados Unidos en Nicaragua, los nicaragüenses, como reacción, insistían en la protección de Estados Unidos. Para los nicaragüenses, tanto liberales como conservadores, el canal se había vuelto una cuestión de sobrevivencia nacional. Apenas habían pasado unos meses de la capitulación de William Walker, cuando el flamante gobierno conservador instruía a su ministro en Washington para que ofreciera a Estados Unidos un Tratado de Amistad, Comercio y Navegación que luego fue conocido como Yrisarry-Cass, del 16 de noviembre de 1857, y que no fue ratificado.⁴⁰ Muchos fueron los tratados y las concesiones cuyas negociaciones empezaban pero no lograban terminarse, muchos otros los que

³⁹ *Ibid.*, p. 526.

⁴⁰ Gordon Ireland, *op. cit.*

fueron negociados e incluso firmados, y de los cuales sólo algunos fueron ratificados.

El 12 de abril de 1860, el gobierno nicaragüense dio a la Central American Transit Company, de Estados Unidos, una concesión que le garantizaba el privilegio de exclusividad por cincuenta años para la construcción de un canal o un ferrocarril ístmico;⁴¹ al mismo tiempo este gobierno seguía negociando un tratado bilateral con Estados Unidos que pudiese ser ratificado. De esas negociaciones surgió el Tratado de Amistad, Comercio y Navegación Ayon-Dickinson de junio de 1867, ratificado por ambos países en Managua el 20 de junio de 1868. Pero no habían pasado dos meses de la firma del tratado, cuando el gobierno nicaragüense dio una concesión al ingeniero alemán Maximilian Sommenstern y a la "compañía que pudiera organizar", con el privilegio exclusivo de construir un canal entre los lagos, por el río Tipitapa, que permitiera transitar por el río San Juan hasta su desembocadura en el mar Caribe.⁴² Los norteamericanos inmediatamente protestaron y vetaron dicha concesión por cuanto afectaba la que habían dado a la Central American Transit Company el 12 de abril de 1860.⁴³

Luego de anular la concesión al ingeniero alemán, el gobierno nicaragüense ofreció una más a los franceses, a través de su ministro en París; éste suscribió con Michel Chevalier en París, el 6 de octubre de 1868, pocos meses después de ratificado el tratado con los Estados Unidos, un contrato mediante el cual Nicaragua le garantizaba el privilegio exclusivo de construir un canal interoceánico, que incluía una franja de cuatro kilómetros a cada lado, con puertos libres y con derecho a operarlos durante 99 años, después de los cuales el canal y sus accesorios pasarían a propiedad nicaragüense.⁴⁴ Invitados por Nicaragua, los costarricenses dijeron que no participarían en el contrato a menos que se le asignaran a Costa Rica parte de los beneficios; Nicaragua se los ofreció y firmó con el gobierno de Costa Rica un tratado el 18 de junio de 1869, conforme al cual Costa Rica se adhería al Contrato Ayon-Chevalier,⁴⁵ pero el contratista francés fracasó y tanto el proyecto como los arreglos fueron cancelados. La fiebre canalera era tal que los políticos nicaragüenses insistían en ofrecer concesiones a cuantos oferentes aparecían: en la mentalidad de las élites comercian-

⁴¹ *Ibid.*

⁴² *Ibid.*

⁴³ *Ibid.*

⁴⁴ *Ibid.*

⁴⁵ *Ibid.*

tes de la época el canal era una empresa que generaría grandeza y recursos nacionales.

El Congreso de Estados Unidos aprobó en julio de 1870 una partida de 30 mil dólares para que el presidente los destinara a la realización de estudios sobre las rutas canaleras de Nicaragua y Tehuantepec. En mayo de 1871 se amplió este presupuesto, que llegó a ser de 200 mil dólares, para que el ejecutivo norteamericano continuara los estudios, y se agregó una partida de cinco mil dólares destinada a la ruta de Panamá. El 7 de febrero de 1876, terminados los estudios, la Comisión del Canal Interoceánico, formada al efecto, recomendó la construcción del canal por la ruta de Nicaragua.⁴⁶ Los nicaragüenses, entusiasmados por las recomendaciones de la comisión, invitaron a los países centroamericanos a participar de los beneficios del canal. Pero no se limitaron a esperar sino que siguieron ofreciendo concesiones: en 1880 le dieron una concesión a la Provisional Interoceanic Canal Society; en 1882 dieron una similar a Blanchet e insistieron en ofrecer beneficios a los países centroamericanos, para lo cual suscribieron con El Salvador la Convención Zavala-Gallegos del 15 de noviembre de 1883 y con Costa Rica otra convención parecida el 1º de enero de 1884, junto con un tratado de límites.

Nicaragua confiaba en que Estados Unidos construiría el canal por el río San Juan y sugirió al gobierno del presidente Cleveland la firma de una convención, que tomó el nombre de Zavala-Frelinghuyzen, del 1º de diciembre de 1884, para la construcción de un canal interoceánico por el gobierno de Estados Unidos en copropiedad con Nicaragua, pero dándole a Estados Unidos el derecho de la defensa de la integridad territorial de todo el país. El presidente Cleveland retiró su apoyo a la convención ya que no deseaba que el canal fuese contruido por el gobierno y menos en términos de copropiedad con Nicaragua. La convención fue retirada del Senado en enero de 1885.⁴⁷ Desalentados, los nicaragüenses buscaron concesionarios. El 23 de marzo de 1887 el gobierno nicaragüense dio una concesión al ingeniero Aniceto Menocal, de la Marina de los Estados Unidos, para que construyese un canal. Al mismo tiempo, y en ese mismo año, renovó la concesión a la Provisional Interoceanic Canal Society, que la había recibido en 1882.

Al inicio de la década de los noventa, el gobierno conservador tenía serios problemas para seguir gobernando en Nicaragua. Los liberales empezaban a cobrar importancia y se mostraban activos y dis-

⁴⁶ *Ibid.*

⁴⁷ *Ibid.*

puestos a buscar nuevamente el poder. Al final de treinta años de gobiernos conservadores el país apenas había cambiado económicamente. Los productores asentados en regiones ajenas a León y Granada, donde se empezaba a producir café, comenzaron a presionar por una política de integración nacional. En el resto de Centroamérica la producción de café significaba un gran incentivo para la reorganización de la sociedad y la política; esta reorganización era conducida por los liberales.

En Nicaragua las cosas habían sido distintas: los liberales habían incurrido en el grave error de involucrar a aventureros en su confrontación con los conservadores, y ello los había dejado aislados del poder y de la posibilidad de influir en las políticas gubernamentales desde mediados de los años cincuenta; por otra parte, los conservadores, más preocupados por mantener su control en el gobierno, tenían poco interés en la nueva economía cafetalera que se estaba gestando en el norte y en el centro del país. Más bien ganaderos y comerciantes, los conservadores granadinos no se sentían especialmente atraídos por el café; sólo a finales de los años ochenta el gobierno conservador de Evaristo Carazo inicia una política de fomento de la producción cafetalera. El café había empezado a producirse en regiones ajenas a León y Granada y provocaba presiones en la política gubernamental.

Los liberales empezaron a ofrecer alternativas para una política de integración y modernización nacional que modificara los patrones del comportamiento gubernamental, especialmente en cuanto a tres aspectos: relaciones entre el Estado y la Iglesia; vinculación entre las nuevas regiones productivas y el centro tradicional, y, finalmente, imposición de la autoridad a nivel nacional (reincorporación de la Mosquitia). El proyecto de los liberales empezó a obtener respaldo y, en una sucesión de eventos políticos, alcanzaron a ganar posiciones para una confrontación con los conservadores. Las divisiones entre éstos se agudizaron con la muerte del presidente Carazo en 1889 y terminaron por provocar revueltas en Granada en abril de 1893, que luego se extendieron a León en julio del mismo año. El 11 de julio de 1893 los liberales dan un golpe militar en León e instalan una junta de gobierno liberal presidida por el Gral. José Santos Zelaya, quien dirige la marcha hacia Managua, la cual cae en su poder. El 15 de septiembre de 1893 la asamblea constituyente lo nombra presidente de Nicaragua.

Luego de treinta años de gobierno conservador, los liberales se sentían libres de culpas y estaban dispuestos al juego nacionalista y reformista, similar al iniciado por los liberales del resto de Centroamérica. Casi veinte años después de que la revolución liberal había llegado al resto de Centroamérica, los nicaragüenses trataban de ganar el

tiempo perdido.⁴⁸ El ascenso del general José Santos Zelaya, jefe de la revolución liberal nicaragüense, no significaba el fin de las ofertas canaleras; aunque, con el ánimo de distanciarse un poco de los embrollos del pasado con aventureros norteamericanos, trató de diversificar sus relaciones con los países extranjeros, incluyendo a Inglaterra, de quien esperaba el respaldo financiero para la obra reformista de integración nacional. Si bien en su política la clave estaba en el fomento de una economía nacional capaz de producir para el mercado mundial, la ilusión de un canal generador de riqueza y prestigio había embelesado a los líderes políticos nicaragüenses de casi todo un siglo, de modo que era difícil que los nuevos jefes del liberalismo no incluyeran en sus prioridades la política canalera. Además, Estados Unidos seguía ahí, presionando y buscando condiciones favorables para un futuro canal bajo control norteamericano.

Los ingleses midieron la capacidad de control político y militar que el general Zelaya ejercía a nivel nacional en 1894, cuando atacaron la guarnición nicaragüense en el río San Juan. La firmeza de Zelaya favoreció un entendimiento anglo-nicaragüense que se tradujo en la llamada reincorporación de la Mosquitia al territorio nacional, que años después diera lugar a que esos territorios —casi dos tercios del territorio nacional— llevaran el nombre de Zelaya. La reincorporación de la Mosquitia acentuó los sentimientos nacionalistas y alentó en el gobierno del general Zelaya una política más militante en la región. En una mezcla de acciones defensivas y ofensivas destinadas a responder a presiones de Guatemala, Zelaya se involucró en numerosos conflictos políticos y algunos armados con los países del norte centroamericano, los cuales se presentaban como fuertes aliados de Estados Unidos. Tratando de modificar el ambiente hostil en sus relaciones bilaterales con Estados Unidos, el general Zelaya intentó ajustarse a los intereses norteamericanos por el canal en Nicaragua, y apoyó la tesis estadounidense en sus negociaciones con Inglaterra, pero mantuvo su presión político-militar sobre los gobiernos de El Salvador, Honduras y Guatemala.

Para los norteamericanos había llegado el tiempo de abandonar la tesis de un canal neutral. El secretario de Estado John Hay presentó al ministro inglés Lord Pauncefote, en Washington, un borrador de

⁴⁸ Las revoluciones liberales se habían iniciado en las dos décadas anteriores en Guatemala (1871), y con distintos estilos en El Salvador (1860 y luego 1885); en Honduras (1876) y en Costa Rica evoluciona una política reformista que no excluye periodos de violencia y dictadura, pero en todo caso bajo un signo progresista permanente. Edelberto Torres Rivas, *op. cit.*, pp. 59-73; Rodolfo Pastor, *op. cit.*, pp. 191-214.

la convención que sustituiría a la del 19 de abril de 1850 (Clayton-Bulwer). El ministro inglés la firmó el 5 de febrero de 1900, un mes después de que Estados Unidos había logrado firmar con los gobiernos de Nicaragua y Costa Rica un acuerdo por el cual se obligaban a negociar sólo con Estados Unidos. El Senado norteamericano, luego de intensos debates, aprobó el 20 de diciembre de 1900 la convención Hay-Pauncefote, luego de dejar bien claro que la referida convención debía decir expresamente que derogaba el tratado de 1850 y que no quedara duda alguna de la absoluta libertad y dominio de Estados Unidos en la cuestión ístmica. Los ingleses aceptaron la propuesta norteamericana y llegaron a un acuerdo final el 18 de noviembre de 1901, conocido como Tratado Hay-Pauncefote.⁴⁹ El canal bajo control norteamericano se había logrado.

Estados Unidos había consolidado su posición hegemónica en Centroamérica; el Tratado Hay-Pauncefote era la expresión más clara de ello. La clase política nicaragüense había pagado el precio mayor de los jalones angloamericanos por el control de la ruta nicaragüense. El desarrollo político y económico de Nicaragua se había atrasado respecto al de los otros países del área. La economía cafetalera en Guatemala, El Salvador y Costa Rica estaba cambiando la sociedad centroamericana, mientras que en Nicaragua apenas habían aparecido, a finales de los ochenta, algunos productores importantes, especialmente inmigrantes europeos asentados en el norte del país.

En los años noventa, los nicaragüenses vieron con angustia que los norteamericanos estaban abandonando la idea de un canal por Nicaragua. La política centroamericana del general Zelaya lo enfrentaba a Estados Unidos y aunque trataba de contrarrestar los efectos negativos de su política regional respaldando la política canalera de Estados Unidos frente a Inglaterra, no lograba los resultados deseados.

Las dificultades de la Revolución liberal para consolidarse en el poder revelaron la poca capacidad de la sociedad nicaragüense para enfrentarse a la realidad de su propio atraso económico y social y, al mismo tiempo, poder enfrentar la difícil consecuencia política de su ubicación geográfica. Cuando Nicaragua perdió la ruta del canal frente a la ruta de Panamá, se esfumaron más de cincuenta años de historia nacional. Pocos políticos se imaginaron que el país se había salvado de problemas más graves en el futuro nacional.

El general Zelaya pensó que podría mantener sus políticas reformistas, además de involucrarse activamente en la política centroamericana e ir contra intereses identificados con Estados Unidos, sin que

⁴⁹ Gordon Ireland, *op. cit.*

ello afectara sus relaciones bilaterales con ese país. Con la pérdida del canal, Zelaya acentuó sus resentimientos en contra de Estados Unidos y se embarcó en acciones que fomentaron la concertación de intereses entre países centroamericanos y sus enemigos internos para derrocarlo.

En 1912, Root diría en la Cámara de Comercio de Nueva York: "Es sólo cuestión de tiempo que México, Centroamérica y las islas que aún no poseemos en el Caribe, deban quedar bajo nuestra bandera".⁵⁰

Cuando el canal estuvo listo en Panamá, el mapa del mundo había cambiado y Centroamérica había pasado a ser el área estratégica de la seguridad norteamericana. "Los gobiernos endebles y la escasa civilización en Centroamérica desaparecerán con el tiempo... y tendremos que decir acerca de su destino futuro, más que ningún otro poder".⁵¹

⁵⁰ Nearing, Scott and Freeman, Joseph, *Dollar Diplomacy*, Arno Press and New York Times, New York, 1970, p. 262.

⁵¹ Robert Hutchenson, "Expansion, The Traditional Policy of The United States", p. 19, cit. por Nearing, *op. cit.*, p.257.

II. LA REVOLUCIÓN LIBERAL Y LOS PRIMEROS INDICIOS DE UN PODER POLÍTICO NACIONAL, 1893-1909

El 20 de julio de 1893, jalando el único cañón de fuego rápido que había en Nicaragua y comandando una tropa que incluía voluntarios hondureños prestados por su correligionario y amigo Policarpo Bonilla, el general liberal José Santos Zelaya se aprestó a enfrentar en Mateare a las tropas gubernamentales del presidente conservador, general Joaquín Zavala.

En Mateare, pequeño caserío de quinientos habitantes ubicado en la ruta de León a Managua, estaba por iniciarse una de las batallas que marcaría la desintegración del gobierno conservador de los treinta años, iniciado en 1859 por el presidente Tomás Martínez.¹

El periodo de los treinta años abarca los gobiernos, bajo influencia granadina, de Tomás Martínez (1859-1867), Fernando Guzmán (1867-1871), Vicente Cuadra (1871-1875), Pedro Joaquín Chamorro (1875-1879), Joaquín Zavala (1879-1883), Adán Cárdenas (1883-1887), Evaristo Carazo (1887-1889) y Roberto Sacasa (1889-1893). Todos ellos dependían del poder regional de Granada, aun cuando algunos no hubieran nacido en esa ciudad, como es el caso de los presidentes Cárdenas y Carazo, nacidos en la ciudad de Rivas, ubicada al sur de Granada y dedicada a la ganadería, el cacao y el añil, o bien el caso del presidente Sacasa, que había nacido en Chinandega, al lado de León, pero había estudiado y radicado en Granada, de donde provenía su influyente esposa.

Después de la derrota de William Walker en 1856 y de un breve periodo de una Junta de gobierno líbero-conservadora, los conservadores con asiento en Granada se aferraron al poder y durante treinta y cuatro años lograron impedir con éxito el retorno político de los liberales de León.

¹ Sara Barquero, *Gobernantes de Nicaragua, 1825-1947*, Managua, Publicaciones del Ministerio de Instrucción Pública y E.F., 1945.

En los últimos años del siglo XIX se libraba en Nicaragua una lucha entre las élites tradicionales de las ciudades de Granada y León por el control definitivo del poder central. La designación de Managua como capital es un hecho importante desde mediados del siglo, pero ésta sólo adquiere valor político para contrastar con otras ciudades en el último tercio del siglo, cuando aparecen nuevas y tentadoras oportunidades de enriquecimiento derivadas de la producción del café.²

De hecho, los últimos tres gobiernos conservadores, el de Adán Cárdenas (1883-1887), el de Evaristo Carazo (1887-1889) y el de Roberto Sacasa (1889-1893), empiezan a ser víctimas o actores de esa confrontación. El estallido de la revuelta liderada por el general José Santos Zelaya, originario de Managua, es la expresión de que existe ya una nueva élite, establecida en esta última ciudad, que entra en la lucha abierta para definir a su favor el nuevo poder central.

Una definición que resulta difícil pues el poder nacional había nacido fragmentado; territorialmente hablando, ya estaba bien diferenciado el poder de Granada y León. Ambas ciudades tenían libertad de acción regional, incluso en el periodo colonial eran funcionalmente autónomas, y es para defender esa autonomía y para tratar de imponerla a nivel nacional que desatan sus guerras después de la independencia. Al obtener la independencia y ante la falta de un poder central, las élites de León y Granada tratan de convertir sus ciudades en sede del nuevo poder; en la búsqueda de supremacía ambas élites se enfrentan una y otra vez, demostrando que la defensa del poder regional era más relevante que la adscripción de conservadores (Granada) o liberales (León). Las banderas partidistas sólo adornan una pugna de poder real, estructural, entre dos ciudades que querían ser dueñas de un mismo país despoblado e incomunicado que se vuelve una ficción en manos de ambas élites. Cuando la pugna se torna insoluble se crea Managua como capital del país. Esto sucede el 15 de febrero de 1852 bajo el gobierno conservador de Laureano Pineda y marca una clara ventaja para la élite granadina, pues extiende físicamente su poder regional hacia un poblado cercano casi inexistente: Managua nace a 45 kilómetros de Granada y a 90 de León, más bien como extensión del poder granadino. Lentamente, sin embargo, Managua se va convirtiendo en algo más que un paso carretero y un centro administrativo de la élite granadina que ve en ella una solución de compromiso con la élite leonesa. Con el tiempo Managua se convierte en un nuevo

² Véase a David R. Radell, *Historical geography of Western Nicaragua, 1519-1965*, Berkeley, University of California, 1969.

lugar social y económico que produce actores políticos propios y más independientes, capaces de colocarse en la competición por el poder.

La experiencia del gobierno conservador de los treinta años, dominado por los granadinos, es precisamente la de una Managua que se va convirtiendo en nuevo centro de poder rival. Y lo que fue previsto como sitio neutral en la lucha entre León y Granada se transforma, en menos de medio siglo, en el espacio de un grupo político que busca un poder único nacional quitando peso a los viejos poderes regionales de Granada y León. Granada se llevó el poder central a Managua en 1852 sólo para perderlo en 1893.

Managua suma a su condición de nuevo centro administrativo la fuerza económica y comercial derivada de la producción de café en los años ochenta: en sus serranías florece el café, fuente de la nueva riqueza nacional, mientras que ni Granada ni León son productores. Esto cambia las relaciones de fuerza existentes; Managua rompe el antiguo equilibrio y con ello tiende a desarticular el sistema político impuesto por las élites granadinas y leonesas. Si bien la capital se abre como un abanico de familias venidas de Granada y de León, durante más de treinta años se producen en ella generaciones de hombres con arraigo local, dispuestos a construir un poder central superior al propuesto como extensión por Granada y León.

Los últimos gobiernos conservadores promueven el ascenso político de Managua y favorecen el nacimiento de una nueva autoridad más nacional, aunque frágil, pues dependerá para su consolidación de una política de alianzas centrada alrededor de figuras políticas que tenían su fuerza en los poderes regionales.

Muchas de las actuaciones de Cárdenas, pero más de Carazo y de Sacasa, todos conservadores de la facción progresista, revelan una pugna profunda por el control del nuevo poder que se está fraguando desde el gobierno central de Managua. Sus políticas de integración nacional, distanciamiento con la Iglesia y disminución de las influencias de sus correligionarios de Granada y León, parecían más bien tareas de caudillos liberales que de hombres de una administración conservadora.

Y aunque dependían de ellos por venir de ciudades y familias ligadas a Granada, empezaban a diferenciarse por la tenencia directa de los recursos que por la vía fiscal eran concentrados en Managua para ser redistribuidos a los municipios. El café y la economía que se deriva de su producción empezaron a generar en los años ochenta recursos nunca vistos durante la pacífica vida bajo los primeros gobiernos conservadores que dependían tradicionalmente del comercio y la ganadería. El café se asienta, como decíamos, en regiones ajenas a León y

Granada y su comercialización se produce a través del control gubernamental desde la capital, donde se encontraban las casas de comercio y los prestadores de servicios y donde tenían lugar los contactos entre agentes comerciales. Managua se había vuelto la capital y contaba con recursos para pagar su condición: es esa nueva realidad la que brinda a los políticos de Managua la posibilidad de competir por el poder nacional.

En los inicios del gobierno conservador de los treinta años, Managua era una pequeña villa de 10 mil habitantes. El gobierno central era poco numeroso y los gobernantes no estaban sino de visita en la ciudad, pues conservaban su vida y haciendas en Granada; pero cuando Managua empieza lentamente a tener una cierta vida propia como asiento administrativo y punto de convergencia de comercio y tráfico de personas, la capital se torna más atractiva y se vuelve un punto nuevo de equilibrio de las tensiones entre León y Granada.

En la década de los ochenta, las exportaciones de café trajeron como consecuencia una creciente mejoría económica que fue compartida con las ciudades del norte del país, como Matagalpa y Jinotega, y del centro, como Masaya y Jinotepe en la región de Carazo, colindante con las sierras cafetaleras de Managua y Masaya. Toda esta afluencia monetaria cambió el punto de gravitación social en perjuicio especialmente de Granada, pues si bien afectó a León, la cercanía de esta ciudad con el principal puerto del Pacífico (Corinto) le dejaba posibilidades de captar una parte de la derrama monetaria.

El hombre de la capital, probablemente de cercanos orígenes granadinos o leoneses, se volvió importante. El gobierno fue creciendo para volverse un centro de integración política; al principio (1854-1880) esta integración repercute sólo muy lentamente en el crecimiento y desarrollo urbano de Managua: de 10 mil habitantes en 1850 sólo crece a 15 mil en 1890.

La familia política granadina se cuidaba de no darle a Managua mayor importancia y mostraba un cierto desprecio por la ciudad y sus habitantes. Los 45 kilómetros de camino carretero que unen a Granada con Managua permitían a los granadinos estar viajando en vez de asentarse de manera definitiva en la capital, y siendo esas familias las que controlaban el gobierno, no tenían especial interés en mejorar las condiciones de vida urbana en Managua, salvo los pequeños barrios elegantes donde tenían su domicilio legal. A pesar del distanciamiento social impuesto por las familias granadinas, Managua va adquiriendo poco a poco la importancia de ciudad capital; sus habitantes van encontrando acomodo en la burocracia y en el comercio, y paulatinamente ganan el derecho a que sus élites tomen parte en las luchas

partidistas. Ésta fue la brecha que los gobiernos conservadores de Cárdenas, Carazo y Sacasa abrieron al liberalismo en Managua y en particular a su nuevo líder José Santos Zelaya. Zelaya se mete por esa brecha y convierte a Managua en el centro de la resistencia al dominio político de Granada y León. El hecho mismo de trasladar a Managua la capital del país afectó el poder de los grupos conservadores, pues sus líderes aumentaron su influencia personal en la capital disminuyendo el control social que ejercían sobre ellos las familias influyentes de Granada.

Asentados en Managua, los conservadores adoptaron parte del discurso liberal y plantearon políticas para modernizar el país. Tomás Martínez, general conservador que había resultado victorioso en las luchas contra Walker, planteó precisamente un programa de modernización para el país que sacudió a su partido. El conservatismo se dividió en cuatro facciones: la facción de los conservadores progresistas, que tenía su origen en Granada pero aglutinaba también conservadores de otras ciudades, estaba encabezada por el propio Martínez y constituía la mayoría; la facción de los conservadores genuinos o tradicionales, especialmente asentados en Granada bajo el liderazgo de la familia Chamorro, constituía la oposición a Martínez dentro del partido; la facción de los "jóvenes conservadores", pequeño grupo que pretendía una posición independiente de las corrientes dominantes (progresistas y genuinos), localizado en Managua; y finalmente, la facción de los conservadores radicales, la más pequeña pero la más militante, de hecho formada por los jóvenes liberales que se habían ocultado en el conservatismo para evadir las culpas de sus viejos líderes que habían importado a Walker, tenía su asiento en Managua y León.

Bajo la influencia de los conservadores progresistas, los gobiernos de Adán Cárdenas (1883-1887) y Evaristo Carazo (1887-1889) impulsaron algunas reformas, especialmente en las áreas de la economía y de las relaciones del Estado con la Iglesia. Los conservadores radicales se habían convertido abiertamente en liberales y se sentían ahora con capacidad de enfrentar a los conservadores; en 1884 intentaron un golpe contra el presidente Cárdenas, tratando de introducir en Nicaragua los postulados reformistas que los liberales guatemaltecos, guiados por Justo Rufino Barrios, proponían para Centroamérica. Desde 1871 los liberales gobernaban Guatemala, y su líder Justo Rufino Barrios se había empeñado en promover la unión centroamericana; sin embargo, el presidente Cárdenas se oponía a la política "agresiva" de Barrios argumentando que ello traería resistencia y guerra, afectando la

posible construcción del canal interoceánico por Nicaragua.³

Los liberales nicaragüenses se sumaban a la política unionista de Barrios y confiaban en que ella les abriría el camino para derrocar al gobierno conservador de Cárdenas, importándoles menos el problema de la unión que, en todo caso, ellos podrían impulsar si fuesen gobierno. El reformismo liberal guatemalteco no era aplicable, necesariamente, a los demás países; si bien la Iglesia era fuerte en Centroamérica, lo era bastante menos en Nicaragua que en Guatemala; así mismo, el problema indígena y las condiciones de pobreza de Guatemala no se repetían en los demás países. Sin embargo el liberalismo guatemalteco, desarrollado en el seno de una élite tradicionalmente más grande, rica y fuerte que las del resto de Centroamérica, era atractivo para los diferentes líderes centroamericanos de la época que vivían o se educaban en Guatemala. Barrios tenía el mérito de no abandonar ni ignorar las ambiciones de los líderes liberales cuando planteaban la toma del poder en sus respectivos países; la solidaridad partidaria era entonces notable a nivel regional.

Cuando en 1884 los liberales nicaragüenses se opusieron a Cárdenas, estaban actuando en la corriente de Barrios. El presidente Cárdenas conoció los preparativos del golpe y envió al exilio a los líderes del movimiento; uno de ellos era José Santos Zelaya, originario de Managua, educado entre la élite social de Granada y estudiante de una academia militar en Francia.⁴ Enviado al exilio a los treinta años de edad, Zelaya prestó servicios militares al lado de Justo Rufino Barrios en Guatemala y en El Salvador. La cercanía con Barrios, héroe de los liberales centroamericanos, le granjeó la consideración y la estima de los liberales nicaragüenses, especialmente los de Managua y León, quienes no daban importancia a su anterior militancia con los conservadores; de hecho, bajo los gobiernos conservadores, los liberales pasaban por conservadores y, habiendo jugado al radicalismo, Zelaya era más bien identificado como liberal. Y como tal, luego de su experiencia al lado de Barrios, Zelaya regresó al país para impulsar en 1887 la renovación del liberalismo.⁵

³ Daniel Cosío Villegas, *Historia Moderna de México. El porfiriato. Vida política exterior*, Primera parte, México, Editorial Hermes, pp. 397-398.

⁴ Barquero, *op. cit.*, p. 144.

⁵ Carlos Selva, al referirse a los liberales bajo el gobierno conservador de los treinta años, dice que "confesaron, que ese ir y venir de aquí para allá era causa de su desprestigio y de que no hubieran llegado al poder. Y declararon que no volverían a cometer esa falta y que mantendrían bien alta su bandera sin volverla a doblegar; sin embargo, el general Zelaya, jefe entonces (1893) de los liberales de Managua, se acercó al gobierno y de acuerdo con el ministro de Gobernación, fue a Granada con objeto

Con el ascenso de Evaristo Carazo a la presidencia en 1887 aumentaron las pugnas internas en el conservatismo. Los genuinos reclamaban a los progresistas, de los cuales provenía la elección de Carazo, el estar aumentando la marginación de los viejos conservadores de Granada. Y es que Carazo, originario de Rivas, ciudad bajo la influencia de Granada, se había vuelto un importante productor de café en las sierras de Managua y estaba impulsando una política favorable al desarrollo de una economía cafetalera, para lo cual destinaba recursos y estímulos que disminuían la importancia de la élite conservadora asentada en Granada y dedicada al comercio y la ganadería. La muerte del presidente Carazo, a mitad de su gestión, provocó una sórdida lucha por la sucesión entre las facciones conservadoras.⁶

Con la pugna entre progresistas y genuinos, el partido conservador se debilita y favorece con ello una campaña de revitalización del liberalismo en todo el país. En septiembre de 1887, bajo las presiones de los nuevos liberales encabezados en Managua por Zelaya, se realiza la convención del Partido Liberal. En el primer día de la convención ésta se divide en dos facciones: la tradicional y la militante. Los nuevos liberales liderados por Zelaya planteaban que el liberalismo debía tener un jefe único, mientras los tradicionales, más cuatelosos, proponían un consejo de tres miembros, pues no estaban convencidos de que los conservadores estuviesen a punto de ser derrocados y, en consecuencia, había que dar tiempo para preparar una estrategia que permitiera el retorno de los liberales al poder. Los nuevos liberales perdieron el control de la convención, pero Zelaya, candidato a jefe único, ganó la representación de su facción ocupando un lugar en el consejo de tres miembros.

En el fondo, la militancia de Zelaya y su grupo encerraba una amenaza para los liberales tradicionales, pues impulsaba no sólo un liderazgo único, para el cual él era el candidato, sino que también proponía que fuese Managua, de donde él era originario, la sede principal

de conferenciar con los conservadores para ver si era posible un *modus vivendi*. Fue bien acogido por estos y aún no había regresado a Managua cuando tuvieron lugar las prisiones y destierros (de opositores al gobierno de Sacasa). El general Zelaya llegó a la capital y ni él ni ninguno de sus amigos fueron molestados. . . . Eso arrojó sombras de doblez de carácter sobre Zelaya; él trató de justificarse, pero siempre quedó señalado con mala nota". Carlos Selva, *Un poco de historia*, colección Los Clásicos del Istmo, Guatemala, Ediciones del Gobierno de Guatemala, 1948, p. 24.

⁶ El candidato de los genuinos, derrotado en las elecciones del 87, era Pedro Joaquín Chamorro, líder de Granada. Cuando Carazo muere, ha dejado como primer designado a Roberto Sacasa, de la facción progresista. Esto irrita más aún a Chamorro y su facción "genuina".

del liberalismo. León, la sede tradicional, no estaba dispuesta a perder el privilegio de ser la gran capital del liberalismo. En el lado de los conservadores también había situaciones de cambio. El presidente Carazo, proveniente de Rivas, ciudad bajo la influencia de Granada, estaba dentro de las filas del conservatismo pero atentaba contra Granada, viejo centro del poder conservador. Ambas pugnas, la de los conservadores y la de los liberales, expresaban en buena medida que en el país estaba surgiendo una nueva élite que promovía una integración nacional en demérito del enfrentamiento tradicional entre ciudades-familia (Granada-León).⁷ La fuerza empezaba a cambiar de dueño.

La sucesión del presidente Carazo en 1889 favoreció a Roberto Sacasa, también de la facción progresista. Sacasa había nacido en El Viejo, Chinandega, región bajo la influencia de León, pero desde temprana edad se asentó en Granada, con cuya sociedad compartió educación y familia. Era un auténtico conservador granadino. Los genuinos de Granada, Managua y León rechazaron su gobierno argumentando que las elecciones habían sido fraudulentas. La situación no podía ser peor para los conservadores, pero los liberales no estaban todavía listos para enfrentarse directamente con el gobierno. Más bien, el grupo de Zelaya, desconfiando de la dirigencia tradicional del liberalismo, buscó un acercamiento con los conservadores genuinos desafectos a Sacasa. Y dejó que el conflicto entre conservadores llegara a su clímax.

Los liberales de Managua eran pocos pero muy activos. Se parecían a la propia ciudad, que, promovida como tercera en discordia, era tan sólo un paso carretero entre León y Granada. Sus habitantes, cuando eran de buena familia, se educaban en los colegios de Granada o de León, que siguieron siendo los verdaderos centros de tradición y cultura.

Zelaya y parte de los jóvenes de su grupo nacidos en Managua se habían educado en Granada y viajado luego a Europa. Compartían su conservadurismo social con la élite granadina y su cultura política se había desarrollado en León, donde se concentraban las gestiones administrativas desde la época colonial. Para evadir las definiciones, Zelaya y los jóvenes políticos de Managua gustaban identificarse como republicanos. Zelaya vivía y compartía en Managua las experiencias de ambas élites.

⁷ Benjamin Teplitz, *The political and economic foundations of modernization in Nicaragua: The administration of José Santos Zelaya 1893-1909*, Washington, D.C., tesis de doctorado, Howard University, 1973.

Con las tensiones entre conservadores y las debilidades en que había caído el liberalismo, no era difícil para una figura tan atractiva como la de Zelaya el ganarse en Managua un lugar prominente y, desde ahí, retar a las élites tradicionales.

Los orígenes leoneses del presidente Sacasa no eran bien vistos por Granada, a pesar de que era considerado socialmente un distinguido miembro del clan conservador, especialmente por haberse casado con una dama granadina. Sacasa resintió la oposición granadina a su designación, misma oposición que se agrandó cuando decidió lanzar su candidatura presidencial luego de completarse el periodo del presidente Carazo. A la oposición granadina se suma el liberalismo de Managua. Para contrarrestar la oposición, Sacasa se acordó de sus orígenes leoneses y buscó apoyo entre los círculos conservadores de León, ahondando la oposición granadina. Los liberales de Managua, aprovechando los conflictos conservadores, ofrecieron sus buenos oficios para la conciliación; de este modo, Zelaya se acercó a Sacasa y a los conservadores de Granada,⁸ tratando de obtener ventajas para su grupo de Managua. Lleno de actos de corrupción familiar y de arbitrariedades contra sus enemigos, el gobierno de Sacasa empezó a perder todo respaldo y pronto se quedó solo.⁹ Con la oposición abierta de los genuinos y con los liberales alejándose de los progresistas para explotar a su favor las luchas dentro del conservatismo, poco podía hacer para evitar el desastre político de su gobierno.

A diferencia de su antecesor, que pese a toda oposición mantuvo la definición de su programa, Sacasa quiso satisfacer demasiadas demandas al mismo tiempo sin tener los recursos suficientes para ello. La búsqueda de éstos por la vía fiscal lo llevó a enfrentamientos con los más diversos sectores, incluidos aquellos a los que pertenecían sus seguidores, quienes, frustrados, se fueron sumando a la oposición: de una pugna en el partido se pasó a una pugna con el gobierno.¹⁰ Los políticos de Granada anunciaron su rechazo a Sacasa y éste les respondió enviándolos al destierro. Y eso era precisamente lo que haría el camino a una oposición en la que los liberales radicales gozaban de ventaja. Uno tras otro, los brotes de violencia condicionaron el desarrollo de su gobierno; las manifestaciones callejeras conducidas por estudiantes fueron reprimidas en Granada, León y Managua. Los intentos de golpe se sucedieron también uno tras otro, hasta que el 28 de abril de 1893 un grupo de conservadores genuinos, liderados por los gene-

⁸ Selva, *op. cit.*, p. 24.

⁹ Teplitz, *op. cit.*, pp. 2 a 25.

¹⁰ Selva, *op. cit.*, pp. 15 a 23.

rales Zavala y Montiel en connivencia con el gobernador militar de Granada, general Francisco Gutiérrez, hizo estallar la rebelión en la ciudad de Granada.¹¹ Ese grupo, aliado a un pequeño ejército de liberales conducidos por Zelaya, logró que la rebelión se extendiera a cinco de los doce departamentos del país. En la primera semana de mayo de 1893 los rebeldes tenían prácticamente sitiada la ciudad de Managua.

El ministro americano Louis Baker ofreció al presidente Sacasa mediar con los rebeldes que estaban en el pueblo de Sabana Grande a la entrada de la capital. Durante tres días, representantes del gobierno y los rebeldes, con la mediación de Baker, negociaron la renuncia de Sacasa.¹² El resultado fue el Pacto de Sabana Grande del 31 de mayo de 1893, por el cual Sacasa renunciaba a la presidencia pero designaba a su sucesor, quien a su vez dejaba a los rebeldes tres de los cuatro puestos del gabinete. De hecho era una Junta de Gobierno que debía llamar a elecciones y sus miembros no podían ser candidatos. Esto hizo que ninguno de los líderes de la revuelta, Zavala, Montiel y Zelaya, aceptaran ser miembros de la Junta: los tres querían ser presidentes. La Junta se integró con un representante de cada uno de ellos: Machado designó a Fernando Sánchez, Zavala a Miguel Vigil, Zelaya a Luciano Gómez y Montiel a Francisco del Castillo. Entre la cuota rebelde, un tercio pertenecía a los liberales y específicamente a Zelaya.

Semejante acuerdo no resultó satisfactorio ni para los conservadores ni para los liberales de León, que advertían que Granada se quedaba con demasiado poder: la revolución de abril era granadina. Salvo la cuota de Zelaya, que pertenecía a Managua, todo lo demás quedó para Granada. El designado por Sacasa había sido Salvador Machado, senador del ala progresista de los conservadores. Machado trató de conciliar a todas las facciones y viajó a León para hablar con los disidentes, pero sus esfuerzos resultaron inútiles. Aprovechando su oposición en el gobierno, Zelaya alentó a los liberales leoneses a desconocer a Machado e integrar una Junta de Gobierno para la cual él podía obtener el respaldo de los conservadores genuinos de León. El general Anastasio J. Ortiz, Jefe del Ejército Liberal en León, aceptó la sugerencia de Zelaya; aprovechando la visita de Machado, Sánchez y Avilés a León, los detuvo (salvo a Avilés, quien logró huir) y declaró el 11 de julio de 1893 que desconocía la Junta de Machado e integraba una Junta de Gobierno Liberal encabezada por Zelaya. Los liberales

¹¹ Barquero, *op. cit.*, p. 153.

¹² *Ibid.*, p. 153; Selva, *op. cit.*, pp. 30-31.

forzaron la renuncia de Machado, esta vez bajo el Pacto de Momotombo. A pesar de tener en prisión a Machado, los liberales de León no estaban seguros de imponer un poder absoluto, por lo que hicieron un pacto mediante el cual, como Sacasa en la ocasión anterior, Machado se reservó la designación de su sucesor, misma que recayó en el expresidente conservador Joaquín Zavala, originario de Granada y residente en Managua. En el momento del pacto, Zelaya estaba en Managua.

Un buen número de genuinos leoneses al igual que de liberales de León y Managua consideraron insuficiente el pacto y anunciaron su disposición de avanzar sobre la capital para impedir que Zavala llegara al poder. Zelaya, aún en Managua, vio la oportunidad de que la fuerza finalmente cambiara de dueño y dispuso, con la aceptación de Ortiz, anunciar la revolución liberal por la fuerza de las armas, trasladándose a León vía Mateare.

Convencido de su destino victorioso, Zelaya empezó a discutir con sus allegados su programa revolucionario antes de salir rumbo a Mateare en julio de 1893. "Con nuestra revolución haremos feliz a la República", decía. "El secreto de la salvación del país está en el progreso, la justicia, la felicidad para cada nicaragüense. Con la república fuerte, Nicaragua será indispensable para la paz y progreso de toda Centroamérica". Recordando sus aventuras en Guatemala al lado de Barrios y sus ilusiones cuando estudiante en París, Zelaya, a sus cuarenta años de edad, iniciaba la marcha con sus tropas para tomar la capital. Uniformado, rodeado de generales de todos los signos políticos, se sentía el líder de todos los líderes y el único heredero del general Justo Rufino Barrios, mártir liberal sacrificado en Chalchuapa precisamente cuando creyó que la fuerza era el camino de la unidad centroamericana.

Rumbo a Mateare, donde lo esperaban para detener su avance las fuerzas del presidente Zavala, Zelaya ya se veía como el General Presidente, el Jefe de la Revolución, el "león invencible". El 21 de julio en Mateare, apenas tras unas horas de combate, Zelaya confirmó la superioridad de sus fuerzas: los "hombres del retroceso", como llamaba a los hombres liderados por Zavala, habían sido derrotados. Animado por su victoria persiguió a los soldados del gobierno hasta el cerro de la Cuesta, en las puertas de Managua; ahí, el presidente Zavala opuso resistencia. El 24 de julio se dio la batalla final: los quinientos hombres del ejército del presidente Zavala quedaron reducidos a la mitad. Tras colocar su cañón en el pico del cerro, Zelaya arengó a sus seiscientos soldados, muchos de ellos hondureños conducidos por Policarpo Bonilla, y con cuatro disparos anunció que Managua

había sido tomada. Era el anuncio abierto de la Revolución Liberal en 1893. Zavala, derrotado y en franca huida, dejó la capital y se replegó hacia el oriente en busca de Granada, la casa grande del conservatismo. Sin fuerzas y perseguido por Zelaya, Zavala dispuso, en consenso con sus generales y sus ministros, la rendición de Granada el 30 de julio, firmando el "Convenio de Paz".¹³

"El formidable impulso espontáneo de la conciencia pública y el esfuerzo popular" han triunfado, decían los liberales mientras marchaban con sus seiscientos hombres sobre las calles de la capital el 25 de julio. Sus quince mil habitantes, asustados por "el bombardeo", no salieron a la calle a recibir al nuevo salvador, al "león invencible" de la revolución liberal. En sólo ocho semanas habían desfilado por la capital cuatro jefes: Sacasa, Machado, Zavala y ahora Zelaya. Una pequeña élite enfrentada a sí misma abría el camino para que surgiera, con 20 años de retraso, la revolución liberal, nacida de padres conservadores.

Dueño de la rebelión, Zelaya ganó la presidencia y dejó a sus aliados leoneses y granadinos la vicepresidencia y casi todos los puestos del gabinete. El vicepresidente era el general Ortiz, el más importante de los generales leoneses que le acompañaron en la lucha contra las fuerzas gubernamentales de Zavala. Ortiz era jefe liberal de León, pero tenía ribetes conservadores por sus relaciones con los grupos conservadores de la ciudad. El gabinete estaba compuesto por hombres que habían ocupado cargos relevantes durante el gobierno conservador de los treinta años (Leonardo Lacayo, Ernesto Martínez, José Dolores Gámez y José Madriz). El único liberal de nuevo cuño, de origen leonés, era Francisco Baca, a quien designó como ministro del Interior. Zelaya estaba rodeado de exconservadores, a quienes les debía en buena medida su victoria liberal. Pronto sin embargo habría de encontrar la forma de eliminarlos y empezar una larga marcha de poder personalista.

Confirmado en su mandato por la Asamblea Nacional el 15 de septiembre de 1893, Zelaya empezó a mostrar su fuerza frente a los críticos de su discurso personalista. En octubre del mismo año debía reunirse una Asamblea Constituyente para emitir la nueva constitución que, según decía Zelaya, sería un abrazo liberal para todos los nicaragüenses. Un fuerte abrazo pues la convocatoria estuvo acompañada de la ley marcial, misma que le permitió mandar a la cárcel a los veintiún conservadores prominentes del país, disponiendo que los treinta y seis allegados a la Asamblea Constituyente debían ser exclusi-

¹³ Selva, *op. cit.*, p. 47.

vamente liberales. Impuesta la censura, "invitó" al exilio a numerosos políticos y anunció que estaba dispuesto a imponer el orden en el país.

Reunida la Asamblea Constituyente del 93, los liberales discutieron tres propuestas de Constitución: la propuesta de Serapio Orozco, la de Policarpo Bonilla, aliado hondureño de Zelaya y más tarde presidente de Honduras gracias al respaldo militar de Zelaya, y la de Agustín Duarte, general liberal que había sido ministro de Sacasa, que fue finalmente la propuesta que se aprobó. Cargada de retórica y siguiendo los principios del liberalismo guatemalteco, la Constitución del 93, llamada la Libérrima, fue promulgada el 10 de diciembre de ese año.¹⁴

Los conservadores, asustados por las acciones de Zelaya, empezaron a darse cuenta de que habían respaldado a un enemigo suyo. Endeudado con Policarpo Bonilla, hondureño exiliado en Nicaragua, Zelaya quiso pagarle apoyando su rebelión contra el presidente Vázquez. En enero de 1894 Zelaya envió sus mejores tropas a Honduras, bajo el mando del general y vicepresidente Anastasio Ortiz. Antes de la salida de sus tropas hacia Honduras, Zelaya acusó a ese país de apoyar a los conservadores granadinos para que lo derrocaran, y con ese pretexto ordenó la captura de los más prominentes militares y civiles conservadores; asimismo decretó préstamos forzosos de los conservadores y liberales desafectos para pagar la guerra. Para ello Zelaya despachó a los municipios del interior una lista con los nombres de sus enemigos, indicando la cantidad que debían pagar como castigo por sus conductas antipatrióticas.¹⁵ Mientras las tropas nicaragüenses avanzaban sobre Tegucigalpa, Zelaya apretaba las tuercas de su gobierno eliminando a cuanto opositor aparecía. La dictadura había comenzado en serio.

Usando la guerra para alentar el nacionalismo en el país, Zelaya esperó el regreso de las tropas que, cubiertas de gloria, mostraban la nueva fuerza de Nicaragua en Centroamérica. El vicepresidente Ortiz, alentado por sus victorias militares en Honduras, aumentó sus influencias en el gobierno, lo que fue aprovechado por los opositores a

¹⁴ Véase texto en Emilio Álvarez Lejarza, *Las constituciones de Nicaragua*, Madrid, España, 1928.

¹⁵ Zelaya cambió a los prefectos por jefes políticos y a los gobernadores militares por comandantes de armas. En cada Departamento del país, en sus cabeceras, el jefe político y el comandante tenían el poder delegado del presidente. Entre sus facultades estaba la de aplicar la ley de orden público dictada por la revolución. Los empréstitos forzosos se aplicaban especialmente con los enemigos. A los Chamorro de Granada, cuenta Selva, les tocaba pagar más. Les daban doce horas para entregar el dinero indicado en la lista. A veces se podía regatear la cuota y hacer arreglos de pago en abonos. Selva, *op. cit.*, pp. 108-111.

Zelaya: los conservadores confiaban en que Ortiz era el único capaz de parar las tempranas tropelías de Zelaya. Ortiz empezó a ser alentado por sus correligionarios leoneses a rebelarse contra Zelaya; todos le visitaban para pedirle protección. A su vez, los radicales de Zelaya empezaron a promover los celos de éste contra Ortiz, a quien le atribuyeron ribetes conservadores. Zelaya, dando muestras de habilidad, decidió ofrecer a Ortiz el Ministerio de Guerra y Marina, además del cargo que ya poseía de vicepresidente. Al mismo tiempo, advirtió a los jefes militares que desobedecieran sus órdenes. Ortiz, confiado en su nueva fuerza y prestigio, aceptó el ministerio; al darse cuenta de que sus órdenes eran desobedecidas por los militares de Zelaya, desconcertado, presentó su renuncia como ministro de Guerra y Marina sin perder la vicepresidencia. En León el general Ortiz fue recibido como héroe. Los seguidores de Zelaya pedían ahora su cabeza en la vicepresidencia; pronto encontraron la forma de acusarlo de conspiración, pues sus relaciones con los conservadores habían hecho más frecuentes las reuniones de los desafectos del régimen en León. Si la Asamblea lo había nombrado, ella misma debía desconocerlo como vicepresidente: se reunió la Asamblea y fue desconocido y arrestado para ser enviado al exilio en Guatemala. Se había terminado la camaradería entre los dos generales más importantes de la revolución, antes de que ésta cumpliera su primer aniversario. Zelaya logró que la Asamblea designara en sustitución del general Ortiz a su ministro del Interior Francisco Baca, también originario de León.

En octubre del 93, mientras Zelaya preparaba su intervención en Honduras, dispuso enviar una misión militar al Atlántico para forzar el reconocimiento de las autoridades misquitas a su gobierno. Con ello cubría la retaguardia de Policarpo Bonilla, cuyo ejército rebelde entraría desde Nicaragua tanto por el Pacífico como por el Atlántico. Los hondureños habían enviado tropas gubernamentales a la frontera por el Atlántico. Las tropas enviadas por Zelaya fueron hostigadas por los misquitos. Una vez que Policarpo Bonilla con las tropas nicaragüenses en Tegucigalpa ganó el poder en Honduras, Zelaya reforzó durante 1894 la presencia de su gobierno en la costa misquita nicaragüense, provocando la resistencia de sus pobladores. La rebelión de los costños estalló en julio del 94 y fue alentada por el vicecónsul británico en Blufffields, por lo que la misión militar enviada por Zelaya dispuso expulsarlo de la costa. Los ingleses protestaron contra la medida y dieron un ultimátum a Zelaya: "O paga una indemnización de 15 500 libras como compensación por el ultraje, o desembarcamos tropas en el Pacífico". Zelaya no aceptó. Y los ingleses, que estaban midiendo la fuerza del "león revolucionario", decidieron mostrar su de-

terminación de cumplir las amenazas; barcos ingleses se estacionaron frente al puerto de Corinto, el principal del país, en el Pacífico. El día acordado y no habiendo pago, los marinos ingleses desembarcaron en Corinto: "O pagan o no nos vamos", dijeron. Honduras y El Salvador ofrecieron respaldo financiero a Zelaya para que pagase la indemnización. Su correligionario, amigo de aventuras bélicas y ahora protegido Policarpo Bonilla estaba ya de presidente de Honduras; y en El Salvador, otro amigo liberal, Rafael Antonio Gutiérrez, fungía como presidente.¹⁶ El asunto de Corinto le resultaba a Zelaya un contratiempo no del todo desfavorable para afrontar las complicaciones internas de su gobierno: la crisis con la Iglesia, el descubrimiento de la supuesta conspiración de su vicepresidente, el general Ortiz, y su resolución de terminar con los conservadores y liberales opuestos a su gobierno, le habían permitido suspender los derechos constitucionales durante nueve meses en 1894. Ahora, con el pretexto de la ocupación británica de Corinto, podía imponer el estado de sitio el 25 de abril de 1894, reforzar el reclutamiento militar y acentuar su discurso nacionalista.

En medio de la represión interna, Zelaya pagó a los ingleses la indemnización que permitió, el 4 de mayo de 1895, la desocupación de Corinto. Pero todas las medidas represivas tomadas al amparo del incidente siguieron en vigor hasta el 8 de febrero de 1896. Dos semanas después suspendió nuevamente las garantías constitucionales, argumentando esta vez amenazas a las instituciones por parte de los enemigos internos de la nación.

Apenas salido del incidente con los ingleses, Zelaya aprovecha la solidaridad de sus colegas de Honduras y El Salvador para llevar adelante sus sueños de unificador centroamericano. Su maestro y guía de acción, Justo Rufino Barrios, había fracasado cuando murió en su invasión a El Salvador. Zelaya se sentía dispuesto a emprender la obra unificadora en un momento de paz en la región; el gobierno de Guatemala estaba ocupado con sus problemas internos, y su gobernante el general José María Reyna Barrios, sobrino de Justo Rufino, no tenía mayores deseos en ese momento de jugar aventuras regionales; asimismo, Costa Rica, distante como siempre, no parecía entusiasmada con proyectos de unidad. El triángulo del centro, Honduras, El Salvador y Nicaragua, respondía ahora a Zelaya, quien tenía un camino abierto para alentar, aprovechando el incidente de Corinto, la creación de una república centroamericana. Convince a Policarpo Bonilla para que

¹⁶ Véase Laudelino Moreno, *Historia de la relaciones interestatales de Centroamérica*, 2da. ed., Madrid, 1928, pp. 129-130.

convoque en Amapala una reunión de presidentes, que se celebra el 18 de junio y a la que sólo asisten los tres, Zelaya, Bonilla y Gutiérrez; Guatemala y Costa Rica se disculpan. A Costa Rica le preocupa que Zelaya esté buscando alianzas que mejoren su posición negociadora del canal sin reconocerle derechos a Costa Rica, y a Guatemala le inquieta quedar aislada, teniendo a su vecino El Salvador respaldado por Honduras y Nicaragua y en el norte a su tradicional enemigo, México. De la reunión de Amapala surge la República Mayor de Centroamérica, el 20 de junio de 1895, en la que cada uno de los países preservan su identidad constitucional y su régimen interior, pero conforman una posición política conjunta que neutraliza principalmente a Guatemala.¹⁷

Zelaya creyó que podría volverse el nuevo líder regional. Después de todo era cierto que por primera vez la iniciativa unionista no salía de Guatemala, motivo suficiente para que países como México y Estados Unidos pudieran, también por primera vez, estar de acuerdo en el proyecto centroamericano. Sin embargo, no fue así. Una deslucida actuación diplomática mexicana fue seguida por otra no menos deslucida y además desconfiada de Estados Unidos.¹⁸

Zelaya, mientras tanto, no lograba gobernar sin oposición y, en consecuencia, el país vivía bajo el estado de sitio o la ley marcial. En eso la situación centroamericana no era diferente, por lo que Zelaya no se sentía incómodo gobernando como dictador con poderes absolutos.

Combinando sus ambiciones de liderazgo regional con sus poderes dictatoriales locales, Zelaya había aprovechado bien el notable aumento de la producción cafetalera en el país. Con recursos suficientes derivados del nuevo impuesto a la exportación del café, emprendió una rápida campaña de integración nacional mediante la construcción de ferrocarriles y caminos que unieran las ciudades tradicionales con los nuevos centros de producción, que generaban nuevos pueblos en el interior del país. La apertura de tierras para el café amplió el mercado monetario en zonas antes deprimidas. Con el mejoramiento del transporte se fomentó un mercado interno que benefició sustancialmente a la capital y a las ciudades del café.¹⁹

¹⁷ Rodolfo Pastor, *Historia de Centroamérica*, México, El Colegio de México, 1989, p. 209; Daniel Cosío Villegas, *op. cit.*, p. 590.

¹⁸ Rodolfo Pastor, *op. cit.*, pp. 203-209; Cosío Villegas, *op. cit.*, p. 591.

¹⁹ Charles L. Stansifer, "Una nueva interpretación de José Santos Zelaya, dictador de Nicaragua, 1893-1909", en *Anuario de estudios centroamericanos*, Universidad de Costa Rica, núm. 1, 1974, pp. 47-60.

Con mano férrea y una política que privilegiaba el hacer dinero, Zelaya buscó desarticular el poder político de las élites granadinas y leonesas, a las que ofreció reconocimiento como fuerza económica mas no política. Convencido de que las élites preferirían el progreso material a la conspiración, Zelaya fomentó la corrupción a todos los niveles. Dejó enriquecerse a sus seguidores y concedió privilegios a los enemigos que se pasaran a su bando.²⁰ Pero siguió siendo brutal con quienes mantenían la oposición a su gobierno. No todos querían ser liberales, ni todos los liberales querían ser zelayistas. En Granada, la familia Chamorro hacía dinero pero no se lo agradecía a Zelaya, por lo que debía con frecuencia afrontar los cargos de evasión fiscal y confiscación de bienes.²¹ En León, los liberales sentían que Zelaya no representaba sus intereses, pues los cambios económicos y sociales del país beneficiaban poco a las viejas regiones de León. En eso Granada y León estaban parejas.

La autonomía local como asunto familiar ya no se daba en Granada ni en León para alentar la idea de estados soberanos. El poder y el dinero ya no estaban ahí a finales del siglo. Managua, Carazo, Matagalpa, Jinotega y Estelí eran ahora los nuevos centros de producción de riqueza y aunque sus élites carecían de prestigio, proporcionaban respaldo al gobierno, dando empleos y apoyo a la obra material. Las pequeñas ciudades enclavadas en la región de Granada —las de los departamentos de Chontales y Rivas—, productoras de alimentos, se beneficiaban con la demanda creciente en Managua y en las ciudades del norte del país. Las ciudades enclavadas en la región de León, productoras también de alimentos, recibían beneficios del desarrollo de los puertos por donde salían el café y los productos comerciados con Honduras y El Salvador. La esfera política del poder se fue alejando de las élites tradicionales de León y Granada. La afluencia de medios económicos y la creciente comercialización en zonas ajenas al control de esas élites tradicionales implicó para ellas un lento proceso de ruina económica, pero especialmente de ruina política.

Las rebeliones de los jefes conservadores y liberales en contra de Zelaya no ocultan que hay confusión y desorden en los significados del poder tradicional; un poder que, a pesar de que se está arruinando con la dictadura moderna de Zelaya, decide resistir.

En reacción a esa nueva situación nacional, tanto las élites leonesas como las granadinas continuaron alentando las rebeliones contra

²⁰ Carlos Cuadra Pasos, *Historia de Medio Siglo*, Managua, Editorial Unión, 1964, pp. 21-25.

²¹ Teplitz, *op. cit.*, pp. 95 y 131.

Zelaya. Su vicepresidente, Francisco Baca, que precisamente había sustituido al general Ortiz cuando éste se rebeló contra Zelaya, apenas seis meses después de ser nombrado, habría de encabezar en 1896 la rebelión leonesa, una de las más importantes que debió afrontar el gobierno de Zelaya.

En un claro reto a centralizar el poder en Managua y en su misma persona, Zelaya no se anda con tibiezas y no sólo su amigo Baca es removido del cargo, sino que hace desaparecer la vicepresidencia y asume nuevamente los poderes absolutos. En 1896 Zelaya es el dictador permanente de las élites, el primero desde la Independencia.

Descansando en un juego de alianzas temporales con uno u otro líder, a veces de Granada y a veces de León, Zelaya pudo ganar tiempo para avanzar en el proyecto de su dictadura personal. Eso hizo que no tuviese muchos fieles y que ante los complots de sus "segundos" terminara por hacer desaparecer los puestos que premiaban las alianzas o por neutralizar la influencia que se derivaba de ellos. La mayoría de sus compañeros de armas y de sus ministros fueron jefes de revueltas en su contra.

Sin muchos adictos en quienes descansar, Zelaya buscó ejercer el poder por la vía de la dictadura personal. De la nueva sociedad de Managua trató de conseguir hombres para la administración central, a los que otorgó la función de modernizar la infraestructura de comunicaciones y transporte, la agricultura comercial y la educación. Impuso el servicio militar obligatorio, organizó los barrios de la capital para proveerse de fuerzas de choque y usó el discurso nacionalista para encubrir su política centroamericana.

Zelaya provoca a las élites tradicionales y las divide otorgando privilegios a algunos de sus miembros y castigos exagerados a otros, y no lo hace en función de adscripciones partidistas, sino privilegiando los intereses de clase. A sus seguidores les dejó enriquecerse, mientras a sus opositores les ofrecía privilegios a cambio de su conversión política. Si no lo aceptaban o se salían del arreglo, simplemente los acusaba de evasión fiscal o de conspiración contra las instituciones. La cantidad de multas contra comerciantes granadinos, especialmente de la familia Chamorro, era grande; también eran frecuentes los encarcelamientos de sus opositores, acusados de conspiración. Hay odio político en su contra, pero también ganancias económicas que no dejaban que el odio diera una respuesta definitiva. Satisfacer las ansias de progreso de las familias conservadoras y liberales a cambio de controlarlas resultó para Zelaya el juego político más exitoso. Resultaban impresionantes los repartos de tierras que hacía entre sus seguidores, así como las concesiones a particulares para la venta de productos de mo-

nopolios del Estado, mientras que, por otro lado, alentaba la confiscación de bienes propiedad de sus enemigos.

A los oficiales de alto rango del ejército les permitía cierta extravagancia pero les limitaba el poder. Organizó al ejército dándole a los oficiales el mando en ciudades distintas a las de su origen; igualmente dispuso la creación de jefaturas políticas, departamentales, nombrando como jefes políticos a seguidores suyos en ciudades de donde no eran originarios. Los jefes militares y los jefes políticos se mantenían en constante rotación. En una revisión de las listas de oficiales de alto rango que servían en el ejército en 1908, se encontró que los más prestigiados generales y coroneles no sólo eran conservadores, sino que habían servido durante el gobierno conservador de los treinta años. En contraste, de los 974 oficiales de campo que controlaban las guarniciones de todo el país, sólo el 5% había tenido algún servicio en gobiernos anteriores al suyo. A los primeros les premiaba con una buena posición y los enriquecía, a los segundos les trasladaba una mística militarista, que iba acompañada de equipo moderno. A los jóvenes les abrió la Escuela Politécnica, de donde salían los oficiales de su ejército.

Integración, modernización, fuerza militar y control social, unidos en una conducción personal, dieron sentido nacional al régimen de Zelaya. Convencido de su fuerza, Zelaya buscó controlar la región centroamericana. Su obsesión por construir un ejército conquistador fue una de las causas principales de su caída. Pasados los primeros diez años de su dictadura sintió que podía convertirse en el nuevo Justo Rufino Barrios e hizo demasiados alardes de poderío militar. Los traficantes de armas entraban y salían de Managua, convertida en la plaza fuerte de compra de armas en Centroamérica después de Guatemala.

En sus preparativos de conquista destinó grandes recursos para modernizar el ejército y en ocasiones fue engañado. En 1906, antes de la guerra contra Honduras y El Salvador, compró a un traficante norteamericano diez mil fusiles último modelo y cien toneladas de municiones. Cuando sus hombres abrieron las cajas en el Puerto de Bluffields, sólo encontraron rifles viejos e inservibles y en vez de municiones encontraron clavos y piedras.²²

En su afán militarista, Zelaya atribuía a cada ciudadano la responsabilidad de la defensa de la nación y de sus instituciones. Los voluntarios a punta de bayoneta empezaron a desaparecer; ya nadie quería ir a los parques por temor a ser reclutado. La escasez de mano de obra en periodos de producción y de cosecha se hacía tan evidente que los productores pidieron a Zelaya que exonerara del servicio militar

²² *Ibid.*, p. 113.

a los trabajadores que tuvieran un contrato firmado. Zelaya, preocupado por el impacto económico del reclutamiento, aceptó la sugerencia y alentó en los notables la compra de exoneraciones. El resultado fue igualmente desastroso; los trabajadores firmaban contratos con varios patrones y a todos pedían adelanto de sueldo, para luego desaparecer del lugar con su exoneración de servicio militar. Los patrones seguían quejándose. En busca de solución, Zelaya dispuso que una de las tareas del ejército sería la de buscar la mano de obra fugitiva. La tarea resultaba poco digna para un ejército que se estaba preparando para fines más altos, por lo que se dejó a los reclutas la tarea de buscar fugitivos. Pero los reclutas eran campesinos que ayudaban a los fugitivos, por lo que el agente general de Agricultura de Managua recomendaba en 1901 que para evitar esa cooperación entre reclutas y fugitivos, debían rotarse las tropas.

La intensa militarización de la sociedad hizo finalmente mucho daño a Zelaya. Los ricos compraban exenciones de servicio y los pobres se ocultaban en un contrato de trabajo que no cumplían pero que les posponía el servicio. Sólo algunos sectores populares urbanos encontraron satisfacción en el ejército, pues les abría nuevas expectativas de ascenso social y les garantizaba un poder excepcional en sus comunidades, en las cuales ejercían una violencia delictiva inusitada en el país.

La abundancia de recursos le permitió jugar a las alianzas corruptas, pero ello no fue suficiente para destruir completamente a las oligarquías regionales que, pese a su ruina política, no estaban dispuestas a aceptar una subordinación tan humillante.

Proviendo de una familia de poca ascendencia política entre las oligarquías regionales y casado con una ciudadana de origen belga, que no le proporcionaba parentela política, Zelaya dependió de amigos nuevos y de recursos disponibles para comprar lealtades siempre dudosas. Podía sostenerse más por las alianzas que por dependencias; las amistades útiles eran siempre costosas. Los pagos por lealtad llenaron al gobierno de Zelaya de prácticas corruptas y de una fuerte militarización de la sociedad.²³

El éxito de Zelaya para derrotar temporalmente a sus enemigos no sólo se debió al uso de la fuerza, sino también a que recompensaba a aquella porción de la élite opositora dispuesta a no interferir en su proyecto, con lo que lograba siempre aislar a sus verdaderos enemigos. Con los recursos existentes esa política no era difícil de aplicar.

²³ Enrique Guzmán, *Huellas de su pensamiento*, Granada, Nicaragua, 1943, pp. 283-286.

Quienes querían prosperar dependían de Zelaya. La economía en crecimiento era el instrumento que le permitía mantener el control.²⁴ Zelaya administró, en cierta medida, el hundimiento o la salvación de las viejas élites. Utilizó esa administración para acrecentar las diferencias entre las élites tradicionales y para fortalecer la emergencia activa de una élite nacional que tuviera en Managua su cabeza. Haya sido intencional o no esa política, los hechos revelan que la centralización bajo su dictadura personal y la mezcla de privilegios y castigos que imponía a los miembros de la élite fueron produciendo cambios en la formación del poder político nacional.

El uso político de la población es muy limitado en el gobierno de Zelaya. Abunda la retórica alrededor de sus medidas educativas, su enfrentamiento con la Iglesia y con sus enemigos, pero no recurre permanentemente a las pequeñas masas de población urbana y rural para enfrentar a aquéllos. Más bien utiliza el expediente institucional del reclutamiento militar forzoso y los reglamentos para imponer multas a sus enemigos.

En su afán de conservar el poder empleó el reclutamiento forzoso como medida defensiva personal, y aunque era evidente que su intención era anular cualquier posibilidad de reclutamiento partidario a sus opositores, él planteaba como una responsabilidad de todos la defensa de la nación. De este modo presentaba su política centroamericana, donde las guerras no aparecen como parte de su plan de conquista de poder personal a nivel regional sino como una necesidad de la defensa nacional. Mientras a los campesinos y a los vecinos de barrios urbanos los volvía "voluntarios a punta de bayoneta" con su reclutamiento militar, a los ricos les abría la oficina para que compraran la dispensa del servicio militar. El costo variaba para cada familia, según fuesen amigos o no. Los conservadores pagaban más y algunas de sus familias, como la de los Chamorro, pagaban el triple. La dispensa de servicio costaba 50 pesos (dólares) si les correspondía una fuerza operacional y 35 pesos si iban a la reserva.²⁵

Dada la frecuencia de revueltas o de conflictos regionales, la guerra era siempre un destino probable para los ciudadanos nicara-güenses. Al vender las dispensas, Zelaya estaba comprando la lealtad de las clases altas. Y al mismo tiempo, para aquellos sectores urbanos que querían una comisión militar, la militarización les ofrecía un camino de posición y de fueros especiales. En estado de sitio o bajo ley marcial permanente, como vivía el país, ser militar era ser visible, in-

²⁴ *Ibid.*

²⁵ Teplitz, *op. cit.*, p. 131.

fluyente o intocable. Así Zelaya pudo ganar seguidores, pero pronto la reputación del ejército cayó por los suelos debido a los abusos, robos y crímenes que cometían los soldados. En 1896 el ejército contaba con cuatro mil hombres de línea, mientras la asistencia escolar total a nivel nacional era en el mismo año de quince mil estudiantes.²⁶

El objetivo de la intensa militarización era sostener el proyecto centralizador, al cual se oponían fuerzas que, a pesar de estar en decadencia, podían conducir a la rebelión y a la guerra civil. Zelaya hace sentir su poder personal y, desde Managua, trata de convertirlo en un poder aceptado por los otros jefes, sean liberales o conservadores. Conciente del poder de las élites tradicionales, especialmente de los conservadores de Granada, recurre a los hombres del conservadurismo para apoyar su gobierno en Managua, pero dejando claro que sólo él es el nuevo jefe central. Los grupos rivales que compiten por el poder, pasan por él, y él, desde Managua, se aproxima a uno u otro grupo, pactando con unos y otros siempre en beneficio de su poder dictatorial. Las múltiples rebeliones en su contra provienen siempre de esta conducta ambivalente de Zelaya: primero, como ya señalamos, son sus vicepresidentes (el general Ortiz en 1894 y Francisco Baca en 1896); después, las rebeliones del general Juan Pablo Reyes en 1899, la de Lago en 1903 y finalmente la del general Juan José Estrada, quien unido a los Chamorro habría de derrotarlo en 1909. Todos habían sido, en algún momento, sus aliados o sus preferidos.

Zelaya y sus hombres cercanos sólo caminaban juntos un corto trecho. Esta conducta revela algo más que su personalidad, frecuentemente identificada como prepotente, bravucona, extravagante y auto-suficiente; revela que en esos años los vínculos entre hombres y grupos eran de intensa ambivalencia debido a las alteraciones en el peso social de las élites tradicionales. Zelaya veía fantasmas revolucionarios por todos lados, y es que no había grupo o líder que no hubiese sido tentado por sus ofertas de alianzas y luego convertido en enemigo.

Esos rasgos recurrentes en la dictadura de Zelaya parecían provenir de una simple pasión primitiva de los líderes de esa época, según lo anotaban observadores extranjeros y nacionales; pero era algo más, era una reivindicación de grupos que se estaban hundiendo y que perdían los derechos logrados bajo los regímenes conservadores que administraban el prestigio de Granada y León, consecuencia de la centralización del poder en manos de una dictadura personal asentada en nuevas vinculaciones sociales. Los conflictos contra Zelaya tienen ese curso típico: quitar el poder de deliberación a las élites tradicionales.

²⁶ *Ibid.*, pp. 168-169.

Ya desde octubre de 1893, apenas empezado su gobierno, cuando ordena el encarcelamiento de los veintiún conservadores más prominentes —incluidos los constituyentes conservadores—, Zelaya había enseñado su juego. Y no lo cambió, pues lo repitió una y otra vez cerrando el Congreso cuantas veces fue necesario a fin de impedir que le anularan su autoridad personal. Esa conducta frecuente de amigos vueltos enemigos y nuevamente amigos, según premios y castigos, hizo a Zelaya particularmente odioso, pero le garantizó un amplio campo de acción para su poder dictatorial durante 16 años. Poniéndose a la cabeza de una nueva clase de productores y comerciantes de las regiones del país que se activaban con la economía cafetalera, Zelaya pudo enfrentar a sus enemigos, los dividió y los hizo víctimas del nuevo poder central, pero no logró destruirlos totalmente.

La importancia del régimen de Zelaya en la historia nacional consiste en que con él aparece por vez primera un poder político nacional que se opone al poder regional bajo liderazgo de Granada o León. Antes de Zelaya los gobiernos eran administradores menores. Zelaya privilegia el poder político nacional y sacude con dinero, cargos y reclutamiento militar forzoso las viejas bases del poder político de las élites sociales de Granada y León. Zelaya es la expresión de esa dirección que tomaron los cambios sociales y económicos de finales del siglo pasado y comienzos del actual.²⁷

En octubre de 1909, el general Juan José Estrada se encontraba en Bluffields ocupando el cargo de intendente general de la costa atlántica —el “reino misquito” conquistado por Zelaya en 1894—. Había sido uno de los hombres preferidos del dictador Zelaya: su paisano de Managua, su ministro de Guerra y Marina. Viviendo lejos de la corte, como uno más de los exhombres del régimen, el general Estrada aprovecha el ambiente costeño para purificar su liberalismo y añorar todo lo que le parecía muerto en el liberalismo de Zelaya. Advirtió que su jefe y amigo se había metido en un callejón sin salida y decidió abandonarlo, no para asistir desde lejos al derrumbe, sino para dirigirlo. Su disidencia es alentada por el cónsul norteamericano en Bluffields, Thomas C. Moffat, y por otros extranjeros con intereses especiales en el Atlántico, incluido un familiar cercano del secretario de Estado Knox. Estrada busca apoyo político en el grupo de liberales desafectos a Zelaya, y al mismo tiempo trata de interesar a los conservadores residentes en Bluffields, uno de los cuales, Adolfo Díaz, aporta sustanciales fondos para la rebelión. Pero la distancia hacía muy difícil una acción entre él y los antizelayistas de Managua, León y

²⁷ Pastor, *op. cit.*, pp. 207-209; Stansifer, *op. cit.*, pp. 47-60.

Granada. Él sabía bien que Zelaya tenía control militar en las principales ciudades, pero, como afirmaban el cónsul americano y el mismo Díaz, el problema era distinto: no se trataba simplemente de una rebelión contra Zelaya, sino que había un respaldo más decidido por parte de Guatemala y, especialmente, por parte de Estados Unidos, que lucía cada vez más irritado por la política centroamericana de Zelaya y por las actitudes oferentes de éste hacia Japón y Alemania para la construcción del canal por Nicaragua.

Al agravarse la crisis del régimen de Zelaya y siendo evidente que no podría sobrevivir, los líderes más diversos que se oponían a él formaron una alianza temporal. Esta alianza unió a dos grupos de hombres que pertenecían a bandos opuestos: el de los liberales, que básicamente coincidían con las metas del régimen pero que resentían los métodos personalistas para alcanzarlos, y el de los conservadores, que abiertamente se oponían a sus metas y a sus procedimientos y deseaban un retorno al pasado. La persona de Zelaya, como enemigo, unía a la oposición, y la oposición de Estados Unidos a Zelaya los alentaba.

El nuevo y único árbitro externo, Estados Unidos, estaba dispuesto a ejercer su influencia. Dudosos y vacilantes, muchos grupos iniciaron la revuelta armada contra Zelaya, más que respaldados por capacidad bélica, que no la tenían, o por una crisis social y económica que no la había, descansando en una esperanza de apoyo guatemalteco y estadounidense. Como acción violenta, la revuelta no era distinta de las anteriores; como acción política incorporaba por vez primera a Estados Unidos con una función protectora de los rebeldes.

Estados Unidos había terminado su función mediadora en 1907. Ahora pasaba a la función estabilizadora, decidido a imponer la estabilidad en una zona que le resultaba vital y en la cual la persistente actitud intervencionista de Zelaya se había vuelto inaceptable; Estados Unidos respaldó a los rebeldes antizelayistas. El vínculo político del levantamiento lo pone, entonces, Estados Unidos,²⁸ frente a ello era evidente que Zelaya se había quedado solo y sin salida. Cuando el canciller mexicano le recomienda, en nombre de Porfirio Díaz, que renuncie al poder,²⁹ Zelaya está vencido y solo. La triste odisea de su salida del país revela su convencimiento de que Estados Unidos quería capturarlo.³⁰

En un ambiente lleno de tensión, la noticia sobre la salida de Zela-

²⁸ Dana Munro, *Intervention and dollar diplomacy in the caribbean, 1900-1921*, Princeton, N.J., Princeton University Press, 1964; Pastor, *op. cit.*, p. 209.

²⁹ Cosío Villegas, *op. cit.*

³⁰ *Ibid.*

ya del país rumbo a México causa conmoción en la capital. El Congreso designa sucesor a José Madriz, exzelayista leonés, recomendado para el cargo por el gobierno de México.³¹ En una atmósfera tempestuosa y revolucionaria, Madriz pretende llegar a un arreglo rápido con los rebeldes. Pero esto es imposible, pues Estados Unidos ve en él una simple extensión del derrocado gobierno; el emisario que Madriz envía a la costa para conferenciar con Estrada muere en el camino.

La derrota de Zelaya se extiende a José Madriz; más que una derrota militar, que no la hubo, era una derrota política. A pesar de que Madriz logra imponer la superioridad militar de sus fuerzas, derrotando de manera aplastante al general Chamorro en las batallas de San Juan del Norte y de Tisma, y al mismo general Estrada en Bluffields, Estados Unidos impide que la derrota militar de los rebeldes se consuma políticamente. Los británicos ofrecen reconocer a Madriz, pero los norteamericanos les piden que no lo hagan.³² Los barcos de guerra estadounidenses, mientras reciben instrucciones definitivas, se dedican a prestar protección, armas y alimentos a los rebeldes en Bluffields e impiden que las fuerzas del gobierno, que han tomado desde San Juan del Norte hasta Bluffields, puedan capturar a los líderes de la rebelión.³³

La ruptura de relaciones en los términos de la nota de Knox pesa más que las victorias militares. Hay una sensación de final triste en todo aquello. El tomarse prácticamente Bluffields y no poder capturar a los rebeldes porque los *marines* les brindaban protección, como si se tratase de un puerto de Estados Unidos, provocó un sentimiento de frustración e impotencia en los jefes militares del gobierno. Todo estaba perdido después de mayo de 1910; ya no importaba nada que Madriz buscara un arreglo con Estados Unidos, que ofreciera las reparaciones del daño ocasionado por las muertes de Canon y Groce y que se propusiera organizar un gobierno de reconciliación nacional.³⁴ Como Zelaya en diciembre del año anterior, Madriz vio claro que debía abandonar sus esfuerzos por preservar el poder. En agosto abandonó el país rumbo a México dejando depositado el poder en el senador José Dolores Estrada, hermano del jefe de la rebelión contra Zelaya.³⁵

³¹ Whitney Perkins, *Constraint of Empire. The United States and Caribbean interventions*, Greenwood Press, Westport, Connecticut, 1981, p. 126.

³² Munro, *op. cit.*, p. 182.

³³ *Ibid.*, pp. 184-185.

³⁴ La correspondencia diplomática norteamericana relacionada con el caso del presidente José Madriz puede consultarse en *Foreign Relations*, 1910, a partir de la p. 745; también véase a Cosío Villegas, *op. cit.*, pp. 721-732.

³⁵ Barquero, *op. cit.*, p. 178.

III. LOS GOBIERNOS BAJO CUSTODIA AMERICANA, 1910-1937

Atemorizada y confusa, la población de Managua presenció la entrada de las tropas rebeldes del general Juan José Estrada la tarde del 28 de agosto de 1910. El "león invencible" había sido vencido y su sucesor José Madriz había abandonado la capital luego de fracasar políticamente en sus esfuerzos de estabilizar la situación militar, que no le era totalmente desfavorable.

Establecido en Managua, el general Estrada no sabía cómo dominar la situación de caos que promovían los seguidores de los generales conservadores Emiliano Chamorro, Luis Mena, Adolfo Díaz y los suyos propios. Todos se sentían ahora dueños del poder. Para sentar las bases del nuevo gobierno era preciso obtener primero el reconocimiento de Estados Unidos. El ministro nicaragüense en Washington, agente de Estrada, le envió a éste un cable el mismo 28 de agosto en el que le sugería los términos bajo los cuales sería dado el reconocimiento inmediato del gobierno de Estados Unidos: elecciones en seis meses, préstamo de Estados Unidos dando las aduanas en garantía, persecución y juicio de los autores de la muerte de Canon y Groce, indemnización a sus familiares y concertación con Estados Unidos de las acciones para definir las políticas del nuevo gobierno.¹ Estrada no tenía apuros económicos pues Zelaya había dejado notables reservas monetarias que Madriz no se había gastado en los siete meses que estuvo en el poder; castigar a los autores de la muerte de los dos americanos era relativamente fácil, al igual que la indemnización a los familiares; concertar el futuro político de Nicaragua con Estados Unidos también sería objeto de una negociación entre jefes rebeldes, todos ellos identificados como partidarios de dicha concertación; sólo había un punto complicado: la duración de su estancia en el poder. Llamar a elecciones en seis meses cerraba temprano sus ambiciones de poder. De modo que, luego de leer el cable de Castillo, el general Estrada, reclinándose en la silla que hacía menos de un año era la silla de su jefe y amigo

¹ Munro, *op. cit.*, p. 187.

el general Zelaya, dispuso proponer a Castillo que informara a Knox que aceptaba todo pero que le ampliaran a un año el periodo para llamar a elecciones.

El general Estrada asumió que la reacción tan favorable de Knox a la nota de Castillo era un reconocimiento formal a su presidencia provisional, por lo que ordenó que cada hora y durante todo el día se hiciera un disparo de cañón en la capital. A los norteamericanos no les hizo mucha gracia el que celebraran el reconocimiento de esa manera.²

El regreso de los granadinos a Managua no resultaba grato a los capitalinos, a quienes Zelaya había enseñado el valor de constituir el nuevo poder ciudadano frente a Granada y León. La presencia del general Estrada en Managua no era suficiente motivo de confianza, pues era evidente que estaba en minoría frente a los conservadores de Chamorro y Díaz.³

Cuando Knox dispone el envío a Managua de una misión para concertar la política bilateral, ya está enterado de que el general Estrada no las tiene todas a su favor. Thomas Dawson, jefe de la misión, llega a Managua el 19 de octubre y casi inmediatamente reporta a Washington que las luchas por el poder entre las facciones victoriosas tienen al país virtualmente en la anarquía.⁴

Cientos de ciudadanos desafectos a Zelaya hicieron cola para reclamar indemnización por los daños que les ocasionaron los políticos y las políticas de Zelaya. La gran mayoría de las reclamaciones provenían de las familias conservadoras, quienes argumentaban haber sido dañadas por la administración liberal de Zelaya.

En unas cuantas semanas los conservadores vaciaron prácticamente las arcas del tesoro, sin que el general Estrada pudiera impedirlo en su ansia de retener el apoyo de los conservadores. Fue tan grande la repartición del dinero del gobierno que hubo necesidad de concederle créditos adicionales bajo el compromiso de que no habría nuevos pagos sin la autorización de la Comisión Mixta, que incluía en sus trabajos el análisis de las reclamaciones.⁵

Por otro lado, los conservadores querían desconocer por decreto todos los contratos y las concesiones celebradas y otorgadas por el go-

² *Ibid.*

³ Laudelino Moreno, *op. cit.*, p. 295.

⁴ Dawson lleva la tarea de unificar a las facciones victoriosas, haciendo claras las reglas de sucesión entre sus líderes. Sus primeras impresiones sobre la situación local están registradas en *Foreign Relations*, 1910, p. 765.

⁵ Munro, *Intervention*, *op. cit.*, p. 201.

bierno de Zelaya. Esto afectaba a muchos extranjeros que rápidamente buscaron protección en el gobierno de Estados Unidos.⁶ Los empleados públicos se quejaban de no recibir los pagos de sus salarios, aumentando con sus quejas el ambiente de inconformidad y desorden entre la población; nadie quería pagar impuestos y pronto el gobierno estuvo a punto de un colapso financiero.

Las facciones victoriosas no se ponían de acuerdo en la repartición del poder y Dawson terminó por aceptar y de hecho reconocer la obsesión de los nicaragüenses por firmar pactos que no se cumplían. En efecto, se llegó a un acuerdo de redactar una nueva constitución que estipulara que el general Estrada sería presidente y Adolfo Díaz vicepresidente por dos años, iniciando el periodo el 1° de enero de 1911. Se acordaban los puntos ya mencionados por los cuales se otorgaría reconocimiento al nuevo gobierno, conocidos como los Acuerdos Dawson, y pasaron a constituirse en la guía de acción para el gobierno.⁷ Paralelamente los líderes de la rebelión, el general Estrada, el general Chamorro, el general Mena, Fernando Solórzano y Adolfo Díaz, firmaron un acuerdo por el cual cerraban el camino a la reelección de Estrada. El gobierno se inauguró el 1° de enero de 1911. Estrada quedaba atado de pies a cabeza. Adolfo Díaz y él se habían hecho amigos en Bluffields, compartiendo desde entonces una amistad muy frágil dado que los intereses en común eran cada vez menos. Díaz era conservador pero guardaba cierta distancia con el general Chamorro, caudillo conservador granadino, y con el general Mena, conservador con gran prestigio militar, mucha influencia entre la tropa y que contaba además con cierto respeto de los militares zelayistas, ahora vencidos. Díaz, al guardar esa distancia, estaba más seguro que el general Estrada, quien era visto por los conservadores con mucho recelo por su pasado zelayista. Los conservadores lo habían utilizado en la rebelión debido a su mando de tropas en Bluffields y a sus resentimientos contra Zelaya, pero ahora estaban dispuestos a aislarlo, desacreditarlo y eliminarlo. Desesperado, el general Estrada buscó un acercamiento abierto con los norteamericanos a cambio de apoyo político y financiero para su gobierno. El gobierno de Taft designó en enero de 1911 a Elliot Northcott como ministro en Managua, instruyéndolo en los acuerdos logrados por Dawson, en especial sobre la cuestión del préstamo con garantía aduanal y el establecimiento de

⁶ Zelaya había dado múltiples concesiones a extranjeros, especialmente a norteamericanos, para explotar bosques, minas y transportes.

⁷ El texto de los llamados Acuerdos Dawson está en *Foreign Relations*, 1911, p. 652.

una comisión de reclamaciones. El general Estrada buscó respaldo en Northcott y ofreció más de lo que éste le pedía con tal de obtener recursos que le permitieran consolidar su poder y disminuir el descontento de la población.

Northcott estaba interesado en velar por la estabilidad del gobierno y en consecuencia debía respaldar al presidente provisional; pero tenía puesta la atención y las simpatías en Chamorro y en Mena, quienes lucían como los hombres fuertes del régimen. Los meses de febrero y marzo fueron un suplicio para el general Estrada: sin dinero, con un congreso bajo el control del general Chamorro, una opinión pública en su contra, prácticamente abandonado a lo que los americanos quisieran darle. En los últimos días de marzo la asamblea votó una nueva constitución conforme a la cual el poder legislativo asumía amplias funciones ejecutivas, como era, entre otras, la designación del ministro de Hacienda.⁸ Estaban en camino los trámites para un cuantioso préstamo de Estados Unidos, por lo que Chamorro quería desde el congreso atar de manos al general Estrada. El 4 de abril, luego de obtener apoyo de Northcott, el general Estrada disolvió la asamblea, desconoció la constitución y convocó a una nueva Constituyente. Sólo que se olvidó de controlar la elección de los nuevos constituyentes: esta vez fue el general Mena, ministro de Guerra, quien puso a sus hombres en la Asamblea con una mayoría absoluta. Chamorro, reprendido por los americanos, debió abandonar el país.

El general Estrada tenía pocas opciones pues el general Mena era un hombre más decidido y popular que el general Chamorro. El mismo Northcott empezó a pensar que Mena podría ser una opción en el futuro cercano. Los norteamericanos tenían en Managua a Northcott, pero luego sumaron a la legación a Moffat, excónsul en Bluffields, cercano amigo de Estrada y de Díaz. Había participado en las tertulias en las que se preparaba la rebelión en Bluffields, creyendo que sería posible, de triunfar la rebelión, la creación de un nuevo país a partir de la región atlántica. Confiaba en Estrada y en Díaz, pero tenía pocas simpatías por el general Mena. Pronto Northcott y Moffat entraron en conflicto pues el primero mostró simpatías por Mena; en ese sentido pidió al general Estrada que le prometiera no hacer movimientos en contra del general Mena, y al mismo tiempo logró que Moffat fuera asignado a la comisión de reclamaciones, lo que significaba que se iría de la legación.

El general Estrada se dio cuenta de que estaba cercado y en una acción desesperada buscó a generales y a exoficiales liberales para dar

⁸ El texto de la Constitución se encuentra en Álvarez Lajaza, *op. cit.*

un golpe en contra de Mena. Muchos de los liberales de Zelaya, especialmente los militares, estaban llevando una vida discreta en su lugar de origen y otros muchos habían abandonado el país. En medio del desorden provocado por las luchas por el poder, Estrada pensó que podría realizar, con apoyo liberal, una rápida y exitosa campaña en contra del general Mena. Había sin embargo una cierta simpatía de los exzelayistas hacia Mena o, al menos, era más violenta la actitud liberal contra Chamorro que contra Mena. Eso afectó los planes de Estrada, pues le restó efectividad a sus acciones. Decidido, sin embargo, a enfrentarse, el 8 de mayo arrestó al general Mena y distribuyó armas entre los liberales de Managua.⁹ Northcott intervino inmediatamente y exigió la liberación de Mena. Mientras, los militares conservadores con mando de tropas rechazaron las órdenes del general Estrada. Sin ninguna esperanza, Estrada abandonó el país. Adolfo Díaz, el vicepresidente, guardó silencio. Al abandonar Estrada la presidencia, Díaz pasó a ocupar el cargo. Su situación era difícil, pues carecía, por un lado, del respaldo de los conservadores de Granada y, por otro, sabía que Mena contaba con el respaldo de Northcott. Sólo su discreta distancia de los acontecimientos y su conocido convencimiento de que era conveniente concertar las políticas con Estados Unidos le permitiría negociar su posición presidencial. Débil frente a Mena, Díaz se vio obligado a reconocer por escrito que no obstaculizaría su ascenso a la presidencia en el próximo periodo, permitiéndole además ejercer una influencia desmedida como ministro de Guerra y Marina.¹⁰

Los líos burocráticos del Departamento de Estado a través de su legación en Managua afectaron al presidente Díaz al punto que llegó a calificar de parcial a Northcott en beneficio del general Mena. Northcott estaba por abandonar el cargo en junio, pero seguía influyendo en la rivalidad de Díaz y Mena. No fue mejor la situación para Díaz cuando Franklin Mott Gunther, encargado de negocios, tomó las riendas de la legación mientras llegaba un nuevo ministro.

El 6 de junio de 1911 se firmó el contrato de préstamo para Nicaragua conforme al cual se consolidaría la deuda externa e interna y se proveerían recursos para el desarrollo. Mientras se negociaban las cuestiones relacionadas con la rehabilitación financiera del país, el general Mena ponía en movimiento a sus seguidores en la Asamblea y ofrecía a los americanos que si le dejaban la presidencia a partir de

⁹ El general José María Moncada era el ministro de Gobernación y participó directamente en los acontecimientos. Más tarde publicó los detalles en su libro *Estados Unidos en Nicaragua*, Managua DN, 1936.

¹⁰ Moncada, *op. cit.*, p. 177; también *Foreign Relations*, 1911, p. 666.

1913, la Asamblea votaría en ese momento todo lo relacionado con la materia financiera y la comisión de reclamaciones. Gunther, preocupado más por la cuestión financiera que por el significado político de las presiones del general Mena, llegó a sugerir iguales términos al Departamento de Estado: Mena se estaba aprovechando bien de los problemas burocráticos del Departamento de Estado y del enfrentamiento que se había desatado entre el presidente Taft y el Senado respecto a la política hacia Centroamérica. El 7 de octubre la Asamblea dispuso usar su presión designando al general Mena como presidente y a Fernando Solórzano como vicepresidente para el periodo que se iniciaría cuando Díaz terminara su mandato en 1913. Faltaban quince meses y ya Mena enseñaba su fuerza. Como para compensar cualquier reacción negativa de Washington, la Asamblea aprobó todas las materias pendientes relacionadas con el préstamo y la comisión de reclamaciones.¹¹ Los banqueros designaron al coronel Clifford Ham como el colector de aduanas, nombramiento ratificado por el secretario de Estado Knox. Ratificado el colector, en diciembre se procedió a integrar la comisión de reclamaciones con dos norteamericanos y un nicaragüense. Luego el Banco Nacional y los ferrocarriles pasarían también a constituirse en garantía de los préstamos de emergencia que los banqueros estaban dando al gobierno mientras el Senado ratificaba el contrato de préstamo.

El general Emiliano Chamorro había regresado a Managua en octubre y pronto había empezado a conspirar contra Díaz y contra el mismo general Mena. El Departamento de Estado no sabía qué hacer. Por un lado estaba preocupado por el virtual estado de bancarrota en que se encontraba el gobierno, por otro lado no quería decir no a las ambiciones de Mena, pero tampoco quería abandonar al presidente Díaz. En enero de 1912 llegó a Managua el nuevo ministro, George Weitzel, que con más experiencia tenía confianza en dominar la situación.

El general Mena estaba esperando el apoyo de Estados Unidos a sus planes presidenciales. Después de todo los acuerdos Dawson, incluyendo en ellos el celebrado entre los jefes de la rebelión (Estrada, Chamorro, Mena, Díaz y Solórzano), estipulaban que la mayoría de los jefes resolverían el problema de la sucesión pasado el periodo de dos años de la presidencia provisional de Estrada. Y aunque también los acuerdos hablaban de una elección popular luego del periodo de Díaz, se entendía que elegido el candidato entre los jefes de la rebelión la elección era sólo un trámite de confirmación. Así lo entendían el ge-

¹¹ Munro, *Intervention*, *op. cit.*, p. 199.

neral Mena y sus seguidores que dominaban la Asamblea Constituyente y que, en la Constitución promulgada en diciembre de 1911, confirmaban la elección de Mena a partir de 1913. Primero Mena y luego la rehabilitación financiera del país. Pero Weitzel estaba actuando en sentido diferente, primero la rehabilitación financiera y luego la cuestión política.¹² Sólo que no realizaba ninguna acción que definiera en sus términos las decisiones de la Asamblea y las pretensiones de Mena. En ausencia de esas acciones, Mena incubó sospechas de que no contaba con el apoyo de Estados Unidos. En marzo llegó a Nicaragua el secretario de Estado Philander Knox y el día 11, preocupado por la situación del país en la perspectiva financiera, envió desde Managua un telegrama al Departamento de Estado para que instaran al Senado a aprobar los préstamos a Nicaragua. Cuando Knox visitó la Asamblea en Managua, los diputados le recibieron con discursos cargados de nacionalismo y antimperialismo, atribuyendo al Departamento de Estado una política intervencionista en los asuntos internos. En el fondo estaban recriminando a Knox por no declararse a favor de la elección del general Mena, de quien la mayoría de los constituyentes eran seguidores; convencidos de que Knox no daría el consentimiento para la elección del general Mena a menos que aprobaran los acuerdos, los constituyentes aprobaron el 20 de marzo los acuerdos con los banqueros, dejando al general Mena el camino abierto para que actuara según su mejor conveniencia.

Weitzel creyó que con la visita de Knox había dispuesto la situación de acuerdo a sus planes. La aprobación de la Asamblea parecía confirmarlo. Sin embargo, los hechos resultaron opuestos: el Comité de Relaciones Exteriores del Senado votó en contra de la ratificación del tratado de préstamo el 8 de mayo, creando en los banqueros la sensación de abandono que los llevó a buscar más garantías por parte del gobierno de Díaz para protegerse de los préstamos que le habían otorgado, confiados en la ratificación del empréstito.

El general Mena estaba perdiendo las esperanzas de asegurarse la presidencia. El otro contendiente, el general Chamorro, volvió a la carga aprovechando el silencio americano sobre Mena y el cambio de las diputaciones de la Asamblea que se dio en los primeros días de junio de 1912.

Chamorro se lanzó a ganar la mayoría de las diputaciones del Partido Conservador en la Asamblea, compitiendo con las facciones del general Mena y del presidente Díaz. En un primer momento no logró esa mayoría pero sí pudo colocar en la presidencia de la Asamblea a

¹² *Foreign Relations*, 1912, p. 1020.

uno de sus más fieles seguidores gracias al apoyo de la facción del presidente Díaz, que encontraba conveniente hacerlo así para disminuir la influencia del general Mena. Éste se aferró a su posición de ministro de Guerra y su reacción fue enviar a lugar seguro armas y municiones, al tiempo que aceptaba el apoyo de los zelayistas de León, Managua y Masaya y de los conservadores granadinos desafectos de Chamorro. Como el general Estrada en su momento, aunque disponiendo de mayor lealtad en sus tropas y más simpatías entre los liberales, el general Mena dispuso actuar con rapidez. El 29 de julio lanzó un ataque militar contra la fortaleza de La Loma, donde se concentraban las guardias presidenciales leales al presidente. Éste no dudó en resistir y llamó al general Chamorro, designándolo general en jefe del ejército. Chamorro reunió a sus hombres y, junto a los guardias de Díaz, pudo resistir el ataque. Desconfiando de Chamorro, Díaz pidió al general Mena que renunciara. Éste aceptó, pero por la noche logró evadir a las tropas de Chamorro y, seguido por sus hombres, se replegó hacia Masaya mientras sus leales tomaban León y Granada.

Los liberales aparecieron por todas partes. El general Benjamín Zeledón, junto con otros militares zelayistas, tuvo pronto a su cargo la lucha contra el gobierno. El presidente Díaz, con un enemigo fuerte en las principales ciudades y un aliado que tenía demasiados intereses personales, se sintió solo. Weitzel, por su parte, era acosado por las demandas de protección que le hacían los extranjeros residentes en el país.

Toda la armazón político-financiera construida por el Departamento de Estado para estabilizar al gobierno pareció caerse. El general Mena había tenido habilidad para convertir su lucha por el poder en fuente de intensas emociones antinorteamericanas. La presencia de militares y políticos del zelayismo acentuaba los temores de que la rebelión de Mena terminaría con el retorno de los liberales al poder. Los gobiernos de Honduras y de El Salvador se manifestaron a favor del presidente Díaz y llegaron incluso a ofrecerle tropas, pero éste, luego de intensas conversaciones con Weitzel, solicitó a Estados Unidos que garantizara directamente con sus fuerzas las propiedades y las personas americanas y extendiera dicha protección a todas las ciudades del país.¹³ Mientras Weitzel hacía consultas dispuso desembarcar del barco de guerra *Anapolis* 100 *marines* para proteger la legación. Y

¹³ Los gobiernos de El Salvador, Costa Rica y Honduras sugirieron que la Corte de Justicia procurara una avenencia entre Mena y Díaz, pero la decisión de Díaz de pedir la intervención de los *marines* discontinuó los esfuerzos pacificadores de los gobiernos centroamericanos. Véase Laudelino Moreno, *op. cit.*, pp. 295-296.

días después, bajo el mando del mayor Smedley Butler, 350 *marines* cruzaron las líneas de fuego de León procedentes de Corinto rumbo a Managua. La guerra de Mena, como se le llamó popularmente, estaba llevando al colapso gubernamental. Las simpatías de Honduras, El Salvador y Costa Rica se fueron del lado de los rebeldes cuando aparecieron los *marines* en acción.¹⁴ El almirante Sutherland, que estaba al mando de la marina, luego de enfrentar a las tropas rebeldes en León para despejar la ruta ferroviaria de Corinto a Managua, pudo percibir que los rebeldes eran mayoría y que el presidente Díaz no hacía los esfuerzos adecuados para enfrentar la situación. Sutherland llegó incluso a ofrecer neutralidad a los jefes rebeldes que controlaban León y no permitió el uso del ferrocarril a ninguna de las dos partes. Pero Weitzel tenía una misión diferente y parecía dispuesto a pedir que los jefes rebeldes fuesen "colgados". El 24 de septiembre el presidente Taft respaldó a Weitzel y Sutherland fue instruido para permitir el uso del ferrocarril a las fuerzas del gobierno.

Los rebeldes tenían fuerzas en Masaya y Granada. El general Benjamín Zeledón decidió finalmente enfrentar en el cerro del Coyotepe, entre Managua y Masaya, a las fuerzas americanas y a las del general Chamorro. El primer embate llevó a la derrota a las fuerzas de Chamorro el 19 de septiembre. El general Mena se encontraba en Granada gravemente enfermo; el almirante Sutherland insistía en evitar un enfrentamiento con el general Zeledón, y Weitzel buscaba apoyo en el Departamento de Estado para que el presidente Taft solicitara al secretario de Marina que ordenara a Sutherland atacar las posiciones rebeldes. Gravemente enfermo, el general Mena recibió la oferta de ser atendido a cambio de rendirse ante los *marines* que habían llegado a Granada. El 24 de septiembre fue detenido y llevado a Panamá. Aun cuando había recibido las órdenes el 25 de septiembre, Sutherland esperó unos días mientras Chamorro intentaba tomar, sin éxito, las posiciones del general Zeledón; el 4 de octubre se dispuso atacar el fuerte de Coyotepe. El general Zeledón y sus fuerzas rompieron el cerco en El Arroyo, sin embargo, el general fue muerto en el combate de ese mismo día.¹⁵ Dos días después, los *marines* tomaron León luego de vencer a las fuerzas rebeldes en el pueblo de La Paz Centro.

El gobierno de Díaz se había salvado gracias a la intervención armada de Estados Unidos. Díaz estaba terminando su periodo sin dinero y sin prestigio. En la Asamblea los chamorristas pedían la sucesión

¹⁴ La guerra de Mena, en sus incidentes, es relatada en la correspondencia diplomática estadounidense en *Foreign Relations, op. cit.*, pp. 204-216.

¹⁵ Barquero, *op. cit.*, p. 183.

a favor del general Chamorro, pero aún quedaban algunos hombres de Mena que, sumados a los de Díaz, podían impedirlo.

Chamorro se presentó a la legación estadounidense para pedir respaldo a su candidatura. Odiado por los liberales y rechazado por los hombres de Díaz, Chamorro sólo contaba con los norteamericanos. Al parecer Weitzel no fue muy condescendiente y más bien le sugirió que abandonara sus pretensiones a cambio de la embajada de Nicaragua en Washington.¹⁶ Adolfo Díaz sería el candidato de los norteamericanos en las elecciones del 2 de noviembre de 1912; en unas elecciones sin contrincantes y prácticamente sin votantes, Díaz obtuvo 15 mil votos¹⁷ y se convirtió en presidente por cuatro años más.

Tres meses más tarde, en marzo de 1913, los *marines* se retiraron dejando en el país una guarnición de cien hombres, considerada suficiente para garantizar que Díaz conservara el poder. Los liberales, divididos por la guerra, bajaron la guardia. Los conservadores opuestos a Díaz y guiados desde Washington por Chamorro se prepararon para el próximo periodo presidencial a iniciarse en 1916.

En 1913, Nicaragua era para los políticos un país aburrido. Los perseguidos y los perseguidores quedaron detenidos en su juego por la presencia americana. El torbellino emocional de los años anteriores desapareció y todos los hacedores de la guerra se mostraron arrepentidos. Los cien *marines* que se quedaron a cuidar la paz también estaban aburridos. Díaz estaba solo. Nicaragua ofrecía un cuadro triste y ridículo. La economía y la política estaban vencidas. La estabilidad consistía en la inmovilidad. Díaz se dedicó a gestionar fondos de los americanos y les ofreció un tratado canalero que le concedía a Estados Unidos las mejores condiciones a cambio de un respaldo financiero de tres millones de dólares. El tratado Chamorro-Bryan del 5 de agosto de 1914, versión última de aquella búsqueda de fondos, fue ratificado sin embargo cuando ya Díaz terminaba su periodo presidencial. El tiempo se le había ido y por ello su tentación de retener el poder fue grande. El dinero llegaba cuando él ya se iba. Los liberales adivinaron las intenciones de Díaz y le ofrecieron respaldo para su reelección. Díaz, consciente de que Chamorro, su rival, sería el candidato conservador apoyado por los americanos, trató de vetar su candidatura haciendo el juego a los liberales a cambio del apoyo de éstos a su reelección. Pero los americanos no aceptaron. Julián Irías, el candidato de los liberales, ofreció a los americanos ser tan leal como Díaz, aceptar el tratado canalero y no promover la revolución. Sin embargo, el ha-

¹⁶ Munro, *op. cit.*, p. 211.

¹⁷ Barquero, *op. cit.*, p. 184; Laudelino Moreno, *op. cit.*, p. 297.

ber sido uno de los hombres más radicales del zelayismo fue suficiente razón para que los americanos no le creyeran y decidieran más bien respaldar a Emiliano Chamorro. Los liberales de Irías reaccionaron diciendo que la soberanía nacional había sido anulada. Chamorro era el elegido de los americanos y ganó las elecciones de 1916.

Emiliano Chamorro, general como todos los generales de entonces y líder conservador granadino, era un buen conspirador y un excelente líder de facción. Lo había demostrado en sus luchas contra Zelaya y en sus alianzas y contralianzas posteriores. Pero como gobernante sería un fracaso: al igual que sus opositores, no tuvo capacidad para ir más allá de sus ambiciones personales. La posibilidad de usar el poder presidencial y la protección americana para cimentar un poder político nacional desapareció con Chamorro como antes había desaparecido con Díaz. Su gestión presidencial careció de vitalidad y estuvo más bien encaminada a buscar la reelección en 1920. Los americanos habían preparado un plan financiero para estabilizar la economía. El plan Lansing fue suficiente para Chamorro. Su capacidad de empleo del factor americano, incluso para su beneficio partidario, fue deslucida; no mostró como gobernante la habilidad que tenía como conspirador, y como aliado de los americanos Chamorro resultó ser una pieza menor sin capacidad para convertir a una minoría gobernante en una minoría eficaz y creativa. Chamorro no supo utilizar la intervención americana, sólo quiso reelegirse.

Los liberales pensaron que debían variar de estrategia para regresar al poder. Se cambiaron de nombre y formaron una coalición entre liberales, unionistas y progresistas. Escogieron a un próspero cafetalero del departamento de Carazo, José Esteban González, como su candidato presidencial para las elecciones de 1920. Pero los americanos siguieron respaldando una sucesión entre conservadores aunque rechazaban la idea reeleccionista de Chamorro. Diego Manuel Chamorro, quien había sido ministro de Relaciones Exteriores, fue designado candidato presidencial por los conservadores.

La coalición no tuvo éxito. Diego Manuel Chamorro, usando un padrón electoral que excluía a un buen número de votantes liberales, ganó sin problema, y los americanos, aunque no tuvieron reservas sobre José Esteban González, sí las tuvieron sobre los liberales que le apoyaban.¹⁸

¹⁸ Moncada, *op. cit.*, p. 196, señala que Julián Irías, general zelayista, era presidente del Partido Liberal, y que la coalición obtuvo la victoria en 1920, pero que los americanos preferían a los Chamorro. Diego Manuel Chamorro era en 1912 el ministro de Relaciones Exteriores. Véase *Foreign Relations*, 1920.

Sin embargo, aun en la inmovilidad de la sociedad nicaragüense algo estaba cambiando: nuevos liderazgos aparecían en el escenario político; en la oposición, los liberales cambiaban más rápidamente que los conservadores, pues se sentían obligados a ofrecer una imagen menos comprometida con el pasado.

Los líderes conservadores en el poder (Diego Manuel Chamorro y Bartolomé Martínez) eran mayores de sesenta años. Emiliano Chamorro era un poco menor, pero sólo un poco. Como conspirador no tenía rival. Apenas había empezado su tío a gobernar cuando él ya estaba conspirando en contra de su gobierno.

A diez años de iniciada su estancia en Nicaragua, los americanos empezaron a manifestar cansancio. La estabilidad impuesta por la intervención era muy frágil.¹⁹ Los conservadores en el gobierno empezaron a buscar un acuerdo partidario que permitiera una política de mayor consenso. El presidente Diego Chamorro y el vicepresidente Bartolomé Martínez alentaron la idea de un gobierno de transición para las elecciones de 1924. Emiliano Chamorro y su facción conservadora se opusieron de inmediato a los planes del gobierno. La imprevista muerte del presidente Diego Chamorro en 1923 dejó la presidencia en manos del vicepresidente Martínez, quien afirmó sus planes de negociar con los liberales, provocando con ello una mayor resistencia por parte del caudillo Emiliano Chamorro.

Los americanos estaban buscando cómo retirarse de Nicaragua, pero querían conservar su poder de veto en la sucesión presidencial. Las conferencias de paz celebradas en Washington entre los Estados centroamericanos en 1922-1923 eran vistas como un mecanismo que favorecía la estabilidad regional sin anular el poder de veto americano. La idea de crear cuerpos militares en cada país, con carácter de guardias nacionales, parecía la mejor garantía para evitar que los partidos tuvieran enfrentamientos armados. De hecho los ministros de guerra eran la administración de dichas bandas partidarias.

En el caso de Nicaragua, los norteamericanos empezaron a insistir en la creación de la Guardia Nacional como un cuerpo apolítico distanciado de todos los competidores.

El presidente Martínez, antes de terminar el periodo de Diego Manuel Chamorro, firmó con los liberales los pactos de transacción para las elecciones de 1924.²⁰ Conforme a estos pactos, los liberales y los

¹⁹ Munro, *op. cit.*, pp. 423-425; véase también Kamman William, *A search for stability: United States diplomacy toward Nicaragua, 1925-1933*, South Bend, Indiana University of Notre Dame Press, 1968.

²⁰ Martínez era un conservador norteño, cafetalero de Matagalpa y hombre

conservadores se ponían de acuerdo en la nominación de un candidato liberal a la vicepresidencia. Los conservadores, en su facción chamorrista, querían volver a la presidencia, pero el presidente Martínez, opuesto a ellos, quería presentar su propia candidatura o, en su defecto, apoyar a una facción contraria a la del general Chamorro. Los americanos vetaron la candidatura de Martínez y también la del general Chamorro, y dieron su apoyo a la de Carlos Solórzano, conservador de Managua de 65 años de edad, para presidente, y a la de Juan Bautista Sacasa, liberal de León, para la vicepresidencia.

Los americanos querían irse y anunciaron que su salida del país tendría lugar luego de las elecciones de 1924. Éstas se llevaron a cabo sin incidentes y resultó vencedora la fórmula Solórzano-Sacasa. Emiliano Chamorro no estaba contento y seguía buscando el momento adecuado para producir una nueva crisis. El momento no tardó en llegar.

Terminando el proceso electoral de 1924, el miedo invadió a los políticos nicaragüenses: los *marines* se iban y la Guardia Nacional todavía no había sido creada ni organizada. Además nadie deseaba su creación: cada partido quería manejar desde el gobierno las fuerzas militares. El miedo del gobierno era mayor, por lo que el presidente Solórzano pidió a los americanos que no se fueran hasta que la Guardia Nacional estuviese creada. Mientras tanto, Emiliano Chamorro empezó a conspirar. Los liberales que formaban parte del gobierno no se sentían seguros. Los partidarios de Chamorro empezaron a correr la voz de que los liberales debían irse del gobierno. Los *marines* se fueron primero: el 3 de agosto de 1925 dejaron el país.²¹

El presidente Solórzano había designado ministro de Guerra a Salvador Mendieta y al general Alfredo Rivas como jefe de la fortaleza de Tiscapa, sede de las Guardias Presidenciales. Rivas era su cuñado, como también lo era el secretario privado de la presidencia, Julio Bonilla. Ambos eran conservadores y rechazaban a los liberales nombrados en el gobierno, especialmente al ministro de Guerra. Éste quiso disciplinarlos y al no lograrlo decidió presentar su renuncia al cargo. Los *marines* no tenían un mes de haberse ido. El mayor Calvin B. Carter había sido designado por el gobierno de Solórzano para que organizara la Guardia Nacional y la Escuela de Instrucción. Emiliano Cha-

opuesto a la casa gobernadora, como llamaba al grupo Chamorro de Granada. También quería ser presidente, pero estaba dispuesto a renunciar a sus aspiraciones con tal de bloquear la campaña de Emiliano Chamorro. Así llegó a una fórmula con los liberales que tenían su candidato, el doctor Juan Bautista Sacasa.

²¹ W. Perkins, *op. cit.*, p. 108.

morro alentaba a los conservadores en el gobierno a desestabilizar el arreglo líbero-conservador. En su conspiración contaba con el general Rivas. Éste se lanzó a la carga de manera espectacular: la noche del 28 de agosto de 1925, mientras el presidente celebraba una fiesta con sus ministros liberales en el Club Internacional, a la que asistía el mayor Carter, los hombres del general Rivas irrumpieron violentamente en el club para detener a los ministros liberales, entre ellos al general José María Moncada, ex-ministro de Guerra y quien más tarde sería una figura de gran importancia en el país.²² A cambio de su liberación, el general Rivas pidió al presidente que destituyera a los liberales en el gobierno, que le diese a él un poco de dinero y que lo nombrara cónsul de Nicaragua en Los Ángeles, California.

El presidente, sin ministro de Guerra, con sus propios guardias presidenciales haciendo de asaltantes y con una Guardia Nacional sólo de nombre, pensó que lo mejor era pedirle a los americanos que regresaran y, mientras lo hacían, aceptó las demandas de su cuñado. Destituyó a los ministros liberales, le dio 4 500 dólares a su cuñado y lo dejó partir a Los Ángeles, donde meses más tarde él mismo iría a acompañarle en calidad de exiliado.²³ Emiliano Chamorro apareció muy pronto para hacerse cargo de la situación, si es que él mismo no había sido el responsable del incidente. Buques de guerra americanos fueron enviados a los puertos de Corinto y Blufffields en el Pacífico y en el Atlántico, respectivamente. Desde el incidente del Club Internacional hasta finales de octubre del mismo año el gobierno de Solórzano lo fue sólo de nombre. La insubordinación y el desorden eran totales. El general Chamorro, siendo un excelente conspirador, lució entonces como el hombre más fuerte del país. Una segunda oportunidad para él quizá sería suficiente. En octubre, se las arregló para entrar a la Loma de Tiscapa y obligó al presidente Solórzano a designarlo comandante de las Fuerzas Armadas.²⁴ Juan Bautista Sacasa, el vicepresidente, escuchó los pasos de Chamorro y prefirió correr a Honduras y desde ahí pidió ayuda a los americanos. Éstos le dijeron

²² El mismo general Moncada relata el incidente del Club Internacional en su obra citada, *Los Estados Unidos en Nicaragua*, pp. 198-201. Los ministros liberales eran el doctor Albino Román y Reyes y el mismo Moncada. La fiesta era en honor del ministro de Instrucción Pública, el doctor Leonardo Argüello, que celebraba su cumpleaños; también véase la versión del mayor Calvin B. Carter, "Kentucky feud in Nicaragua", quien tenía apenas dos meses de haber sido nombrado como instructor de la constabularia, en *World's Work*, núm. 54, julio de 1927, pp. 312-321.

²³ Norman H. Denny, *Dollars for bullets*, Nueva York, 1929, pp. 204-205.

²⁴ Isaac J. Cox, *Nicaragua and the United States, 1909-1927*, Boston, World Peace Foundation, 1927, pp. 776-777.

que "si los políticos piensan que el Departamento de Estado tendría siempre la última palabra, la estabilidad nunca sería alcanzada".

Mientras, el general Chamorro siguió su propio juego: tenía en su poder el ministerio de Guerra y sus seguidores dominaban el Congreso. Se hizo elegir en una vacante del Congreso, luego consiguió que éste designara vacante la vicepresidencia de la República, pues Sacasa se había ido del país sin permiso, y al mismo tiempo logró ser designado para el puesto; después, siendo vicepresidente, hizo que el Congreso diera una licencia al presidente Solórzano, misma que éste tomó en enero de 1926. Y Chamorro se hizo cargo de la presidencia de la República, esta vez por la vía de un habilidoso golpe interno.²⁵

Asustado, el vicepresidente Sacasa no corrió el riesgo de regresar, de Honduras se fue a Washington y luego a México, donde los mexicanos le dieron amplio respaldo. En mayo de 1926 estalló una rebelión liberal en Blufffields, sin éxito; en agosto del mismo año hubo nuevos intentos en varios puntos del país, con el apoyo de México, pero tampoco prendió la mecha.²⁶ Chamorro era presidente por la fuerza pero estaba sin dinero y sin reconocimiento de los norteamericanos por lo que, presionado por Estados Unidos, buscó un acuerdo entre partidos: liberales y conservadores se reunieron en el *Denver*, un crucero americano, pero la conferencia terminó sin resultados. Los norteamericanos no sabían qué hacer; buscando al hombre indicado para salir de la crisis, encontraron sólo una pieza usada que apenas encajaba en el momento: Adolfo Díaz, quien fuera presidente en 1912. Aunque el general Chamorro les simpatizaba, los americanos no lo reconocían e incluso le exigían que se alejara del poder. Adolfo Díaz fue elegido por el Congreso, de mayoría conservadora, para terminar el periodo del presidente Solórzano. De nuevo, el general Chamorro se fue de embajador, esta vez a Europa. Chamorro creaba crisis pero no las resolvía. Por su parte, Juan Bautista Sacasa insistió en que él seguía siendo el presidente constitucional y regresó a Nicaragua por Puerto Cabezas, en el Atlántico. México dio reconocimiento a su gobierno en diciembre de 1926 y Díaz reaccionó pidiendo la protección de Estados Unidos: "mejor la intervención de Estados Unidos que la dominación de México".²⁷

²⁵ Nalter S. Penfields, "Emiliano Chamorro, Nicaragua's Dictator", en *Current History*, vol. XXIV, junio de 1926, pp. 345-350; también Cox, *op. cit.*, pp. 778-779 y Perkins, *op. cit.*, pp. 108-110.

²⁶ México negó los cargos pero la legación americana en Managua insistía en que México estaba impulsando el bolchevismo en Centroamérica. Perkins, *op. cit.*, p. 113; Cox, *op. cit.*, p. 780.

²⁷ Citado por Perkins, *op. cit.*, p. 114.

El 6 de enero de 1927 las tropas de Estados Unidos entraron nuevamente en Managua. Desde ahí le ofrecieron a Sacasa elecciones limpias en 1928. El general Moncada, ex-ministro de Guerra del presidente Solórzano, era ahora el jefe militar del grupo de Sacasa; desde el Atlántico movilizó con éxito tropas liberales hacia el Pacífico. El 27 de abril se dieron los primeros enfrentamientos entre *marines* y liberales.²⁸

El presidente norteamericano Coolidge buscó salir del atolladero y pidió a Henry L. Stimson, ex-secretario de Guerra y considerado un buen negociador, que negociara la paz en Nicaragua; si fallaba, la intervención norteamericana sería total.

El problema para Estados Unidos era que si no supervisaba las elecciones éstas serían manejadas por el partido en el gobierno, lo que les permitiría conservar el poder a base de más guerras. No hay que defenderse contra la revolución —decían—, hay que buscar bases para la legitimidad y la fortaleza política. Pero los norteamericanos no tenían ni hombres ni partidos para hacerlo. Para 1927 ya llevaban 15 años de una búsqueda lenta, difícil y sin resultados.

Stimson llegó a Nicaragua y se reunió el 4 y el 12 de mayo de 1927 con los liberales en Tipitapa, pequeño pueblo en la entrada norte de Managua, y sentó las bases del acuerdo (El Espino) que paró la guerra y sometió el litigio interpartidario a los resultados de las elecciones a realizarse en 1928 bajo supervisión americana.²⁹

Si bien el general Moncada, jefe militar de los liberales, aceptó el pacto, uno de sus generales, Augusto César Sandino, lo rechazó y se convirtió en un disidente armado.

Hijo de un terrateniente, moderadamente rico, de Niquinohomo, pueblo de la región de Granada, Sandino estudió la primaria en su pueblo e inició la secundaria en una escuela comercial de Granada, en la que también estudiaría Anastasio Somoza. Deja Granada y regresa a Niquinohomo para dedicarse al comercio de granos. En 1920, luego de un incidente violento con un vecino del lugar llamado Dagoberto Rivas, debió irse hacia León y de ahí a Honduras, en donde trabaja como mecánico y bodeguero en el puerto de La Ceiba. De nuevo un incidente, en el que resulta levemente herido de bala, lo obliga a irse hacia Guatemala, donde trabaja como mecánico en una compañía norteamericana. En 1923 llega a Tampico, México, en donde trabaja

²⁸ Véase la versión del general Moncada en la obra citada; también la versión del mismo Stimson en Henry L. Stimson, *American Policy in Nicaragua*, Nueva York, Scribner's, 1927.

²⁹ Moncada, *op. cit.*, pp. 3-15.

en una empresa de la South Penn Oil Company y más tarde con la Huasteca Petroleum Company.

Tampico es un lugar de mucho movimiento y agitación sindical en esos años. La revuelta de Adolfo de la Huerta en contra de Álvaro Obregón en 1924 tiene en Tampico uno de los escenarios adecuados para que Sandino se forme una idea de la política mexicana y del papel que juega Estados Unidos. Aunque su tiempo lo dedica al espiritismo y la masonería, se familiariza con el nacionalismo mexicano.

El 18 de mayo de 1926, día de su cumpleaños, deja su puesto en el departamento de ventas de gasolina de La Huasteca en Cerro Azul, Tampico, y deja también a su mujer e hija para regresar a Nicaragua. Luego de una breve visita a su padre, se dirige a Nueva Segovia, en la zona de las minas, para emplearse como ayudante del pagador de la mina de oro de San Albino, propiedad de Charles Butters, ciudadano norteamericano residente en Nicaragua. A Butters le dice que regresa luego de once años de combatir al lado de Pancho Villa, y al pagador de la mina, Phillip Gleason, del cual es ayudante, le dice que viene de trabajar como acróbata en un circo mexicano. A los mineros les cuenta que los trabajadores ganan mejor en México y que es tiempo de luchar contra la injusticia en que viven. Entra en tratos con un hondureño vendedor de armas para armar una banda de 29 hombres.³⁰

Estrena su condición de guerrillero el 2 de noviembre de 1926 en contra de una patrulla del gobierno del general Emiliano Chamorro en El Jícaro, cerca de la mina de San Albino. Su ataque no tiene éxito y el grueso de su banda se desintegra. Algunos le acompañan a Puerto Cabezas para ofrecer sus servicios al general Moncada, jefe del ejército liberal que combate al gobierno de Chamorro. Moncada no siente atracción por el respaldo que le ofrece Sandino, especialmente luego de escucharle decir que la guerra era en contra de los ricos.³¹ Resentido con Moncada, Sandino consigue recuperar algunas armas dejadas por el ejército liberal en Puerto Cabezas, se designa General y comanda a su grupo marchando paralelamente al ejército de Moncada. Luego de un par de batallas exitosas, gana independencia de los liberales y se propone su propia guerra. Cuando Moncada acuerda el cese de hostilidades y obtiene un arreglo político favorable a los liberales, Sandino no acepta el trato y se refugia en las montañas para llevar

³⁰ Neill Macaulay, *The Sandino Affair*, Chicago, Quadrangle Books, 1967, pp. 48-61.

³¹ *Ibid.*, p. 55.

adelante su guerra de guerrillas en contra de "los bárbaros del coloso del norte".

Sandino, entonces, no guardaba buenas relaciones con el general Moncada, a quien acusa de no proporcionarles armas y municiones para combatir a los conservadores del gobierno usurpador de Adolfo Díaz. Para el general Moncada, a su vez, Sandino era un desconocido que recién había llegado de México. No le tenía confianza. Irritado por la actitud del general Moncada, Sandino se traslada en diciembre de 1926, con su grupo armado, a las montañas del norte del país, cercanas a San Rafael del Norte, en el Departamento de Jinotega.

Cuando se concierta la paz en el mes de mayo de 1927, Sandino no aprueba la decisión negociadora del general Moncada y rechaza el desarme acordado, dando inicio a su guerra. Entre mediados de mayo y finales de junio de 1927 Sandino es invitado a rendirse y aceptar el acuerdo de paz. En al menos dos ocasiones Sandino sugiere que el presidente Adolfo Díaz renuncie a cambio de su desarme y en otra que deje el gobierno en manos de los norteamericanos para que organicen las elecciones de 1928.³²

Rechazadas sus propuestas Sandino emite el 1° de julio su primer manifiesto político, en el cual proclama su decisión de continuar la guerra contra la intervención americana y los partidos políticos.

W. Cumberland, enviado especial del gobierno de Estados Unidos a Nicaragua, valoraba al país en 90 millones de dólares. Las ciudades, con sus tierras urbanas, sus construcciones y sus muebles, valían 20 millones; los terrenos agrícolas con sus mejoras, 23 millones; los bosques y maquinaria instalada, 15 millones; la producción anual agrícola, incluyendo el valor del ganado, 25 millones; las minas en operación, 5 millones; los edificios públicos y propiedades varias del gobierno, 1 millón cincuenta mil; los ferrocarriles, 4.5 millones; el Banco Nacional, medio millón; las reservas monetarias, 2.3 millones. Todo el país, menos su deuda que era de 8 millones 350 mil y las inversiones externas que eran de 10 millones, valía 90 millones de dólares. Entre los 638 mil nicaragüenses de entonces, quedarían pedacitos de riqueza de 141 dólares. . . calculando el ingreso nacional en 25 millones de dólares, el ingreso per capita apenas llegaba a 40 dólares.

Esta pobreza nacional, decía Cumberland, es resultado de la inseguridad en que viven los nicaragüenses, carentes de una voluntad de previsión hacia el futuro; siempre están esperando disturbios. Aun así, la riqueza y el ingreso no están altamente concentrados en un pequeño

³² Citado por Shirley Christian, *Nicaragua. Revolution in the family*, Nueva York, Vintage Books, 1986, p. 10.

grupo. Hay muchos terratenientes, que son la clase principal, pero son relativamente pobres. Los comerciantes y los profesionales son pocos; los trabajadores rurales y urbanos suman 125 mil personas y participan del ingreso nacional con 200 dólares anuales cada uno, pero hay muchos que ganan cincuenta centavos de dólar al día. El gobierno se lleva una buena parte del ingreso, el 16%. Estar en el gobierno es rentable, por eso hay que buscar cómo llegar a él.

Nicaragua era un país pobre y barato, de subsistencia, que había intentado a finales del siglo pasado con la experiencia de la revolución liberal y financiado por la producción cafetalera valer un poco más. Pero había fracasado. Plagado de crisis y revueltas armadas entre sus pequeñas y estrechas élites, el país estaba vencido, intervenido y en permanente agitación. Acordada la paz los norteamericanos ofrecieron ayuda. La posibilidad de un poder nacional sobre un territorio apenas identificado, en el que habitaba una población escasa y dispersa, parecía imposible.³³

El general Moncada se ganó la simpatía de los norteamericanos, quienes, deseosos de evitar la candidatura de Sacasa, lo encontraron un buen candidato liberal. Así Moncada fue designado candidato liberal a las elecciones de 1928. Manchándose los dedos con mercurio cromo, los votantes eligieron a Moncada el 4 de noviembre de 1928. El 27 de diciembre se celebró el acuerdo Munro-Cuadra que creó la Guardia Nacional. El primero de enero de 1929 Moncada asumió la presidencia y el 19 de febrero el Congreso nicaragüense aprobó la ley creadora de la Guardia Nacional.

Para Moncada, como para el resto de los políticos, la creación de la Guardia Nacional era un problema. Él la quería manejar en beneficio de su partido como Chamorro lo había hecho cuando Solórzano. Para los norteamericanos, por el contrario, la fortaleza de una Guardia Nacional fuera del control de los partidos era una salida a su compromiso de intervención. Los políticos no querían un poder militar aislado de sus conflictos. Cuando fue creada quedó bajo el mando de oficiales norteamericanos. Antes de trasladar el mando a oficiales nicaragüenses, los políticos maniobraron para imponer las reglas del traslado. Todos querían un balance favorable a las fuerzas políticas históricas y no un tercero en discordia.

Mientras, la guerra de Sandino continuaba en las montañas del

³³ Esta versión del estado económico del país se encuentra en William W. Cumberland, *Nicaragua. An economic and financial survey*, Washington, 1928. Éste fue contratado por el Departamento de Estado para realizar el estudio, mismo que servirá de referencia para el otorgamiento de créditos y para definir políticas gubernamentales.

norte con baja intensidad. Los *marines* eran cada vez menos. De cinco mil *marines* al inicio del gobierno de Moncada, sólo quedaron dos mil para 1932. Los años en el gobierno fueron un tormento para Moncada pues nadie le hacía caso. A ratos buscaba a los conservadores, a ratos los enfrentaba, pero nunca conseguía realmente gobernar. Sólo las tropas norteamericanas lograban apenas inhibir el estallido de los partidos. La Guardia Nacional bajo mando militar norteamericano creció y se responsabilizó cada vez más de la lucha contra Sandino. Los norteamericanos querían que las elecciones de 1932 cerraran su presencia militar, pero no se veía en los políticos madera para gobernar sin su presencia.

Moncada, jugando al viejo juego, pronto perdió el apoyo de su partido pues quería cambiar la Constitución para prolongar su periodo de 4 a 6 años y para ello buscó apoyo en los conservadores. Pero Chamorro no tuvo interés en apoyarlo, pues tenía como siempre su propio juego. Los liberales, resentidos, se opusieron a Moncada y nominaron como su candidato a Juan Bautista Sacasa, el ex-vicepresidente. Los conservadores presentaron su vieja carta política, Adolfo Díaz. Los norteamericanos empezaron a preocuparse más por la guerra de Sandino que por la sucesión presidencial y creyeron que quizá era tiempo de retirar su veto a Sacasa. Ahora los norteamericanos jugaban el juego de los liberales y respaldaron a Sacasa, quien ganó las elecciones de 1932. Por fin, los liberales podían decir que todo iba bien, pero, dueños de su propio miedo, pidieron a los norteamericanos que no se fueran. Los políticos ni eran populares ni eran fuertes, y Sacasa menos. No eran fuerzas competitivas capaces de estabilizar al país con o sin la presencia de los norteamericanos. Ése era el drama del país. Y ése era también el drama de los norteamericanos.

Los liberales y los conservadores no lograron reconciliarse. Una sed primitiva de poder les llevaba constantemente a cuestionar la fuerza del contrario. No estar en el poder era un castigo inaceptable. En consecuencia, había que forzar la interrupción del gobierno contrario. La falta de un botín atractivo, pues se trataba de una economía pobre con un gobierno que siempre le debía sueldos atrasados a sus empleados, demuestra que el primitivismo individual prevalecía en la política de los partidos.

Los norteamericanos, con o sin *marines*, estaban atrapados en un juego cada vez más complicado y costoso y creyeron que había llegado el momento de irse nuevamente de Nicaragua.

Las fuerzas económicas locales se movían lentamente, jaloneadas de un lado a otro, pagando una guerra loca que no terminaba nunca. Pero el drama había durado bastante y sus actores se volvían viejos.

En la economía y en la política habían aparecido nuevos actores.

Sandino clamaba en las montañas que con su triunfo "quedaría prendida la mecha de la explosión proletaria contra los imperialistas de la tierra". Su discurso, emotivo, había salido de las montañas y resonaba en lejanos sitios pero no llegaba a Managua, y cuando llegaba, como que nadie quería oírlo. Era un discurso lejano. Los norteamericanos querían irse. La Guardia Nacional había sido creada y se encontraba en proceso de organización. El traslado del mando a oficiales nicaragüenses debía hacerse pronto. El presidente Sacasa, contra su gusto, nombró jefe director de la Guardia Nacional al general Anastasio Somoza García, uno de los más jóvenes generales del ex-presidente Moncada, que había ocupado los cargos de jefe político de León y ministro de Relaciones Exteriores. Presionados por el miedo del abandono norteamericano, los políticos pedían conciliación interna. Sabían bien que sin los norteamericanos estaban listos para reiniciar la confrontación, por lo que se propusieron como fórmula salvadora su vieja aunque nunca sería idea de dividirse "en armoniosa convivencia" los cargos públicos. Y, además, dispusieron ofrecer la paz a Sandino. Al fin y al cabo los norteamericanos se iban y eso era lo que Sandino quería para abandonar la guerra.

En 1933 el miedo cundía en la clase política. La relación especial entre Estados Unidos y Nicaragua se estaba terminando. El país no había ganado nada. La economía, pese al crecimiento de la producción cafetalera, estaba en ruinas, como en ruinas estaba la economía mundial.

Sandino, ya sin los norteamericanos en el país, decidió firmar la paz con el presidente Sacasa. Aun cuando desarmó a una parte de sus hombres, Sandino se quedó ahí, como una espina clavada en el viejo orden. Los norteamericanos, los políticos, los guerrilleros de Sandino, todos juntos, mostraban el cuerpo erosionado del orden nacional.

La crisis se había prolongado demasiado y sus actores habían envejecido. Nuevos hombres estaban apareciendo. En cierto modo, la crisis había abierto espacio para nuevos buscadores de poder. Esos nuevos hombres eran disidentes que habían realzado, con su desprecio a los viejos políticos, la imagen del hombre fuerte. Sandino en la montaña, Somoza en la ciudad, ambos eran hijos de la crisis del viejo orden, ambos tenían en común su desprecio por los políticos. Y ambos, también, creían poder gobernar sin los *marines*, sólo que Sandino estaba en contra de los americanos y Somoza no. Aunque ahora ambos tenían las armas, sólo uno podía quedarse. Sacasa no quería a ninguno de los dos pero pensó que dejarle a Sandino un poco de fuerza podría serle útil para frenar a Somoza. Y así lo hizo. Cuando negoció

con Sandino, Sacasa le permitió no entregar todas sus armas y le devolvió algunas de las que ya había entregado; cubrió sus gastos de estancia en el norte del país y destinó recursos para la inversión en obras en la zona controlada por Sandino. De hecho, aunque había rechazado la idea de Sandino de crear un Departamento para él en los territorios del norte, le permitía mantener su influencia político-militar en la zona. El juego fue explotado por Sandino pues se dedicó a negar la constitucionalidad de la Guardia Nacional y a fomentar el conflicto entre Sacasa y Somoza. Era un juego que estaba destinado a fracasar. Encerrado en las lejanas montañas, carente de habilidad política para negociar su inserción en la vida política del país, Sandino terminó siendo víctima de los juegos de Sacasa, lo que lo llevó a enfrentamientos definitivos con Somoza de los que habría de salir finalmente derrotado.

Casi un cuarto de siglo después de la caída de Zelaya, Nicaragua había cambiado poco. Los viejos rencores seguían vivos. Sacasa no había olvidado los suyos y odiaba tanto a Chamorro como a Moncada y ahora también a Somoza y a Sandino; pero no podía eliminar a ninguno de ellos. Era tan débil siendo presidente en 1933, como cuando fue vicepresidente en 1926. Los *marines* se habían ido y las armas estaban ahora en manos de Sandino y de Somoza. Sandino se había aislado de los políticos y había concentrado su lucha en contra de la presencia norteamericana. No había vencido militarmente. Una vez que la presencia norteamericana había terminado, se había quedado sin enemigo; pero también sin amigos. La negociación con Sacasa sólo confirmaba su soledad. Pronto cayó en las pequeñas intrigas y en los jueguitos de los políticos, precisamente los juegos que él había despreciado. Con Sandino al lado de Sacasa quedaba abierto el camino al otro disidente: Somoza. Éste había aprendido bien la lección del pasado, un pasado que había vivido poco y que en consecuencia no le imponía compromisos. Nacido en 1896 en un rincón cafetalero del departamento de Carazo, no había participado en las luchas de Zelaya, sino que se había mantenido alejado de la crisis sin retirarse del escenario. Esto alimentó en él el sentimiento de que los viejos políticos eran unos inútiles. Había tratado y conocido a todos los políticos de la última década, y si bien tenía poco aprecio por ellos, se propuso, a diferencia de Sandino, eliminarlos o usarlos en su propio terreno. El recuerdo de Zelaya estaba en la mente de Somoza. Después de Zelaya el vacío. Un vacío que él buscaría llenar.

Los políticos tradicionales se habían ido terminando sin que ninguno de ellos pudiera ser encumbrado a nivel nacional. El mismo Emiliano Chamorro, gran conspirador, nunca logró una victoria definitiva.

va y brillante que lo afianzara en el poder. Sólo el desplazamiento de los objetivos de la lucha política, que consigue Sandino, produce un giro importante de la historia tradicional. Cuando Sandino deja de estar firmemente subordinado a las fuerzas tradicionales en conflicto (liberales y conservadores) y endereza su acción político-militar contra la intervención de Estados Unidos, el esquema político nacional se descompone. Al crear un enemigo principal, Sandino se convirtió también en un enemigo principal. Esto forzó una realineación de las fuerzas políticas que se vieron enfrentadas a él en un nivel de conflicto diferente. La lucha de Sandino desplazó el conflicto político de los enfrentamientos entre liberales y conservadores, llevándolo a regiones diferentes con un discurso diferente. Pero las pequeñas y dispersas comunidades campesinas y mineras del norte del país, donde Sandino concentró sus actividades, no representaban una base económica ni social importante que generara una perspectiva nacional. Rodeado de campesinos y de internacionalistas que manipulaban su discurso, Sandino perdió la oportunidad de convertirse en un líder de alternativa nacional. En las filas de Sandino había políticos, aventureros y periodistas de otros países que jugaban su propio juego aprovechando su lucha contra la intervención. Chilenos, peruanos, mexicanos, salvadoreños, hondureños, norteamericanos, españoles, venezolanos, y una infinidad de grupos de solidaridad en Estados Unidos, América Latina y Europa volvieron el pleito líbero-conservador y su derivado antintervencionista en un pleito diferente: la lucha contra el imperialismo *yankee* como parte de la lucha comunista internacional. Una dirección de lucha que atormentaría a Sandino especialmente durante su estancia en México, que durara casi un año, de junio de 1929 a abril de 1930, y que provocaría su ruptura con los comunistas de México y con su secretario el salvadoreño Farabundo Martí, principal gestor del programa comunista. Son más bien su carisma personal y la campaña internacional a su favor los factores que, junto a su vieja alianza con los liberales de partido, concedieron a su lucha antinorteamericana un atractivo político. Su insistente actitud de ser intransigente con los políticos terminó por unificar a éstos alrededor de la idea de que el país requería de estabilidad y de que ésta dependía de su desaparición, ya fuera por negociación o por aniquilamiento.

La necesidad de sustituir a los gobiernos inestables es reconocida desde antes de Sandino, pero con la lucha de éste se vuelve una urgencia mayor para Estados Unidos y para los mismos políticos nicaragüenses. Los norteamericanos, cualquiera que fuese el camino escogido, los políticos y los partidos, de 1909 a 1933, siempre se habían equivocado y se habían metido en callejones sin salida. Aunque le-

jana, la guerra de Sandino dio a los norteamericanos la posibilidad de contar por primera vez con una base política de consenso de los partidos en cuanto a la necesidad de estabilizar el país. Un consenso que requería de liderazgo nuevo.

Si bien Sandino revivió, con su fuerza irregular y su carisma caudillesco, las luchas primitivas y tradicionales entre bandas de partidos, no por ello dejó de ser un elemento extraño en el conjunto de la vida de la época. La tendencia de los políticos fue precisamente la de restar a la lucha sandinista toda significación partidaria. Liberales y conservadores tuvieron en común, frente a Sandino, la convicción de que su liberalismo inicial se había transformado en una disidencia ideológica ajena al interés nacional.

De 1912 a 1936 habían corrido veinticuatro largos años de angustia política. Después de Zelaya los norteamericanos tardaron bastante en encontrar un poder local estabilizador. Somoza había visto de cerca el juego de los políticos y de hecho empezó a jugarlo él mismo en posiciones diversas. Siendo originario del departamento de Carazo se había trasladado a León, donde su familia política era prominente. Ligarse a una familia política sólo fue el comienzo de una larga serie de habilidades para llegar al poder. Introducido en un medio social que no era el suyo, pudo sin embargo manejar y hasta usar sus diferencias para ser designado en 1925 administrador de rentas de León, bajo el gobierno del presidente Solórzano, justo cuando Sacasa, familiar de su esposa, era vicepresidente. En la crisis de este gobierno, que es la crisis de su pariente político, Somoza se sumó a los liberales y se enlistó militarmente al lado del general Moncada adquiriendo notoriedad política. Sandino y él pertenecían al mismo ejército liberal jefaturado por Moncada. Cuando Sandino disiente y se aleja a las montañas, Somoza se queda en la ciudad al lado de Moncada. Los americanos se dan cuenta cuando negocian con Moncada en Tipitapa, en mayo de 1927, que Somoza está ahí como algo más que un traductor en las conversaciones. Stimson dice de él que tiene una personalidad y una actitud política "mejor que la de casi cualquier otro".³⁴

Con el general Moncada en la presidencia, Somoza había regresado a León como jefe político, para luego irse a Managua y a los 33 años volverse uno de los hombres preferidos de Moncada, que lo designó ministro de Guerra, ministro de Relaciones Exteriores y finalmente, en un acuerdo con Estados Unidos, jefe auxiliar de la recién creada Guardia Nacional, en noviembre de 1932, y hombre de reemplazo en la jefatura de la misma Guardia, al retirarse los *marines* el

³⁴ Stimson, *op. cit.*

1° de enero de 1933, mismo día en que se estrena como presidente de la República Juan Bautista Sacasa, el mismo que había sido vicepresidente en el gobierno de Solórzano. La guerra de Sandino estaba llegando, para entonces, a su fin.

El 2 de enero de 1933 se embarcaron en el puerto de Corinto los últimos *marines* que combatieron a Sandino en casi seis años de guerra de guerrillas. Dejaban tras de sí un total de cuarenta y siete *marines* muertos en acción o como resultado de heridas de guerra, cincuenta y tres muertos en acción, riñas y motines no relacionados con la acción; doce muertos por suicidio y veinticuatro por enfermedades. En total 136 *marines* perdieron la vida en casi seis años de guerra. Por la Guardia Nacional murieron en acción o a resultas de ella, setenta y cinco soldados nicaragüenses. Para los sandinistas no hay una cifra conocida de muertos.³⁵ El número de bajas enseña el tamaño de la guerra. Sin embargo la guerra se hizo famosa.

El 2 de febrero de 1933 representantes de Sandino y de los partidos Liberal y Conservador firman en Managua un cese de guerra y el desarme de sus tropas, salvo de cien hombres que resguardaban la zona en que cultivarían la tierra los desalzados.

Como jefe director de la Guardia Nacional a los 37 años de edad y con un hombre débil en la presidencia, no era difícil suponer que Somoza tendría pronto el poder político-militar más formidable de la historia nicaragüense.

Recién tomado el cargo, Somoza enfrentó la resistencia de los partidos tradicionales: Emiliano Chamorro por los conservadores y el mismo presidente Sacasa por los liberales hicieron lo imposible por reducir el papel de la Guardia Nacional. Las discusiones en el Congreso entre mayo y junio de 1933, para aprobar el presupuesto de la Guardia Nacional, revelaron lo que ya era entonces de preverse: los viejos líderes no querían un poder militar que no estuviese bajo su mando. El Congreso forzó la reducción del número de guardias a 2 891 miembros y la de los salarios de los oficiales, incluido el del jefe director. Somoza no dijo nada.

Los conservadores y los liberales empezaron a conspirar, esta vez contra Somoza, pero éste evadió el conflicto y antes de enfrentarlos decidió primero fortalecer sus relaciones con la oficialidad de la Guardia Nacional y acercarse a nuevos grupos de poder. Mientras creaba lealtades firmes en la institución, Somoza se cuidó de no retirar su

³⁵ Macaulay, *op. cit.*, p. 239; también véase una lista de eventos de la guerra de Sandino en Isaac Cox, *op. cit.*, pp. 882-892.

propia lealtad al presidente. Las provocaciones iban y venían, sin que Somoza las aceptara. En agosto de 1933 estallaron los arsenales de la Guardia Nacional en Managua. El presidente Sacasa aprovechó el incidente y, al tiempo que declaraba el estado de sitio en Managua, distribuyó armas entre los liberales de León. Además, para crear un estado de crisis entre los partidos, mandó arrestar a numerosos líderes conservadores. Somoza no cayó en la trampa.

Sandino, en un cálculo que creyó oportuno, se sumó a la conspiración en contra de la Guardia Nacional y, asumiendo el conflicto entre Somoza y Sacasa, le ofreció a éste el envío inmediato de 600 hombres armados de los que tenía en sus campamentos del norte. Somoza sabía sumar y restar: si Sandino había convenido retener bajo su mando un grupo armado de 100 hombres y ahora podía enviar 600, algo estaba pasando y él ya lo sabía. Mientras Sacasa armaba un escándalo con la voladura de los arsenales, Somoza guardaba la calma y pensaba en Sandino. Estaban apenas en agosto y el acuerdo de Sacasa con Sandino establecía que en febrero del siguiente año, 1934, Sandino entregaría las armas al gobierno y a partir de entonces se retiraría a la vida privada. Mientras tanto, debían coexistir las dos fuerzas y los dos generales. Somoza tuvo paciencia y usó el tiempo en consolidar su poder entre los oficiales. Conforme al acuerdo bipartidista para la creación e integración de la Guardia Nacional, la mitad de los oficiales eran conservadores y respondían de alguna manera a Emiliano Chamorro, y la otra mitad eran liberales de los cuales unos respondían a Sacasa y otros apenas buscaban padrinzago, pero en las luchas contra Sandino habían empezado a sentirse miembros de una institución que estaba ahora encabezada por Somoza. En octubre, Somoza dedicó su atención a este asunto hasta lograr que dos de los oficiales conservadores que habían participado en un incidente demostraran por sí solos su falta de discreción y lealtad a la institución. Poco después Somoza se entrevistaría con Sandino y le ofrecería lugar a algunos de sus hombres en la Guardia Nacional. La entrevista sólo trajo resultados aparentes, pues en enero de 1934 Sandino informó al presidente Sacasa que no entregaría las armas en febrero y que, además, lo protegería de Somoza, para lo cual le pedía el envío de más armas y municiones para sus hombres. Sacasa rechazó el pedido de armas pero le invitó a visitarlo en Managua para discutir la situación. Sandino viajó a Managua para acusar a la Guardia Nacional de inconstitucional, para jurar que no entregaría jamás sus armas y para exigir la reforma total de la Guardia Nacional. De alguna manera, dice Richard Millet,³⁶ Sa-

³⁶ R. Millet., *op. cit.*

casa llegó a un acuerdo con Sandino pues le tenía más miedo a Somoza y pensó que usando a Sandino podría neutralizarlo. Hasta entonces Somoza se había cuidado de no mostrar su enojo, que en todo caso era menor que el de los generales liberales que ocupaban altos puestos en la Guardia Nacional y que se sentían institucionales; Sacasa insistió en su juego y cediendo ante Sandino designó como delegado presidencial para el norte del país al general Portocarrero, un hombre aprobado por Sandino. Su función era proteger los intereses de éste mientras se reorganizaba la Guardia Nacional como él lo había pedido. Para la Guardia Nacional, más que para Somoza mismo, aquello resultó demasiado. Sacasa se había equivocado creyendo que Somoza era el problema, siendo que en verdad lo era la Guardia Nacional que combatía a Sandino y que al verse amenazada institucionalmente optó por afirmar su voluntad de frenar a Sacasa restándole poder a Sandino y sumándose a Somoza. La noche del 21 de febrero de 1934, Sandino salió de la casa presidencial luego de una cena con el presidente Sacasa, fue interceptado por hombres de la Guardia Nacional y luego fusilado con otros de sus generales. Un juego equivocado de la vieja política nicaragüense empezó a terminarse esa noche. Sacasa, víctima de su propio miedo, se lanzó contra Somoza y la Guardia Nacional; designó a sus parientes para los altos mandos de ésta y asignó en la casa presidencial a hombres desafectos a Somoza. Éste evadió el conflicto: aceptó las humillaciones de Sacasa al tiempo que buscó adeptos en *La Nueva Prensa*, diario opositor; respaldó a grupos en el Congreso; buscó y obtuvo el apoyo de disidentes del Partido Liberal y del mismo Partido Conservador.

Sacasa insistió en lo militar y reforzó sus propias guardias armadas, también amenazó con crear una guardia paralela bajo el control del ministro de Gobernación y continuó saboteando las instalaciones de la Guardia Nacional mientras dejaba a sus hombres la planeación de intrigas para asesinar a Somoza.

Para Somoza, Sacasa pavimentaba su camino a la presidencia. Las obsesiones de éste le devolvían a Somoza la confianza en que él podría ser nominado candidato a la presidencia en 1936, por lo que dedicó su juego completo a dominar el escenario político. Liberales y conservadores se fueron juntando a su alrededor, unos por miedo, otros por conveniencia y algunos por admiración. Adicionalmente, Somoza buscó nuevos grupos de apoyo y dio su respaldo a los "camisas azules", grupo de jóvenes capitalinos de tendencia fascista; se acercó a los pequeños sindicatos que entonces había en el país y ganó también su respaldo. Mientras tanto, los americanos observaban cómo el país, en una nueva crisis, ya podía salir de ella sin recurrir a los

marines. El ambiente político estaba cambiando en Nicaragua. La economía seguía, sin embargo, sin juntarse con la política; en parte porque lo político después de Zelaya apenas comenzaba a resolverse, y en parte porque la depresión económica mundial había afectado la pequeña economía agropecuaria del país. La integración nacional fomentada por Zelaya había quedado sin crecimiento y estabilidad.

De los viejos políticos sólo quedaban activos Emiliano Chamorro, por los conservadores, y Juan Bautista Sacasa, por los liberales. Eliminado Sandino, sólo Chamorro ofrecía ahora una posible resistencia por parte del viejo estilo, porque Sacasa estaba vencido.

Somoza jugaba a lo relativo. Actuando conforme se presentaban los acontecimientos, unas veces hacía gala de su filiación liberal, otras prefería alinearse con los conservadores y en otras más se presentaba como gestor de las causas obreras. En esto superaba a Emiliano Chamorro. El pragmatismo en Somoza privaba sobre el primitivismo personalista de Chamorro. Pronto éste se dio cuenta de que Somoza era una pieza mayor y que Sacasa, como él mismo lo había comprobado en años pasados, era un hombre que se asustaba fácilmente. Disfrutando el conflicto, Chamorro dejó ver en sus acciones que debía haber entre él y Somoza una oculta complicidad. Ambos eran buenos conspiradores y ambiciosos, pero Somoza estaba dotado de una mayor sensibilidad y de un interés más general que Chamorro y, por ello, pudo ganar un lugar entre los hombres jóvenes del conservatismo y del liberalismo. Era una reedición del Zelaya de los años ochenta. La misma percepción tenían otros grupos que, aunque pequeños, expresaban cierta novedad política, como los obreros organizados o los grupos urbanos.

Somoza cultivó a unos y a otros hasta convertirlos, especialmente al movimiento obrero y a los grupos urbanos sin partido, en base importante para una estrategia política destinada a imponerse sobre los partidos tradicionales y sus líderes. Con ello Somoza estaba construyendo las bases de un nuevo poder fuerte y duradero.

Mientras Sacasa se desgastaba en su propio enredo, Somoza traía a la capital hombres de regiones nuevas, poco adictos al liberalismo o al conservatismo, para puestos de mando en la Guardia Nacional, y al mismo tiempo aprovechaba las disidencias del liberalismo en contra de Sacasa. En los comienzos de 1936 los mismos conservadores manifestaron que el único liberal que era un candidato aceptable para el país era Somoza.

El encuentro final entre Somoza y Sacasa se decidió en términos militares, como Sacasa quería: Somoza decidió poner bajo su mando los cuarteles de la Guardia Nacional controlados por parientes de Saca-

sa, especialmente en León y Managua. Sacasa, asustado, no esperó a terminar su mandato y salió hacia el exilio. Su periodo fue terminado por Carlos Alberto Brenes Jarquín, un médico de Masaya, diputado del Congreso, que fue propuesto por Somoza. Bajo su gobierno (junio-diciembre de 1936) se hicieron las elecciones presidenciales. Somoza fue designado candidato por la Gran Convención del Partido Liberal; sus amigos conservadores organizaron un Partido Conservador Nacionalista, que también lo designó su candidato. Tanto Emiliano Chamorro como el ex-presidente Adolfo Díaz y el mismo Juan Bautista Sacasa se habían ido a Washington a pedir a los norteamericanos que pararan a Somoza. Antes habían ido liberales para pedir que detuvieran a los conservadores y éstos para solicitar que se les pusiera el alto a los liberales. Ahora, los viejos políticos, liberales y conservadores, juntos pedían que Somoza no acabara con ellos.

Más tarde, cuando Somoza dominó en el juego electoral, ganó la presidencia y se adjudicó el cargo de Jefe Director de la Guardia Nacional, ningún político, de ninguna denominación, pudo actuar sin tomarlo en cuenta.

Nacido del caos, del punto más bajo de la decadencia económica y de la subordinación política del país, el régimen somocista iniciado por un joven político con uniforme militar, que combinaba la diplomacia con la fuerza, el premio con el castigo, enderezó el sistema político hacia un autoritarismo que, teniendo una máscara militar, fue esencialmente político.

IV. EL GOBIERNO FUERTE. LA PRIMERA RONDA, 1937-1956

El régimen somocista pudo llegar a constituirse en un gobierno fuerte y duradero debido, principalmente, a tres razones. En primer lugar, porque logró colocar la función del poder por encima de los partidos; en segundo lugar, porque pese a la identificación de su poder con la Guardia Nacional, mantuvo a distancia su aparato militar; y en tercer lugar, porque usó simultáneamente el convenio o el pacto político para dirimir las disputas legítimas por el poder y la represión para enfrentar a los disidentes.

Estas tres características permitieron que el poder fuertemente personal con el que se inicia el régimen del general Anastasio Somoza García en 1937, se convirtiera en un poder autoritario nacional. Tanto el respaldo de Estados Unidos como el de la Guardia Nacional impulsada por ellos constituyeron un factor importante para su ascenso, pero, en realidad, la instalación y el desarrollo del gobierno fuerte dependió más bien de condiciones políticas internas que Somoza supo entender y aprovechar a favor de su proyecto.

A diferencia de los líderes anteriores a Zelaya y posteriores a él, que descansaban en el conflicto partidario ejercido en las ciudades-familia, de alto contenido localista, la autoridad estrenada por Somoza revela una perspectiva nacional en su concepción, y una jefatura orientada nacionalmente para imponerse con éxito a los líderes de facciones con asientos regionales. En los hechos, Somoza retoma la política centralista y personalista de Zelaya. Las élites políticas de base partidaria le fueron hostiles a Somoza. Pero éste las fue desarticulando y al mismo tiempo recomponiendo a su favor mediante la creación de intereses novedosos derivados del crecimiento económico, intereses dispersos pero que él unió por medio de la política económica y de convenios políticos impuestos por la fuerza, en unos casos, y por políticas de concesiones y privilegios en otros. Usando una política centralizadora destruyó primero y reparó después las viejas bases del poder local, sede del conflicto entre partidos y obstáculo fundamental para la construcción de un orden político nacional.

Recién llegado al poder en 1937 empezó a reformar las relaciones del poder central. En la Constitución de 1939 suprimió las elecciones municipales (artículo 303).¹ Al igual que el jefe político departamental, nombrado por el presidente de la república, todas las autoridades locales quedaron sujetas al nombramiento presidencial. En todas las constituciones anteriores (conservadoras y liberales) el municipio era un ente político sometido a elecciones populares públicas y directas, y una fuente tradicional de cacicazgos con filiación partidaria. Al sujetar la administración local al poder presidencial, Somoza rompió la estructura de poder tradicional. Y al mismo tiempo nacionalizó las relaciones intermunicipales, pues estableció (artículo 311) la prohibición de que los municipios pudieran emitir leyes, impuestos o decretos sin aprobación del Ejecutivo, incluyendo aquellos que limiten “el tráfico entre municipios”, impongan impuestos de tránsito o transporte o que graven o perturben la libre circulación de bienes, personas o vehículos. La centralización del poder es una novedad constitucional adecuada para la formación del gobierno fuerte. Somoza pudo forzar con la reforma centralizadora de 1939 una realineación política a favor del presidente puesto que acabó con el juego de los partidos en el escenario político del interior del país, viejo escenario del conflicto armado. Los partidos se subordinaron en las zonas departamentales y locales y se vieron forzados por la reforma a jugar en el centro, donde Somoza tenía mayor certidumbre del poder.

En el momento de su ascenso al poder, Somoza logra beneficiarse de las experiencias acumuladas durante los gobiernos bajo custodia americana, en los cuales fueron desgastándose y desapareciendo la mayoría de los hombres que forjaron la querrela de las élites tradicionales.²

Con la centralización del poder Somoza creó nuevos aparatos de dominio y éstos quedaron en manos de nuevos líderes asentados en regiones y ciudades distintas a León y Granada. Es en lo político donde Somoza asienta su fuerza y es en la sociedad política: alta burocracia, bases políticas departamentales, alcaldes y jefes militares, donde encuentra la única sociedad apropiada y necesaria para la reproducción

¹ Álvarez Lejarza, *Las constituciones de Nicaragua*, Madrid, 1958.

² En beneficio de Somoza, la élite política tradicional ligada al conflicto del ascenso y caída de Zelaya había prácticamente desaparecido a finales de los años treinta. La sociedad en general manifestaba cansancio por las guerras tan frecuentes. La presencia de *marines* había revelado la honda descomposición de la política local. La paz era deseada y el orden era una necesidad. En ese contexto no resultaba difícil que Somoza ofreciera la paz a las élites y el orden al pueblo.

de su poder. Ofreciendo a sus hombres nuevas y poderosas oportunidades, Somoza conmovió la base de la vida política y social de las ciudades-familia de León y Granada de donde provenían los líderes y las bases del conflicto partidario, completando una obra política iniciada por Zeleya. Somoza rompió el equilibrio del poder, establecido en las pugnas de bandos asentados en ambas ciudades, y con ello facilitó la creación de un ámbito de poder nacional. Zelaya lo había intentado y en cierta medida había tenido éxito. La solución de los conflictos derivados de esta transformación de poder constituyó una nueva manera de hacer política en el país. El distanciamiento oficial de los viejos grupos es más real que aparente. Es decir, algunos nombres del pasado reaparecen en las estructuras formales del gobierno, pero en posiciones más bien decorativas. El poder burocrático real: economía, finanzas, asuntos de política interior y ejército, descansa en hombres ajenos a las viejas familias contendientes del liberalismo o conservadurismo.³

En la conducta de Somoza frente a las familias del viejo poder partidista (sean liberales o conservadores) están implícitas y siempre actuantes dos tendencias que determinan la naturaleza del nuevo orden político nacional: una es la de establecer su ilimitado poder personal a través de una gran cantidad de instituciones burocráticas que crea de modo disperso, pero bajo su control; la otra es la de fomentar que el rango social de los líderes del viejo orden se legitime en la esfera de los negocios privados y no en la esfera del poder público. Los excluye del poder pero les abre una puerta de posible enriquecimiento por la vía de los negocios y de los servicios. Debido a que muchos de esos líderes y de sus grupos carecían realmente de más recursos que los de sus apellidos pudieron aprovechar completamente las nuevas oportunidades económicas. Despojados del poder y de las oportunidades económicas ligadas a él, esos grupos perdieron una influencia real en la conducción del proceso político nacional, aunque algunos alcanzaron a ocupar un lugar preponderante en la nueva élite económica nacional. O se sumaban a la política oficial para sobrevivir o negociaban su carácter de oposición leal al régimen. En ambos casos peleaban por despojos de poder: participación en las cámaras, franquicia electoral,

³ Con Somoza la élite encuentra la fuerza de un nuevo crecimiento. De élites activas políticamente, Somoza las transforma en élites activas económicamente, con restricciones políticas. Hay un proceso de conversión en las élites. El estudio de Harry W. Strachan, *Family and other Business groups in Economic Development. The case of Nicaragua*, Nueva York, Praeger Pub., 1976, muestra la diversidad y consistencia de la élite económica, mayoritariamente surgida en los años cuarenta y cincuenta.

puestos de segunda en la burocracia central y departamental o bien arriesgaban su existencia en negocios privados de importancia política. El caso más claro de esto es el de la familia Chamorro, que se aferra a su independencia política con beneficios económicos por medio del diario *La Prensa*, foco central para la recuperación política de los grupos conservadores en décadas posteriores.

Esta actitud de Somoza no era manifestación de una política calculada y fríamente diseñada para producir los resultados obtenidos. La intervención norteamericana era un hecho real que pesaba en las circunstancias políticas. La creación de la Guardia Nacional y su consolidación luego de la guerra de Sandino pesaba también como una fuerza real, por lo que el riesgo de aventuras opositoras era mayor. El cansancio político era evidente, como eran evidentes las urgencias de reponer los recursos perdidos. Somoza adquirió en el periodo de los gobiernos bajo custodia norteamericana un conocimiento y una experiencia que luego usó a favor de su juego político personal.

Su política de distanciamiento de las viejas camarillas tiene éxito como consecuencia de cambios sociales que habían ocurrido en la economía nicaragüense.⁴ La producción de café, tardía con respecto a la de los otros países centroamericanos, generaba un volumen importante de recursos, que rebasaban la economía comercial de Granada o León. La economía cafetalera asentada en regiones diferentes fortaleció a otras ciudades y disminuyó la importancia de las ciudades tradicionales. El gobierno del general Zelaya había favorecido esa tendencia que ahora Somoza podía aprovechar a su favor. Las guerras y las incertidumbres políticas que siguen al derrocamiento de Zelaya impiden que se consolide el proceso de crecimiento económico iniciado con el café. Pero el café sigue ahí y los cafetaleros urgidos de apoyo respaldan a Somoza.

Pasada la tormenta política, consolidada la Guardia Nacional y eliminados o neutralizados los contendientes, Somoza acomodó su poder a los intereses de quienes en la economía estaban urgidos de estabilidad. El hombre fuerte salvaba la situación y aparecía el interés por retomar el crecimiento económico.

Para Somoza todas las circunstancias eran favorables en su política de reunir política y economía en un solo juego de poder. El país debía unificarse territorialmente: ello significaba el fortalecimiento del poder central de Managua y la revalorización de las regiones del norte y del occidente del país. Asimismo, el país debía unificarse políticamente: ello significaba despojar a las élites tradicionales del con-

⁴ *Ibid.*, p. 97.

trol que ejercían desde la caída de Zelaya sobre los partidos liberal y conservador. Para lograrlo, usando su afiliación liberal ganó el control del partido liberal y redistribuyó su dirección e influencia entre liberales más jóvenes y con orígenes y procedencias diferentes. Y luego dividió mediante ofertas atractivas al partido conservador. Mediante la supresión en 1939 de las elecciones municipales desactivó la lucha partidaria en los niveles locales, redistribuyendo el poder conforme a criterios de lealtad más personal que partidaria.

Con la reforma centralizadora de Somoza, los partidos tradicionales no desaparecen sino que se subordinan al gobierno que él encabeza. En dicha subordinación juega un papel crucial la aparición de un Estado que ofrece, a diferencia de los anteriores y salvo la experiencia zelayista, una recompensa a quienes estén dispuestos a reconocer su legitimidad. El crecimiento económico se ha reactivado y Somoza ofrece fomentarlo desde el Estado, con lo que la función pública se revalora. El cargo público significa posibilidades nuevas de prestigio y en todo caso de ganancias y enriquecimiento personal. Somoza utiliza el expediente estatal para atraer a sectores todavía no nacionalizados, como son las facciones locales líbero-conservadoras, a las que les quita sus minipoderes partidarios con la supresión de las elecciones y ofreciéndoles posiciones en el gobierno central; y al mismo tiempo trata de interesar a nuevos sectores, dando lugar a que practiquen su propio discurso político los obreros, los empresarios y los profesionales. Son grupos pequeños, pero Somoza los estimula y trata de usarlos como factor de apoyo separado de los partidos políticos. Los conservadores beneficiados por el juego político, es decir los que entran al nuevo reparto político, son más bien conservadores nuevos que ingresan en la red propia del régimen y se mantienen disponibles para renovar los pactos en periodos posteriores.

Con los pequeños grupos y los empresarios pasa lo mismo: se les trata de solidarizar con el gobierno en una tarea de pacificación y reconstrucción económica nacional, tarea política que Somoza hace descansar en el Estado y no en los partidos. La flexibilidad con la cual Somoza se acerca a los más diversos sectores es amplia. Liberales y conservadores, pero también obreristas y grupos medios, aceptan la política estatal centralista como prioridad. El centralismo personalista habría de crear numerosos conflictos al proyecto somocista. En un país en donde la política tenía fuertes bases regionales, era previsible que la visión somocista generara permanentes tentaciones conspiratorias de parte de varios sectores afiliados a las guerrillas tradicionales. El propio partido liberal sufre los efectos de la nueva política. Cuando Somoza se hace cargo del partido en 1937 debe cambiarle el nombre

agregándole la connotación de nacionalista. El núcleo tradicional sigue impulsando el estilo de partido de notables, sustentado en clientelas locales. Al perder la posibilidad de tener poder con la afirmación de Somoza en la presidencia, estas fuerzas tradicionales se convierten en una facción impugnadora de la fuerza personal de Somoza. Ignorados por éste, esos liberales terminan por salirse del partido y constituyen el Partido Liberal Independiente en 1944. Se trata de una facción que no evoluciona más allá de rechazar la figura de Somoza, y por lo tanto no adquieren perfiles originales y su carencia de clientelas nacionales les impide competir por alguna cuota de poder. Su testimonio antisomocista revela exclusión, pero ésta no les concede poder negociador ni frente a los liberales somocistas ni frente a Somoza mismo. No tienen acceso a los sindicatos, ni a los grupos estudiantiles, ni a los empresariales. Nacen como disidentes que sólo adquieren importancia cuando se suman a los conservadores que disienten, a su vez, de la política de pacto con Somoza emprendida por su partido.

El partido conservador tradicional también es alcanzado por la estrategia somocista. Con el ascenso de Somoza al poder el partido se divide y da paso a la versión del Partido Conservador Nacionalista dispuesto a jugar las nuevas reglas del juego. Pero, a diferencia de los liberales, los conservadores tradicionales situados en la oposición tienen una carta a su favor: ser la oposición leal y con ello hacerse mercedores de las concesiones del régimen. Juntos, conservadores y liberales nacionalistas, se benefician de su función legitimadora del régimen. Así, Somoza usa el gobierno para construir una estructura política nacional que se concentra en abril de 1950 con el Pacto de los Generales suscrito entre Somoza y Emiliano Chamorro. El pacto de 1950 es un reconocimiento final de los conservadores al poder de Somoza. El diario *La Prensa* de la familia Chamorro lo celebraría con un gran titular: "Un abrazo político cambia todo el país".⁵ La facción tradicional y la facción nacionalista van por compensaciones inmediatas y tangibles: un tercio del congreso y representación en las agencias gubernamentales y en los municipios. Reciben un poder que atrae seguidores. Los conservadores mantuvieron una mayor continuidad en sus demandas legitimadoras del régimen, porque éste tendía a concederles una cierta exclusividad en la oposición legal.⁶ La consti-

⁵ *La Prensa*, núm. 6509, del 26 de marzo de 1950. Citado por Jaime Morales Carazo, *Mejor que Somoza cualquier cosa*, CECSA, México, 1986, p. 87.

⁶ El liderazgo de la familia Chamorro, con la fuerza que le concedía poseer el periódico opositor *La Prensa*, de gran aceptación popular, pudo mantener viva una resistencia antisomocista, pero a su vez, la existencia y circulación del periódico daban legiti-

tución de 1950, resultante del pacto, y las posteriores reformas confirmaron la disposición bipartidista, no excluyente de los otros arreglos del régimen. Resuelto el estilo para tratar con los partidos tradicionales, Somoza estrenó su estilo para tratar con nuevas fuerzas urbanas.

La salvedad de que toda fuerza ajena a los dos partidos podía existir y desarrollar sus actividades por medio de coaliciones o arreglos electorales a través de la franquicia conservadora o liberal no afectaba la exclusividad de los conservadores para beneficiarse de las prebendas. Somoza entendía que los partidos políticos estaban interesados en el poder en función de las prebendas que podrían derivarse, y les concedió éstas sin concederles el poder. Comprados y subordinados, los partidos no necesitaron disfrazarse con ropajes ideológicos y, al revés, los partidos de carga ideológica, como los comunistas y los socialcristianos, no tuvieron necesidad de disimular sus verdaderos motivos pues coincidieron en que no había posibilidades de cambio mientras no se desarrollara una economía capitalista.⁷ Sin buscar pagos marginales (cuotas o despojos electorales), ofrecieron a Somoza su respaldo a cambio de organizar y hacer crecer los sectores obreros y artesanales de las ciudades.⁸

Los principios ideológicos del socialismo, en su caso, y la justicia social cristiana, en el otro, quedan explícitamente subordinados a los principios del crecimiento económico y la estabilidad propuestos por Somoza. Los partidos, unos por interés y otros por ventaja y facilidad para construir su futuro (el cambio al socialismo y la justicia social), marcharon con o al lado del régimen. El caso de los comunistas es un buen ejemplo de ello y vale la pena dedicarle un poco más de atención al papel que jugaron como aliados de Somoza en la formación del poder político nacional.

Con una economía tan rudimentaria y carente de dinamismo era

midad al régimen. De hecho los Chamorro constituían la oposición leal y tradicional al régimen.

⁷ En ambos casos, con el general Somoza primero y con su hijo Luis después, tales partidos contaron de manera continua con la aceptación del gobierno.

⁸ Los socialistas, primero, y los demócratacristianos después, organizaron las centrales sindicales. Véase Carlos Pérez Bermúdez y Onofre Guevara López, *El movimiento obrero en Nicaragua*, Managua, 1981; Gustavo Gutiérrez Mayorga, "El reformismo artesanal en el movimiento obrero nicaragüense (1931-1960)" en *Revista del pensamiento centroamericano*, núm. 159, Managua, 1978; CIDAMO, *El movimiento obrero en Nicaragua. Carta informativa*, México, 1978; Fernando Centeno Zapata, *Breve cronología de las luchas sociales de Nicaragua, 1523-1975*, Nicaragua, Ediciones Club del Libro Masaya, 1976; Rosa A. Correa y María Flores, "Breve diagnóstico del sindicalismo nicaragüense", tesis, UNAM, 1975.

comprensible que el movimiento obrero fuera también muy débil: nutrido de organizaciones mutualistas, se concentró en el primer tercio del siglo actual en dos pequeñas agrupaciones, la Federación Obrera Nicaragüense (FON) y el Obrero Organizado. Ambas crecieron en pleno periodo de desorden político, lo que generó en ellas un sentimiento muy fuerte en contra de los partidos liberales y conservadores. La aparición de sindicatos al lado de asociaciones mutualistas se dio realmente hasta comienzos de los años treinta. En ella influyó la creación, en 1931, del Partido Trabajador Nicaragüense (PTN), bajo liderazgo nuevo y en alguna medida ajeno al de los otros partidos. Los dirigentes del PTN, más bien obreros con formación socialista, enfrentaron a liberales y conservadores con apoyo de Somoza. Éste financió sus actividades destinadas a crear sindicatos y sociedades obreras, les garantizó su liderazgo y les proporcionó recursos políticos para que formularan demandas sociales al Estado, mismas que él como presidente estaría dispuesto a atender. La nueva alianza funcionó bien. Somoza recogió las demandas del PTN y, al tiempo que las incorporaba en la Constitución de 1939, en la forma de Garantías Sociales, les concedía a sus líderes una virtual franquicia política. Roberto González, el principal dirigente del PTN, había regresado de El Salvador, donde trabajando como mecánico se había destacado como líder de las juventudes del Partido Comunista y militado en el movimiento sindical comunista salvadoreño. Junto a los otros líderes del PTN, González pudo articular sus demandas amparado en el deseo de Somoza de crear nuevas bases de poder menos dependientes de los partidos tradicionales. La Constitución de 1939 recoge las aspiraciones del PTN, cuyos dirigentes participan directamente en su elaboración. Se establecen en ella las Garantías Sociales (cap. II, arts. 63 al 105) que incluyen el descanso semanal obligatorio, la jornada máxima de trabajo, el salario mínimo, los tribunales de conciliación, el seguro social, el fondo de retiro, regulación del trabajo de menores y de mujeres, indemnización por accidentes de trabajo, montes de piedad y cajas de ahorro.

El membrete de somocistas cayó pronto sobre los líderes del PTN. Poco tiempo después, Somoza mismo daría impulso a las gestiones de los líderes obreros y continuaría su juego de alianzas, ahora con el heredero del PTN, el Socialista Nicaragüense, el cual se crea en 1944 para convertirse rápidamente en uno de los interlocutores obreros más importantes del gobierno. El PTN se había disuelto luego de la aprobación de la Constitución de 1939 y sus cuadros se habían incorporado en el Estado, en el sindicalismo oficialista y en el nuevo Partido Socialista que respaldó las gestiones obreras de Somoza. Estas gestiones in-

cluyen: el cumplimiento de los compromisos establecidos en la Constitución del 39; las nuevas leyes emitidas al amparo constitucional de defensa del consumo popular (decreto del 1º de febrero de 1944, por el cual la Junta de Control de Precios y Comercio queda responsabilizada de combatir el acaparamiento de víveres); las leyes en defensa de los inquilinos (Ley del Inquilinato del 4 de agosto de 1944); el fomento de la Casa del Obrero (casas que establecen en cada ciudad importante del país para actividades sociales y sindicales de los obreros organizados), y, lo más importante, el PSN respaldó a Somoza en su enfrentamiento con los conservadores entre julio y septiembre de 1944, apoyo que Somoza devolvió con la promulgación del Código de Trabajo en 1945.⁹ Ya antes, el 1º de mayo de 1944, Somoza, en compañía de Vicente Lombardo Toledano, dirigente de la Confederación de Trabajadores de México (CTM), había presidido la manifestación de los trabajadores en Managua. En sendos discursos obreristas Somoza y Lombardo Toledano pidieron el apoyo de los trabajadores al gobierno.¹⁰ Estos se lo dieron, conscientes de que se trataba de un acuerdo que convenía al desarrollo del movimiento sindicalista; al mismo tiempo, Somoza obtenía respaldo en las posiciones frente a los conservadores, que seguían liderados por su viejo caudillo Emiliano Chamorro, y frente a los liberales disidentes.

Para los conservadores y los liberales tradicionales, las alianzas obreristas de Somoza eran una puerta abierta a la ruptura del sistema político tradicional y un riesgo de llevar el país al comunismo. Para los políticos liberales disidentes, las alianzas sólo eran una máscara del continuismo somocista. En el seno del Partido Liberal surge por ello la disidencia y se organiza el Partido Liberal Independiente (PLI), que resiente la disposición reeleccionista de Somoza. Junto a ellos, los conservadores promueven manifestaciones en varias ciudades del país. El 4 de julio de 1944, fecha del nacimiento del partido socialista, liberales y conservadores universitarios, sumados a empresarios conservadores, intentan sin éxito una huelga general. En una dimensión interesante del nuevo conflicto político nicaragüense, Somoza se respalda en organizaciones de corte popular y obrero y los conservadores en estudiantes universitarios que reclamaban la no reelección y la autonomía universitaria.¹¹

⁹ Gustavo Gutiérrez Mayorga, "Historia del movimiento obrero de Nicaragua (1900-1977)", en Pablo González Casanova (coordinador), *Historia del movimiento obrero en América Latina*, núm. 2, México, Siglo XXI Editores, 1985, p. 219.

¹⁰ *Ibid.*, p. 231.

¹¹ *Ibidem.*

Presionado por Estados Unidos, que ve en las manifestaciones una amenaza a la estabilidad del país, Somoza anunció su intención de no ir a las elecciones en 1947. Pero se cuida de mantener la conducción de la Guardia Nacional y garantizar la mayoría liberal en el Congreso.

Los liberales disidentes y los conservadores designaron candidato al doctor Enoc Aguado, y el Partido Liberal designa como candidato a Leonardo Argüello, quien en 1936 había sido rival electoral de Somoza. Los votantes liberales creen que la designación de Argüello es obra de Somoza. Luego de aceptar su designación, Argüello anunció en privado que si ganaba las elecciones acabaría con Somoza y que, para ello, ya contaba con el apoyo de la Guardia Nacional, de la cual Somoza se había quedado como jefe director.

Argüello ganó las elecciones, tomó posesión de la presidencia el 1° de mayo de 1947 y a partir de ese día se lanzó contra Somoza. Destituyó al hijo de éste, que había regresado como graduado en West Point y tenía el cargo de Comandante del Primer Batallón de la Guardia Nacional; nombró un gabinete con desafectos a Somoza; cesó a todos los funcionarios públicos cercanos a éste y, a fines del mes de mayo, citó a Somoza en la casa presidencial para pedirle su renuncia y que se fuera al extranjero.

Ya muy anciano, Argüello no se daba cuenta, como no se dio cuenta su amigo Sacasa, en 1936, de que la Guardia Nacional era leal a Somoza. Nuevas bases de poder se habían asentado en el país. Somoza controlaba el Partido Liberal por encima de los viejos líderes, de modo que tenía a su favor a la mayoría liberal del Congreso, de la que se había ganado su apoyo por la vía de las relaciones personales. El partido los había colocado en el Congreso, pero Somoza se los había ganado logrando que se subordinaran a él. También contaba con lealtades en grupos obreros tanto oficialistas como comunistas; la base campesina que conformaba la Guardia Nacional le respondía a él y a sus oficiales.

Argüello cometió el mismo error de Sacasa: creer que Somoza era un hombre solo. El 27 de mayo, después de que los tres tanques de la Guardia Nacional desfilaron frente al Palacio Nacional, Argüello y algunos militares que le creyeron se asilaron en la Embajada de México.

El golpe se había consumado. El Congreso se reunió, consideró al presidente Argüello mentalmente incompetente para ejercer el cargo y designó a Benjamín Lacayo como presidente provisional y responsable de convocar a una Constituyente que redactara una nueva constitución antes de terminar el año.

Los norteamericanos no quisieron reconocer a Benjamín Lacayo. Sin embargo, la Constituyente convocada por él designó como nuevo presidente a Víctor Román y Reyes, quien en 1948 expidió la nueva Constitución y obtuvo para su gobierno el reconocimiento de Estados Unidos, de Costa Rica y de otros países. Con ello, Somoza logró sortear la crisis y empezó nuevamente a rehacer sus bases. Ajustando su plan político al nuevo medio anticomunista de la guerra fría y de los requerimientos de la seguridad hemisférica impulsada por Estados Unidos, Somoza deslindó su alianza con los socialistas locales. Sin abandonar su política obrerista y sin afectar la existencia del partido socialista, incluyó en la Constitución de 1948 el artículo 100, que decía:

El Estado no reconoce la existencia legal de los partidos políticos de organización internacional, ni la de los partidos comunistas, fascistas o con tendencias semejantes aun cuando adoptaren otras designaciones. Los individuos que a éstos pertenezcan no pueden desempeñar ningún cargo público y caerán bajo la sanción que la ley establezca...¹²

Pero sus aliados socialistas ni ocupaban cargos públicos ni habían sido nunca reconocidos legalmente. Simplemente se habían unido como partido y actuaban públicamente identificados como colaboradores del régimen y al lado de los sindicatos oficialistas. Su preocupación central era apoyar las gestiones gubernamentales de fomento al movimiento obrero y de impulso al crecimiento de una economía capitalista. Así, el PSN no se dio por aludido por el artículo 100 y continuó su colaboración con el régimen, al punto que en agosto de 1950 se unió a los sindicatos oficialistas para crear juntos la Confederación General del Trabajo (CGT). El partido socialista obtuvo cuatro secretarías de las nueve que integraban el Comité Ejecutivo Nacional; las otras cinco las obtuvo la rama sindical oficialista. La CGT integraba a 23 sindicatos, diez de los cuales estaban en Managua. Nueve de estos diez sindicatos de Managua pertenecían al partido socialista, bajo el membrete de Federación de Trabajadores de Managua (FTM). El PSN controlaba las secretarías de propaganda, finanzas, acción campesina y actas y acuerdos. El secretario general era Absalón González, líder obrero somocista.¹³

El partido socialista demostró solidez en el control de posiciones

¹² Virgilio Godoy, "Nicaragua: informe sobre el proceso constitucional, 1950-1975", en *Evolución de la organización político-constitucional en América Latina, 1950-1975*, México, 1978.

¹³ Gutiérrez Mayorga, *op. cit.*, p. 218.

claves. Pero Somoza estaba también pensando en afirmarse mediante un acercamiento con los conservadores y con los liberales, al tiempo que ofrecía a los oficiales y soldados de la Guardia Nacional una institución más moderna y con mayores prebendas.

Con los conservadores el arreglo era siempre más sencillo: querían puestos en la administración y en el Congreso, y una "garantía histórica" de que serían los únicos opositores legítimos. Para Somoza, que jugaba fuera de los partidos pero que necesitaba apoyarse en la legitimidad que ellos le daban, pronto estuvo de acuerdo con sus líderes. Dejaba que los socialistas se conservaran fuertes en cuestiones sindicales y que los jóvenes católicos se organizaran por su cuenta y bajo su patrocinio en grupos que más tarde constituirían el Partido Social Cristiano, pero concedía exclusividad electoral a los conservadores.

Emiliano Chamorro, el viejo conspirador, ya viejo también en edad, había encabezado en septiembre de 1947 una rebelión contra Román y Reyes y contra la reelección de Somoza; pero, fracasada su acción, se había asilado en la embajada de México, desde donde a la primera señal de Somoza para un entendimiento con él regresó a Managua para celebrar un pacto político, conocido como el Pacto de los Generales del 3 de abril de 1950, que confirmaba constitucionalmente el bipartidismo y la gestión bipartidaria en los asuntos del Estado y da lugar a la Constitución del 1º de noviembre de 1950.

Con el acuerdo de 1950 Somoza elimina a los liberales independientes y a los conservadores independientes, y los obliga al regateo político dentro de los partidos tradicionales o a convertirse en opositores sin partido, que es lo que éstos prefirieron. Para acomodarse a las circunstancias adopta una posición formal de anticomunismo, con lo que satisface a Estados Unidos y a los conservadores, pero que no afecta, como señalamos, las actividades reales del partido socialista. De hecho la CGT se crea en agosto de 1950, cinco meses después del Pacto de los Generales.

Somoza pensó en frenar el juego tradicional de los partidos mediante un pacto con el general Chamorro, y en ajustar sus relaciones con las nuevas organizaciones populares dejándoles actuar en los sindicatos y en las clases medias católicas; pero descuidó o no dio importancia a las disidencias y al rechazo a su permanencia en el poder. Jóvenes liberales y conservadores que no fueron incluidos en las alianzas resintieron la estancia de Somoza en el poder. A pesar de ser un pariente cercano del general Chamorro, Pedro Joaquín Chamorro Cardenal se convirtió en el nuevo jefe del conservatismo antisomocista, y por medio del diario *La Prensa* dirigió una exitosa campaña de oposición permanente. Refugiados en la Universidad Nacional y en los

medios de comunicación (prensa y radio), esos jóvenes ganaron tiempo y fuerza para ejercer sus presiones políticas. Si bien un buen número de ellos constituyeron luego una clase media de profesionales del régimen, otros pasaron a constituirse en la élite militante del antisomocismo. El somocismo atendió sus demandas de autonomía universitaria y en menor grado las de mayor presupuesto, pero guardó un cierto desprecio hacia ellos por su fácil disposición para el juego de oposición. Este hecho significó para Somoza una pérdida irreversible de sustento intelectual a su régimen, puesto que careció siempre de intelectuales que le dieran legitimidad.¹⁴

Somoza había liquidado a las viejas oligarquías políticas de Granada, y a las de León las había forzado a jugar en la economía de exportación o a beneficiarse de la política vendiendo un discurso crítico cotidiano, como es el caso de *La Prensa*, alrededor del cual se congregaron los intelectuales conservadores. Aprovechando el incremento notable de la población urbana escolarizada y promoviendo en ella un sentimiento antisomocista, *La Prensa* hace el papel de un partido. Los grupos de opinión y los grupos ideológicos se cobijaron en *La Prensa* y quedaron sujetos a la represión, a veces abierta, a veces velada. Presentándose como promotores de la democracia, del respeto a los derechos humanos y de la alternancia en el poder, estos grupos, con el tiempo, fueron volviéndose cualitativamente más importantes que los partidos. Chamorro se beneficiaba de la modernización y utilizaba su periódico para explotar políticamente las tensiones sociales de la misma.

En el juego político Somoza restó importancia al papel de *La Prensa* y creyó que dejándola funcionar ganaba imagen de tolerante. El país se había atrasado respecto de los otros países del área debido a su especial condición de inestabilidad política. Las condiciones para el crecimiento y la integración de la economía a las corrientes interna-

¹⁴ El crecimiento constante de la burocracia, con sus atractivos de prestigio, salario y prestaciones, neutralizó a una buena parte de los sectores educados; la existencia de un juego de oposición leal con medios informativos de prestigio opositor (*La Prensa* y *la Revista de Pensamiento Conservador*) atrajo a otra parte de los jóvenes ilustrados y, finalmente, el otorgamiento de recursos y autonomía de las universidades fomentó paradójicamente la insurgencia estudiantil por medio de revistas y publicaciones de ellas mismas. Salvo periodos breves, las organizaciones estudiantiles fueron totalmente controladas por jóvenes radicales de izquierda.

En los años cincuenta toda la lucha política universitaria estuvo dirigida a obtener la autonomía, bajo la influencia de reformadores argentinos. Véase Paulino González, "Las luchas estudiantiles en Centroamérica, 1970-1983", en Daniel Camacho y Rafael Menjivar, *Movimientos populares en Centroamérica*, ONU-FLACSO-IISUNAM, México, 1985, p. 262.

cionales eran favorables. A finales de los años cuarenta y especialmente en la primera mitad de los cincuenta aumenta la demanda mundial de algodón. Nicaragua aprovecha las circunstancias excepcionales de las tierras del Pacífico para convertirse rápidamente en productor. Son ciudades como León, Managua, Chinandega y Masaya, ubicadas en zonas algodoneras, las que tomaron el rumbo de una economía agraria comercial con una sólida influencia en la vida nacional. La economía cafetalera, asentada en el norte y en las partes altas del centro, y la economía algodonera en las partes bajas del centro y en el occidente del país, crean una nueva línea divisoria del poder y del prestigio. Somoza jugó su poder ahí en esas nuevas configuraciones de desarrollo, a las que, desde el poder, pudo fomentar y adaptar.¹⁵ Zelaya se había beneficiado del café. Somoza suma una floreciente economía algodonera, azucarera y ganadera.

Los movimientos sociales que produce la nueva economía son favorecidos por el Estado. Nuevos grupos de empresarios agrícolas rebasan a las viejas élites de comerciantes e imponen sellos modernos de comercialización. El país está cambiando y los conflictos de intereses son totalmente nuevos, como nuevos son los mecanismos para solucionarlos. La estructura social básica de estos conflictos es diferente a la del pasado. El algodón y el azúcar son producidos por empresarios y con riesgos diferentes a los del café, el ganado o el pequeño comercio; sus concepciones tecnológica y financiera son más modernas y dependen de una mano de obra más numerosa y más libre. El volumen y la calidad de los servicios requeridos por la producción son mayores (camino, puertos, servicios financieros, comunicaciones y conocimientos técnicos). El Estado asume la función integradora de la nueva economía algodonera y la función de mediación en los conflictos de intereses sociales acarreados por ella. Mientras Somoza juega al poder, las nuevas agrupaciones de productores juegan a la econo-

¹⁵ Después de firmado el Pacto de los Generales en 1950, Somoza invita en enero de 1951 al Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento (BIRF) a presentarle un plan de desarrollo nacional que incluya un diseño de administración gubernamental para facilitar políticas públicas destinadas al crecimiento económico y al bienestar de la población. La comisión del BIRF permaneció por un año en Nicaragua, visitó todo el país y elaboró un informe detallado del plan propuesto. Al mismo tiempo una comisión del Fondo Monetario Internacional elaboró una propuesta de reforma bancaria. Y una comisión del gobierno de Estados Unidos elaboró un programa para educación y salud. De todos estos proyectos surgió una política estatal más moderna en filosofía y organización burocrática. Véase International Bank for Reconstruction and Development, *The economic development of Nicaragua*, Baltimore, The Johns Hopkins Press, 1953.

mía manifestando débiles impulsos para reivindicar el poder. Es tiempo de convertirse en productor.

Así empresarios agrícolas, pequeños propietarios y campesinos monetarizados dan soporte indirecto al régimen. En los centros urbanos, sectores de clase media constituían en cierto modo el centro de atención del gobierno. La burocracia se nutre de profesionales altamente capacitados que compiten en cuanto a espíritu innovador y progresista con las jóvenes élites empresariales. Las agencias gubernamentales dedicadas a fomentar el desarrollo son muestra de ello.¹⁶ En esa ampliación burocrática no tenían cabida los jóvenes conservadores provenientes de las élites granadinas.

El crecimiento económico basado en las exportaciones de café, algodón, azúcar y carne aumentó la cohesión de ciertos sectores de la élite de León, Chinandega, Managua, Carazo, Masaya, Estelí, Matagalpa, Chontales y Jinotega, en los que se fue desarrollando una conciencia de élite nacional en claro demérito de las viejas élites comerciantes de Granada y León, aunque más especialmente en demérito de la élite granadina. Esto arrastró severos ajustes de participación política a nivel nacional. La modernización agropecuaria y el desarrollo de una economía comercial en esas regiones alentó la formación de coaliciones de productores y comerciantes más dispuestos al regateo que al enfrentamiento con el gobierno. Un nuevo sentido de identidad de intereses empresariales más bien nacionales seguía erosionando el viejo esquema de enfrentamiento. La competencia por los puestos de representación política sólo se conservó en el seno de la élite granadina, alimentando las políticas de oposición del Partido Conservador. Decididos a no morir políticamente, los miembros más relevantes del conservadurismo granadino, la familia Chamorro, se aferraron con éxito a su diario *La Prensa*, convirtiéndolo de hecho en un periódico-partido, destinado a hostigar al régimen.

Las nuevas zonas productoras de algodón se concentraron especialmente en León, Chinandega y Managua. La derrama económica fortaleció a los productores pero también al gobierno. La bonanza económica alivió las presiones políticas que ejercían los conservadores granadinos sobre el gobierno de Somoza y le permitieron a éste una cooperación indispensable en la estrategia de nacionalización de su poder personal.

Estimulando la participación de líderes locales en el gobierno nacional, Somoza estimuló la lealtad a su régimen y amedrentó a las éli-

¹⁶ La creación de instituciones de desarrollo a partir de 1953 atrajo a numerosos técnicos formados en el extranjero. Strachan, *op. cit.*, p. 103.

tes tradicionales, especialmente a granadina y, aunque en menor grado, a leonesa. Esas élites fueron empujadas por el gobierno de Somoza a un regateo político que les permitiera una mínima cuota de poder. Estimulando lealtades nuevas en otras regiones y forzando a las viejas élites a un regateo político, Somoza no tuvo grandes problemas en consolidar su poder personal a nivel nacional. Granada no tenía posibilidades físicas para competir en la producción de café, algodón y azúcar y su ganadería no era suficiente base de riqueza competitiva. Despojada del poder político, Granada era sólo un viejo recuerdo, sus élites no tuvieron más opción que acomodarse en desventaja en el nuevo poder nacional impulsado por Somoza. Y acomodados o no, constituyeron siempre la resistencia al proyecto unificador de Somoza.

Somoza estaba logrando aglutinar los intereses más generales en un proyecto de enriquecimiento económico. Con un obrerismo limitado pero dispuesto a colaborar, con un campesinado disperso y bajo en sus demandas de tierras, con la disponibilidad de apoyo político norteamericano y la amenaza del uso de la fuerza de la Guardia Nacional no era difícil suponer que el régimen somocista lograra un incremento de las actividades productivas y comerciales. El país era el más grande y el más despoblado de Centroamérica. Con la diversidad de climas y la abundancia de tierras cultivables en todo el territorio no era difícil un rápido crecimiento de la economía agropecuaria de exportación y de consumo interno. Con el arreglo entre partidos y la subordinación al Estado de las fuerzas nuevas, la economía quedaba subordinada a la política. Somoza había convertido su poder personal en un poder nacional; integró los intereses particulares de hacendados, ganaderos, cafetaleros, azucareros y algodóneros y los impulsó mediante una política económica favorable al crecimiento, dando lugar a la creación de una verdadera economía nacional.

En pocos años una nueva burguesía agraria ocupó el lugar de la vieja oligarquía, sin necesidad de afectar los intereses establecidos por ésta. Desde el Estado surgió una política favorable al desarrollo y a la fusión de intereses más modernos. En esos años cincuenta aparecen los grupos financieros organizados alrededor de un proyecto de desarrollo capitalista; junto a ellos el Estado crea sus propios mecanismos institucionales para fomentar el desarrollo. El Estado crece en funciones y en burocracia, generando una oferta para los grupos medios urbanos.

Azúcar, carne y algodón, junto al café, superan la estructura de la producción agraria tradicional. La abundancia de tierras inhibe la violencia social campesina y deja un espacio para la producción de alimentos de consumo interno. Si bien la tecnología y el uso de insumos

modernos se concentra en la producción para la exportación, la producción de alimentos no se escapa de los beneficios; por el contrario, productos como el arroz, el ajonjolí, el frijol y el maíz empiezan a obtener rendimientos que dejan excedentes para la exportación.

Los campesinos se vuelven obreros agrícolas y por estaciones recorren las cosechas en regiones diferentes, confirmando una economía monetaria de alcance nacional. En la década de los cincuenta el 59% de la población económicamente activa agrícola era asalariada, contra el 35% en Guatemala y el 37% en Honduras. Sólo Costa Rica estaba por encima de Nicaragua con el 66%.¹⁷

Los caminos de penetración a las carreteras integran al país. El nuevo poder de compra, el transporte y la urbanización que se acelera facilitan la apertura de comercios en el interior al tiempo que la capital y las ciudades intermedias se vuelven atractivas para el comercio y la industria. La dotación de infraestructura para los servicios empieza a ocupar un lugar preponderante del gasto público; con ello el aparato burocrático se vuelve más grande y sofisticado pero también fuente de una nueva relación de poder, alejada de los viejos patrones del apellido y del origen geográfico. Los nuevos ricos compiten socialmente con las familias tradicionales.

Somoza les crea, desde el Estado, a estos nuevos políticos y empresarios, una pirámide que es opuesta a la pirámide de los viejos líderes de partido y a la de apellidos. Aparecen en la burocracia estatal (incluida la de provincia) numerosos poseedores de altos y bajos cargos burocráticos que no responden ya a los viejos moldes; se crea una jerarquía de poder que no corresponde a la vieja jerarquía social. En esto juegan un papel importante el ejército y la burocracia, y la emergencia de una nueva burguesía agraria, comercial e industrial, que ampara a su vez la ampliación de una clase media urbana independiente. Ingresar en la carrera militar y en la burocracia central es, para los jóvenes recién ubicados en las actividades urbanas de clase media, un modo de conseguir un lugar en la sociedad y el poder para conservarlo. Sembrar algodón o abrir un negocio de servicios a la nueva agricultura es, para los pequeños propietarios, una puerta de riqueza.

Los militares y los funcionarios constituyen para Somoza una estructura que, siendo nueva, puede ser usada para contraponerla a la tradición y a los intereses de las viejas élites partidarias, pero también para darle en su modernidad una distancia de la nueva burguesía exportadora de productos agrícolas e industriales. La supervivencia de

¹⁷ PREALC OIT, *Cambio y polarización ocupacional en Centroamérica*, Educa, Costa Rica, 1986, p. 168, cuadro 43.

varios miembros de esas élites partidarias en los gabinetes de Somoza no oculta las nuevas diferencias de intereses.¹⁸ Aun a nivel de la economía, la política destinada al crecimiento y diversificación estuvo encaminada a favorecer el surgimiento de nuevos grupos de poder económico.¹⁹ Investigaciones realizadas posteriormente revelan la existencia de numerosos grupos y subgrupos de empresarios que adquieren un notable poder económico,²⁰ siendo la mayoría de ellos de primera generación, a diferencia de otros grupos establecidos en Guatemala, El Salvador y Costa Rica de orígenes más cercanos al siglo pasado.²¹ En pocos años estaba apareciendo una generación de nuevos ricos, consumidores de status.

El monopolio de la élite líbero-conservadora de los cargos civiles casi deja de existir, en parte porque Somoza no pertenece a ella y en parte porque esas élites estaban constantemente escindidas, rivalizaban entre sí y se contenían recíprocamente. Somoza deja que la jerarquía de rango social se conserve o se destruya a la luz del cambio económico; pero en cuanto a distribución del poder, Somoza los elimina lentamente. Y para ello, en muchas ocasiones fomenta el combate entre la vieja élite que se resiste a perder el rango social y la nueva formación de militares y funcionarios que detentan el poder a modo de aumentar sus propias oportunidades de dominio. Más tarde permitirá a la nueva élite del poder incursionar en alianzas con grupos económicos privados. Los grandes perdedores de esta estrategia somocista son los viejos clanes conservadores de Granada y los numerosos liberales de León, cuyos hijos cargan también con bajo prestigio en la administración pública. A los primeros los reduce y encajona en una nostalgia por el ayer; Granada es eso, una ciudad que recoge el pasado. A los otros les impone una disciplina política que algunos prefieren no aceptar y deciden más bien orientarse a las actividades económicas, que desde los años cincuenta toman auge en los departamentos de León, Chinandega y Managua. Con una economía en movimiento ascendente, la política del viejo estilo empieza a ser poco rentable. En los años cincuenta se integran a la economía, con una perspectiva empresarial moderna, una parte de las familias tradicionales, sumando a su

¹⁸ Un rápido recorrido por los directorios de oficinas públicas y de empresas descentralizadas, desde la mitad de los años cincuenta, revela la existencia de una burocracia distanciada de las élites tradicionales. Al mismo tiempo se encuentra una relación de clase y/o de familia entre funcionarios civiles y oficiales del ejército.

¹⁹ Strachan, *op. cit.*, p. 52.

²⁰ *Ibid.*, p. 52.

²¹ *Ibid.*, p. 61.

alrededor a capas de jóvenes empresarios agrícolas nuevos.

Mientras el esquema de la política económica funcionaba y las ligas familiares empezaban a ser menos relevantes en la composición de grupos empresariales y políticos, Somoza podía sortear todo tipo de crisis políticas. Muchos contendientes dejaron de interesarse en la conspiración permanente.

Los conservadores y los liberales no tenían un juego político importante desde el ascenso de Somoza al poder, pero tenían ahora oportunidades de hacer dinero y de volverse una élite económica. Especialmente los conservadores habían sido liquidados y su participación en los pactos de Somoza tendía a producir fricciones entre ellos por quedarse con el tercio del pacto. Con el café en el norte y en el centro y con el algodón en occidente, Granada quedó reducida a una economía ganadera tradicional y empezó a depender del resto del país.

A mediados de los años cincuenta, entusiasmado con los éxitos iniciales del crecimiento económico, Somoza quiso quedarse en la presidencia un periodo más. En 1957 terminaba su mandato, por lo que durante 1956 se dedicó a buscar la reelección. El Partido Liberal lo proclamó candidato el 20 de septiembre de 1956 en la ciudad de León, donde los obreros le organizaron un baile para la noche siguiente en la Casa del Obrero de León. Infiltrado como mesero, un joven poeta afiliado a los liberales independientes estaba dispuesto a matar esa noche de baile a Somoza. Como en sus tiempos de estudiante en Filadelfia, Somoza gustaba de bailar y tenía fama de hacerlo bien. Acompañado de algunos funcionarios y ayudantes militares, Somoza compartió la mesa con los dirigentes obreros. Unas horas después, entre la música y las consignas, el mesero se acercó al general y, a quemarropa, disparó cuatro tiros, suficientes para herirlo de muerte. Sus compañeros en el atentado debían cortar en ese instante el suministro eléctrico de la ciudad, pero no lo hicieron porque, según dijeron después, creyendo que habían sido descubiertos huyeron del lugar. El autor del atentado fue muerto en el mismo sitio. Somoza sobrevivió por ocho días en un hospital militar de la zona del canal de Panamá. Ocho días que fueron suficientes para que sus hombres amarraran todos los lazos del poder conforme a las indicaciones que él mismo había dejado para la sucesión.

De nuevo la Guardia fue leal a su general. Pero no tenía, al menos la vieja Guardia compañera de Somoza, disposición de serlo con sus hijos. El ministro de Guerra, hombre clave de la crisis, dudaba de la habilidad de los hijos de Somoza, pero sus proposiciones de una sucesión militar no prosperaron y fue enviado por ellos como embajador a la Argentina. Hombres de la Guardia, leales al nuevo equipo de Luis

Anastasio, fueron confirmados en la Guardia Nacional y en el Estado.

El gobierno fuerte había sido constituido con lazos firmes y la muerte del fundador no lo puso en peligro de desaparecer. En pocos días todo volvió a la normalidad.

Los conspiradores fueron detenidos y en pocos días puestos en libertad. Los tres hombres más comprometidos fueron muertos cuatro años más tarde, pero los acusados de la autoría intelectual, como Pedro Joaquín Chamorro, director del diario opositor *La Prensa*, y Enoc Aguado, fueron liberados antes de un año. Los conservadores quedaron castigados, pero no todos ni para siempre. Luis, el hijo mayor del general, era entonces presidente del Congreso y el primer designado a la sucesión. Anastasio, más joven, era jefe director de la Guardia Nacional. No había riesgo de perder el mando.

V. LA SEGUNDA RONDA: LOS HIJOS Y SEGUIDORES DEL GENERAL, 1957-1967

Las bases del gobierno fuerte estaban ya costruidas cuando muere el general Somoza. La economía y la política estaban juntas, y esto constituía la clave para que el régimen no se tambaleara tras la desaparición del general. Los intereses que se habían creado alrededor del régimen pesaban mucho a la hora de correr riesgos opositores. Especialmente en los empresarios, los agroexportadores y los mismos obreros. Serían más bien los estudiantes y sectores conservadores, liderados por Pedro Joaquín Chamorro, quienes impulsarían la rebelión antirreeleccionista de 1956.

La Guardia Nacional seguía siendo un disfraz militar del poder propiamente político del régimen. Para 1956 la Guardia Nacional no era diferente a la de 1937, cuando Somoza asciende al poder. La modernización y el equipamiento ofrecidos por él resultaron promesas cumplidas sólo parcialmente. A Somoza le preocupaba más la lealtad de la tropa y ampliar la influencia de los oficiales en puestos rentables como aduana, inmigración y policía. Usando el apoyo norteamericano a su proyecto militar, pero especialmente el franco y abierto respaldo político, Somoza dio "brochazos" de modernidad a la Guardia Nacional. En 1939, con tres tanques, un pequeño guardacostas que no tenía radio y dos bimotores *Waco* que volaban una hora por semana, la Guardia Nacional, única fuerza armada de la república, resultaba un cuerpo de risa. Y Somoza era su jefe desde 1933.¹ La Guardia Nacional tenía entonces, en 1939, un total de 201 oficiales de línea, 8 oficiales médicos, 2 237 rasos, 89 policías urbanos y 390 auxiliares.² En 1956 las cifras respectivas no eran sustancialmente diferentes.

La segunda guerra mundial, y la crisis guatemalteca de mediados de los cincuenta impactaron relativamente poco el crecimiento y la

¹ Richard Millet, *Los guardianes de la dinastía*, Costa Rica, Educa, 1979.

² *Ibid.*

modernización de la Guardia Nacional. La lucha contrainsurgente, más bien esporádica, descansó siempre en una red de apoyos civiles campesinos y de autoridades locales como los jueces de Mesta y los capitanes de Cañada.

Si al general Somoza García corresponde la instalación y consolidación del gobierno fuerte, a su hijo Luis le toca profundizar en la tarea de modernización económica y social del país, así como abrir el espacio político del régimen a nuevos grupos de leales.

Ingeniero agrónomo con formación profesional adquirida en Estados Unidos, Luis Anastasio tenía mucha de la sensibilidad política de su padre, y tenía especial cuidado en guardar distancia del aparato militar de la Guardia Nacional y en favorecer la formación de grupos políticos ajenos a los partidos tradicionales pero dispuestos a legitimar al régimen. "Educado por su padre para sucederle", había ocupado diferentes puestos en el Congreso, del cual era presidente a la hora de la muerte del general.

Luis Somoza se plantea una tarea de apertura política sin correr los riesgos de una democratización del régimen. Para ello aumenta el pragmatismo y la tolerancia sin abandonar el dominio autoritario. En 1956, tras la muerte de su padre, Luis procura darle predecibilidad al sistema político mediante la promesa, que se vuelve reforma constitucional, de no reelegirse en la presidencia ni de permitir, también constitucionalmente, la elección de su hermano menor, a la postre jefe director de la Guardia Nacional. Con esa medida aumenta la competencia entre las facciones del partido liberal, pero deja bien claro que éste no correrá el riesgo de competir realmente por el poder con la oposición conservadora. Habrá elecciones, participarán los conservadores, pero el candidato liberal no las perderá. Semejante disposición no hubiera tenido atractivo alguno para el partido conservador, de no haber sido porque Luis Somoza confirmó el pacto bipartidista de 1950. La exclusividad de la oposición legal en manos conservadoras se mantiene, aunque la aparición de grupos políticos ajenos al conservadurismo disminuye la fuerza del partido conservador, tanto en su facción pactista (Partido Conservador Nacionalista) como en su facción disidente (Partido Conservador Histórico o tradicionalista).³

Luis Somoza recompone las relaciones dentro del partido liberal atrayéndose a líderes que disientían del gobierno de su padre. Al mismo tiempo incorpora elementos nuevos del liberalismo. Reduce la importancia presupuestaria de la Guardia Nacional y concede la autono-

³ Es el caso del Partido Social Cristiano, que tiene orígenes en el conservatismo pero que se nutre de militantes sin partido.

mía universitaria en el rango constitucional.⁴ Favorece la formación del Partido Social Cristiano y conserva la buena relación con el partido socialista, al que insta a la unidad sindical ofreciendo a cambio la extensión del seguro social a los trabajadores que laboran en sectores de la empresa privada.⁵

Sin embargo todas estas medidas no alteran el carácter autoritario del régimen. El anticomunismo se vuelve una tarea para liberales y conservadores luego del triunfo de la revolución cubana. En Nicaragua esta tarea asume rasgos todavía más marcados debido a la tradicional imagen del país como ejemplo de régimen dinástico. La derrota de Batista en Cuba es una clara alusión al destino previsible de las dictaduras del Caribe. El miedo, pues, es mayor. Esto significa para Luis Somoza un doble problema: enfrentar el temor a la revolución, aumentando la represión, o liberalizar al régimen aumentando las presiones en su contra. Diversos factores, entre los que destacan su propia visión de la política, la existencia de condiciones económicas favorables al crecimiento y la influencia de Estados Unidos orientaron a Luis Somoza hacia la liberalización del régimen. El crecimiento de la burocracia y el surgimiento de legitimidades burocráticas adquiridas por la vía de la militancia en el partido liberal, permitían a Somoza atraer a seguidores de las filas opositoras. La burocracia, exceptuando a los maestros, aportaba el 5% de su salario al partido. Agrandado con recursos provenientes de la burocracia, el partido podía mantener una actividad de propaganda y acción partidaria fuera de los periodos electorales al tiempo que daba estabilidad burocrática a sus militantes. Mientras los liberales se consolidan los partidos opositores se dividen una y otra vez⁶ para al final de cuentas encontrarse en el papel de colaboradores del régimen o en el papel de conspiradores en contra del régimen.

La política entendida como aquella actividad permanente de construcción de alternativas contrarias a las del gobierno pero en be-

⁴ En 1957 Luis Somoza acepta la propuesta de autonomía universitaria promovida por los maestros y estudiantes de la Universidad Nacional. Véase Paulino González, *op. cit.*, p. 262.

⁵ En esa línea de política pro-obrera Luis Somoza encuentra una feroz resistencia de los conservadores jefaturados por Pedro Joaquín Chamorro, quien junto a líderes como Reynaldo Tefel, Rafael Córdova Rivas y Emilio Álvarez lanzan una campaña señalando que el seguro social "constituía un paso muy avanzado del que no eran merecedoras las masas trabajadoras de Nicaragua" (Gutiérrez Mayorga, *op. cit.*, p. 225).

⁶ Mariano Fiallos Oyangueren, "The Nicaraguan political system; the flow of demands and the reactions of the regime", Lawrence, Kansas, PhD Thesis, University of Kansas, 1968.

neficio del público, no existe. Los partidos nacen y mueren en el juego electoral, sin que la polémica continúe. El pacto para el reparto de despojos es el objetivo de la oposición, concedora de antemano del resultado electoral. Cuando el reparto no alcanza para todos, los excluidos pasan a la conspiración. El intermedio no existe mas que como una suma de resentimientos que se expresan en la disposición fácil para el guerrillerismo periodístico o armado, actividad última por lo demás reprimida sin contemplaciones por el gobierno. Las elecciones son para los partidos de oposición una fuente de legitimidad para compartir beneficios gubernamentales, mas no para permitirles llegar al poder. El partido liberal pacta electoralmente cuotas de gestión gubernamental, pero no pretende entregar el poder. El fraude electoral es menos instrumentado como práctica, una vez que las elecciones son siempre organizadas luego del pacto con la oposición conservadora (1937, 1944, 1950, 1957) y con la oposición no electoral pero que presiona determinadas orientaciones de políticas gubernamentales; es el caso de los socialistas y los socialcristianos.

Una vez pasadas las elecciones y aplicado el reparto o resueltas las políticas pactadas, se inicia el regateo para la siguiente ronda electoral, regateo que incluye la amenaza a desconocer el pacto y sumarse a los excluidos del mismo. Los conservadores siempre colocaron una parte de la familia en el pacto y otra en la oposición al mismo. La pequeña élite conservadora, básicamente una élite familiar, es permanente en esa estrategia opositora, especialmente desde la llegada de Somoza al poder en 1937. Aun cuando es una estrategia rentable para ellos, su ejercicio en la práctica alentó el bloqueo político en el país. Pactar y luego usar el expediente de desacreditar el pacto con una campaña destinada a salir de su posición minoritaria frente a una población escéptica, fue una estrategia que impidió el uso del pacto como vía, primero a la sucesión entre liberales sin sucesión familiar y posteriormente a una alternancia de poder entre los liberales y los conservadores.

Las reminiscencias históricas de los grupos familiares de la oposición conservadora empujaban siempre, sin embargo, a la contestación del poder. Pactaban para ganar la conservación de beneficios de su franquicia electoral, pero luego, avergonzados de su condición minoritaria, buscaban el liderazgo de la oposición al pacto. En esta fase de antisomocismo hacían un favor a Somoza, pues para éste era útil definir su llegada al poder, luego de las elecciones, como el resultado de la negociación entre intereses partidistas divergentes. Los desplantes conservadores de pactismo y antipactismo fomentaron a la larga en la población una hostilidad en contra de los partidos políticos. Y lleva-

ron a un cierto sofocamiento depresivo del argumento político y de la atracción de nuevos hombres a la política.

En 1957 Luis Somoza encontró una facción conservadora dispuesta a refrendar el pacto libero-conservador de 1950 con la oferta de que permanecería sólo un periodo de gobierno, lo que facilitaría la transición a un gobierno sin Somoza en 1963. Aprovechando un incidente armado con tropas hondureñas en la frontera, Somoza logró un entendimiento con los conservadores.⁷ Los conservadores que pactaron las elecciones de 1950 tardaron menos de dos años para anunciar que Somoza quería el pacto para reelegirse en 1957, alentando la rebelión del '54. Ahora, en 1957 tardarían menos. En 1958 las banderas castristas de Sierra Maestra aparecieron en varios cerros cercanos a León y Managua. Los estudiantes recorrían las calles con vivas a Fidel Castro. En poco tiempo los conservadores creyeron que había llegado el momento de lanzarse contra Somoza emulando a las guerrillas castristas. En enero de 1959 el triunfo cubano había llegado a Nicaragua. Pedro Joaquín Chamorro con un grupo de allegados familiares y correligionarios del conservatismo, anunciaron la formación de un ejército guerrillero y su disposición de trasladarlo a las montañas de Nicaragua desde sus bases en Costa Rica. En Managua todos esperaban la invasión. La Guardia Nacional dio instrucciones de localizarlos, rodearlos y capturarlos haciéndoles el menor daño posible: ahí venían los hijos de las principales familias conservadoras, acompañados de un sacerdote. Los conservadores habían conseguido dos aviones que despegarían de Punta Llorona en Costa Rica el 31 de mayo de 1959, para una hora después bajar forzosamente en las llanuras de Olama y Los Mollejones. Salvo dos de ellos, todos se rindieron y fueron trasladados a Managua. Los dos que lograron huir fueron muertos por la Guardia Nacional. Los capturados reclamaron un juicio público. Así se hizo. Seis de ellos recibieron una condena de ocho años y el resto de ocho meses. Menos de un año después fueron liberados por el decreto de amnistía y perdón del 27 de abril de 1960.

En los mismos meses de 1959 otros jóvenes, entre ellos Carlos Fonseca Amador, hijo del administrador de bienes de la familia Somoza, se organizaron en grupos guerrilleros en la frontera hondureña. Fonseca Amador venía de Moscú y tenía lazos con los grupos estudiantiles entre cuyos miembros circulaba su folleto "Un nicaragüense en Moscú". Tenían un campamento en territorio hondureño, en El Chaparral, donde fueron sorprendidos por el ejército hondureño. Los sobrevivientes se rindieron y desde Honduras viajaron al exilio.

⁷ *Ibid.*, p. 109.

La llegada de los conservadores guerrilleros desde Costa Rica era pública. El gobierno costarricense tuvo que alinearse, quitando preocupaciones al gobierno de Somoza por cuidar esa frontera; el descubrimiento de los guerrilleros izquierdistas en territorio hondureño forzó también a un alineamiento del gobierno hondureño, aunque los guerrilleros siguieron actuando esporádicamente en la frontera, cobijando el nacimiento posterior del Movimiento Nueva Nicaragua, conocido luego como Frente de Liberación Nacional y finalmente, en 1963, como Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN). El frente sandinista nació bajo el influjo de la guerrilla de Cuba con el objeto de trabajar por la construcción de la sociedad socialista. Su tarea corre por carriles diferentes a los del partido socialista y entre ellos no hay estancias de enlace.⁸

Ambas experiencias, la conservadora y la izquierdista, resultaron entonces un fracaso que ellos mismos atribuyeron a la falta de apoyo de los campesinos y los obreros. El partido socialista se había opuesto a la "invasión" de los conservadores, porque estaba conducida por quienes alimentaban el anticomunismo, y se oponía a la invasión de los guerrilleros izquierdistas porque éstos, al optar por la vía armada, obstaculizaban la lucha cívica por la democracia.⁹

El movimiento guerrillero, desde su inicio, estuvo compuesto por jóvenes estudiantes y prominentes miembros de las familias conservadoras. Tanto en la izquierda como en la derecha, esos movimientos están alejados del movimiento obrero y campesino y su base la constituye la pequeña burguesía urbana, principalmente el sector estudiantil de educación media y universitaria que crece de manera importante desde mediados de los años cincuenta.¹⁰

La política de conciliación en el seno del partido liberal y la sensación de fracaso que aflige a los conservadores facilitaron la política de apertura de Luis Somoza.

En 1963 Luis Somoza cumple la promesa de no reelección.¹¹ Una intensa lucha por la sucesión presidencial se desata en el seno del partido liberal; termina con la designación de René Schick, quien había ocupado la cartera de Educación y que guardaba cierta distancia con los conflictos dentro del partido, en los que destacaba como una figu-

⁸ Gutiérrez Mayorga, *op. cit.*, p. 244.

⁹ *Ibid.*, p. 241.

¹⁰ Paulino González, *op. cit.*, pp. 245-246; Gutiérrez Mayorga, *op. cit.*, p. 240.

¹¹ La decisión de Luis Somoza acarrea una notable confusión en la élite política, la que pensó que la promesa de 1957 era sólo una forma de "capear el temporal" a la muerte del general Somoza.

ra carismática el ministro de Gobernación, Julio Quintana. En el seno de la oposición se produjo igual conmoción: los líderes conservadores, luego del fracaso de Olama y Los Mollejones, habían sufrido severos cuestionamientos internos; la facción chamorrista fue desplazada por una facción más bien de clase media liderada por un médico, Fernando Agüero Rocha. Embebidos de una profunda ideología anticomunista, los conservadores habían promovido una campaña abierta contra la relación de Somoza y el partido socialista.

Los socialistas reaccionaban a dicha campaña reafirmando su alianza táctica con el régimen:

El odio animal que Pedro Joaquín Chamorro tiene contra los Somoza es producto de la envidia. Chamorro sueña con el nombramiento de Presidente de Nicaragua para servir mejor a los multimillonarios norteamericanos, para colgar comunistas y para enriquecerse mucho más, desde el poder.¹²

Y aún más, los comunistas recordaban que la legitimidad social y política del régimen estaba asentada en reformas que los conservadores calificaban como amenaza comunista: "El partido conservador, reducto de las fuerzas más regresivas de nuestra sociedad, pretende volver al poder para derogar el Código del Trabajo, la Ley del Inquilinato y el Seguro Social; . . . tales son las más sentidas aspiraciones y anhelos de los conservadores viejos y de los 'glostorados licenciados' de Juventud Conservadora".¹³

El desplante anticomunista de los conservadores y las derrotas militares de los sandinistas dejaron el camino abierto para el triunfo electoral de René Schick en 1963. Éste, con el respaldo de Luis Somoza y de un grupo del Partido Conservador Nacionalista contrario a Agüero y a Chamorro, conserva y avanza los límites populistas, al tiempo que crece la economía exportadora de productos agrícolas y se inicia la sustitución de importaciones industriales en el marco del mercado común centroamericano creado en 1960.

Paralelo al entusiasmo guerrillero de izquierdas y derechas, hay un entusiasmo empresarial y gubernamental por impulsar la modernización agropecuaria y la sustitución de importaciones industriales en el marco regional. Dos vías opuestas empiezan a competir por el futuro del país.

¹² Editorial "Falso opositor", en *Orientación Popular*, núm. 121, Managua, 21 de febrero de 1963 (órgano oficial del Partido Socialista Nicaragüense); citado por Gutiérrez Mayorga, p. 242.

¹³ *Ibid.*

El gobierno del presidente Schick alienta la modernización y la conciliación, dejando prácticamente sin sentido la lucha guerrillera. En constante transformación, la economía agropecuaria absorbe la mano de obra rural dando inicio a la consolidación de un mercado interno.

Como país agrícola, Nicaragua descansa en una sociedad campesina dispersa en un territorio relativamente extenso. La población total de Nicaragua, que alcanzaba un millón de habitantes en 1945, en 1963 llegó a un millón y medio con una población económicamente activa de medio millón de personas.¹⁴ El territorio nacional es de 118 mil km². No hay un exacerbado proceso de luchas campesinas por la tenencia de tierra; cuando el campesino es jornalero, la finca grande le provee de lo más elemental para subsistir; cuando es propietario, no importa que lo sea a nivel de minifundista, tiene la doble opción de ser jornalero a sueldo y campesino que siembra su parcela para nivelar su ingreso. Sigue siendo campesino pobre pero libre en el destino de su tiempo contratable. Vivir en el monte, como escondido, era para el campesino parte de su realidad antigua y razón para que su transformación cultural no fuese jamás completa.

La economía de exportación expande la frontera agrícola arrasando las dispersas rancherías que, como pueblos de familiares, ocupaban el vacío geográfico del Pacífico y del centro del país. Una parte importante de la población campesina de los años cincuenta se mueve hacia los pueblos secundarios que quedan como islas de servicios urbanos de la expansión agrícola moderna. Nicaragua confirma su tendencia a ser el país más urbanizado de Centroamérica desde mediados de los años sesenta, con tasas que van del 19% en 1950 al 42% en 1966 y 54% en 1979,¹⁵ pero es al mismo tiempo el país de Centroamérica que más amplía su frontera agrícola. De 2.4 millones de hectáreas en uso agrícola en 1950 pasa a 3.9 millones en 1979 y a 5.0 millones en 1975, con un aumento relativo del 109%. Comparativamente hablando, el porcentaje de aumento en el mismo periodo para Guatemala es del 11%, igual que el de El Salvador, y del 72% para Costa Rica.¹⁶ La ampliación de la frontera agrícola es consecuente con la expansión de la producción de productos agropecuarios de exportación y de con-

¹⁴ Bismarck G. Betanco Estrada, "Análisis demográfico de Nicaragua", tesis de maestría, Centro de Estudios Económicos y Demográficos, El Colegio de México, México, 1979, pp. 5 y 31.

¹⁵ Román Mayorga Quirós, *El crecimiento desigual en Centroamérica, 1950-2000*, México, El Colegio de México, 1983, p. 11.

¹⁶ *Ibid.*, p. 50.

sumo interno. Entre 1950 y 1976, la producción de alimentos creció 148% y la producción agropecuaria exportable creció el 337%,¹⁷ siendo los crecimientos más altos de la región.

La presión demográfica sobre la tierra es sensiblemente menor en Nicaragua que en el resto de los países del área, lo que significa una rápida utilización de la mano de obra asalariada de jóvenes campesinos en diferentes cosechas, en regiones distintas y en fechas distintas. Esta población se fue estableciendo básicamente en las comunidades rurales, a las que agrandó hasta convertirlas en comunidades urbanas por clasificación censal. Por otra parte la familia tradicional se afirmó en sus tierras de origen, dedicándose a la producción de alimentos para el consumo interno y en muchos casos para la exportación. Nicaragua pudo mantener un equilibrio adecuado entre economía de exportación y economía de consumo, conservando abiertas las oportunidades de empleo agrícola y al mismo tiempo la aplicación de técnicas modernas de producción. La disponibilidad de alimentos baratos facilitó el crecimiento de la población urbana sin presiones inflacionarias.

En contraste con las otras economías agrícolas centroamericanas, la nicaragüense se diversificó a mediados de los años cincuenta, abandonando orientaciones de monocultivo. Esto significó más ocupaciones alternativas y sucesivas para la mano de obra, lo que se reflejó en el ingreso medio agrícola por habitante. El ingreso familiar agrícola promedio de la familia campesina era en Nicaragua de 902 dólares en 1963, frente a 453 dólares en Guatemala, 581 dólares en El Salvador y 1 199 en Costa Rica.¹⁸ El ingreso medio agrícola por habitante de la población sin tierra y en fincas menores de 4 hectáreas del medio rural nicaragüense era de 101 dólares, similar al de Costa Rica, mientras el promedio de Centroamérica para el mismo estrato era de 49 dólares en 1970.¹⁹ Y más importante aún, las diferencias de ingreso entre los campesinos pertenecientes a estratos socioeconómicos distintos eran menores, pues del ingreso de 101 dólares se pasaba al de 254 dólares de un campesino propietario de más de 35 hectáreas, mientras en El Salvador la diferencia era de 33 a 2 111 dólares y en Costa Rica de 101 a 1 265 dólares.²⁰

Se trataba de un campesino pobre pero más igualitario y con menor predisposición a la confrontación violenta con el gobierno o los

¹⁷ *Ibid.*, p. 48.

¹⁸ CEPAL/FAO/OIT, *Tenencia de la tierra y desarrollo rural en Centroamérica*, San José, Costa Rica, Editorial Universitaria Centroamericana, 1973, cuadro 19, p. 72.

¹⁹ Mayorga Quirós, *op. cit.*, cuadro 18, p. 47.

²⁰ *Ibid.*

terratenientes. No era de sorprender que los guerrilleros sandinistas o los chamorristas encontraran rechazo campesino.

Una economía agroexportadora en crecimiento y una sustitución de importaciones en el ámbito urbano facilitaron un clima de tranquilidad en los años sesenta, a pesar de que en esos años se da una fuerte escalada ideológica en los centros estudiantiles como reflejo de la revolución cubana. Sin embargo, el crecimiento económico es notable y la integración social se fortalece en los niveles urbanos mediante programas de reparto de tierras para vivienda popular y de aumento en los servicios públicos. La clase media se amplía notablemente por la vía de la educación y una buena parte de ella se incorpora a los aparatos burocráticos y militares del Estado. Con el crecimiento económico la urbanización, tanto en la capital como en otras siete ciudades del país, planteó un acelerado flujo de demandas al Estado. Para aumentar su capacidad de respuesta el Estado diversificó sus agencias de servicios y favoreció el reclutamiento de nuevos profesionales. De cuatro agencias nacionales en 1950, incluida la Caja Nacional de Crédito Popular, se pasa a 18 agencias en 1965, en las que se incluyen el Banco Central, la Empresa Nacional de Luz y Fuerza, el Seguro Social, el Instituto de Fomento Nacional, Teléfonos y Correos y una variedad de agencias relacionadas con facilidades portuarias, sistemas de riego, promoción de alimentos industrializados, servicios de agua potable y alcantarillado, etc. Esta expansión en la capacidad de respuesta del Estado a las nuevas demandas generadas por la modernización, significó un crecimiento de empleos gubernamentales atractivos para los profesionales que salían de las universidades nacionales y extranjeras. El presupuesto del gobierno en 1950 equivalía al 4.8% del PNB y en 1966 al 19.2%.²¹ La distribución del gasto público refleja que en 1950 los rubros de educación, obras públicas y salud se llevaban el 26% del presupuesto nacional; en 1960 esos tres rubros absorbían el 37.5% y en 1966 absorbían el 56.3%.²² El gasto en educación es del 13.9% del gasto público total en 1960 y llega a ser del 17.7% al final del periodo del presidente Schick.²³

Las obras públicas absorben crecientes partidas del presupuesto nacional. En 1953 el país contaba con 970 km. de carreteras, en 1963 llega a 5 441 km. El transporte se adapta con rapidez al impulso de la construcción carretera. De 496 vehículos automotores para carga y pasajeros registrados en 1939, se pasa a 5 113 en 1953 y a 22 270 en

²¹ Fiallos Oyanguren, *op. cit.*, p. 83.

²² *Ibid.*, p. 84.

²³ *Ibid.*

1964.²⁴ En 1950 el tráfico aéreo era servido por dos líneas aéreas; en 1963, un total de 15 líneas aéreas dan servicio de carga y pasajeros. La integración física nacional se fortalece con las comunicaciones. En 1957 sólo Managua tenía teléfono automático; en 1966 un total de 11 ciudades estaban servidas con discado directo.²⁵ Managua servía de central de comunicaciones internacionales para el resto de Centroamérica.

La integración social es favorecida por una red de estaciones de radio que facilitan una red de información nacional. En 1950 había 8 estaciones de radio y ninguna de televisión; en 1964 había 50 estaciones de radio y 2 estaciones privadas de TV que mostraban la propaganda comercial y política de un país en movimiento.²⁶

Bajo el gobierno de Schick el ambiente político es de relativa calma, pero las guerrillas sandinistas continúan operando en la montaña. Sin embargo el sandinismo armado es constantemente desarticulado y sus líderes, cuando no mueren en combate, son enviados al exilio. La oposición conservadora se limita al cuestionamiento del régimen en sus medios de comunicación, pero sus miembros jóvenes comparten en la universidad la escalada ideológica promovida por los sandinistas.

Una extraña comunidad de intereses entre facciones extremistas de izquierda y derecha empieza a tener lugar en las universidades nacionales y en el exterior. Algunos jóvenes herederos de la vieja oligarquía granadina, desplazada por el somocismo en los años treinta, se juntaban en las escuelas y universidades privadas con jóvenes guerrilleros de izquierda. Esta comunidad no prospera en los años sesenta debido a la resistencia que oponen dentro del sandinismo algunos sectores que prefieren la guerra en las montañas, y también debido a la resistencia que en la derecha produce el bienestar y acomodo de los sectores empresariales. Pero la comunidad sigue ahí en la educación media privada y en la superior en el exilio, esperando una oportunidad para salir a flote. En Costa Rica, México, Venezuela y Cuba, los nicaragüenses conservan y alientan su antisomocismo.

La derrota militar sandinista entre 1961 y 1965 pone en evidencia la falta de apoyo obrero y campesino a su guerra de montaña, por lo que algunos líderes procuran en 1965 alianzas urbanas con el partido socialista y con Movilización Republicana, desprendimiento del mismo partido socialista destinado al trabajo de reclutamiento entre jóve-

²⁴ *Ibid.*, p. 59.

²⁵ *Ibid.*

²⁶ *Ibid.*, p. 64.

nes de clase media. Una alianza poco duradera, pues dos años más tarde, en 1967, habría de romperse.

Si en la oposición había cambios, en el gobierno también. El civilismo del régimen estaba provocando un cambio en las relaciones cívico-militares. Aunque estos cambios no eran publicitados se observó una seria divergencia en la élite política sobre el significado político de la Guardia Nacional. Encabezada por Anastasio Somoza Debayle, la Guardia Nacional empezó en la década de los sesenta a transformarse en el sentido de fortalecer su poder militar con tendencias claras de trasladar ese poder militar hacia la esfera política. La cuestión cubana impactaba las viejas relaciones cívico-militares. El presidente Schick, con respaldo de Luis Somoza, había disminuido la visibilidad política de la Guardia Nacional, pero a cambio había permitido que creciera en poder militar. Manejada por un militar de carrera como era Somoza, la Guardia empezó a ganar un equipamiento y entrenamiento más moderno. Si bien Luis Somoza y luego Schick tenían serias reservas sobre la capacidad y habilidad política de Anastasio Somoza, no podían impedir que éste le dedicase una atención a los aspectos de la eficiencia militar. Y aun cuando el presupuesto militar bajo los gobiernos de Luis Somoza y de René Schick creció menos que otros gastos públicos, Anastasio Somoza pudo mejorar cualitativamente el cuerpo armado. Entrenamiento militar norteamericano y donaciones diversas concedieron autonomía financiera a Somoza.

En la medida que se acercaba en 1967 el fin del gobierno del presidente Schick, la tensión política subía en todo el país. Las elecciones presidenciales de 1967 predecían un ambiente tenso. El gobierno de Schick había enseñado que era posible gobernar sin afectar los intereses de la familia Somoza. Pero el general Somoza pensó que era su turno en la presidencia. Luis Somoza y un importante círculo de políticos liberales tenían reservas sobre la conveniencia de la candidatura del general Somoza. Junto al enfrentamiento familiar aparecieron severas fisuras dentro de la clase política. Más candidato de la Guardia Nacional que del partido, Somoza consiguió que éste lo nominara candidato en la convención del 1° de agosto de 1966. Tres días más tarde el presidente Schick falleció cuando faltaban nueve meses para terminar su mandato. Los debates internos rebasaron el contexto familiar. Los guerrilleros sandinistas reaparecieron con fuerza en las montañas y la oposición conservadora reapareció en las calles de las ciudades.

La militarización del proceso político comenzó a darse en 1966. La oposición política buscó una candidatura capaz de enfrentar a Somoza. Múltiples alianzas de la izquierda y la derecha parecían mostrar una voluntad política más firme de oponerse electoralmente a Somoza.

Al tiempo que el partido socialista se oponía a la vía armada y rompía la breve alianza de dos años con los sandinistas, los conservadores reiteraban la candidatura de Fernando Agüero Rocha.²⁷ Somoza quería hacer descansar su candidatura en los éxitos económicos del régimen iniciado por su padre treinta años antes. Los opositores querían sostener su oposición sobre la fuerza política y social que los éxitos económicos provocaban en la sociedad.

Los conservadores se nacionalizan al confirmar el liderazgo fuera de la familia Chamorro; los liberales hacen lo suyo al rechazar, un importante grupo de ellos, la candidatura del general Somoza. Pero ambas fuerzas son aún nuevas e inconsistentes y tienden a reaccionar sólo en periodos electorales.

En 1966-1967 todas las alianzas en contra de Somoza fueron posibles pero ninguna de ellas se estabilizó. Los liberales se dividieron y surgió el Movimiento Liberal Constitucionalista, con hombres que habían estado cerca de Luis Somoza y de René Schick. Sumados a los liberales independientes y a los conservadores de Agüero y Chamorro, los constitucionalistas creyeron que era tiempo de una alianza nacional bajo el liderazgo de Fernando Agüero Rocha. Y éste, a su vez, confiando en la disidencia liberal-conservadora, consideró innecesaria la alianza con los socialistas, a pesar de que estos no respaldaban a los guerrilleros sandinistas y se presentaban por primera vez como un partido opositor al régimen. El general Somoza usaba una abierta retórica anticomunista y solía englobar en el mismo discurso a los sandinistas y al partido socialista. Éste era otro efecto de la cuestión ideológica producida por la revolución cubana en la política nicaragüense. La posibilidad de un bloque opositor sólido y unánime capaz de aislar las fuerzas guerrilleras sandinistas y también la candidatura del general Somoza, se esfumó rápidamente. Agüero se sintió fuerte y creyó que tenía la fuerza suficiente para dar un golpe callejero contra Somoza antes de las elecciones. El último día de la campaña electoral, el 22 de enero de 1967, Fernando Agüero y Pedro Joaquín Chamorro encabezaron una manifestación en la que participaban cientos de campesinos, quienes siguiendo sus instrucciones llegaron armados. Marchando hacia La Loma y pidiendo que la guardia se rebelara contra Somoza, Agüero y Chamorro creyeron que era su día. La guardia no aceptó la invitación de abandonar a su jefe y en cambio decidió enfrentar la manifestación en las calles adyacentes a la casa presidencial.

²⁷ Los sandinistas trataron, con acciones militares, de bloquear el exitoso liderazgo opositor de Fernando Agüero, y el Partido Socialista, incluyendo a Movilización Republicana, decidió sumarse a Agüero.

Mientras decenas de campesinos caían muertos o heridos, Agüero y Chamorro se refugiaron en un hotel donde fueron detenidos. Días más tarde las elecciones se realizaron y Anastasio Somoza hijo llegó a la presidencia. Pronto la oposición desapareció en medio de divisiones y pugnas entre sus líderes.

VI. LA TERCERA Y ÚLTIMA RONDA, 1967-1979

El país que en 1928 Cumberland había valorado en 90 millones de dólares, era ahora al final de la década de los sesenta bastante más caro.¹

La pequeña y pobre economía rural estaba cambiando hacia una economía agraria que abastecía el consumo interno, las exportaciones y el procesamiento industrial del agro.

Desde 1950 y hasta 1965 la economía creció a una tasa anual del 7%, correspondiendo al sector industrial (agroindustria básicamente) el crecimiento mayor con un promedio de 10% para el mismo periodo.

En el quinquenio anterior a 1966, cuando el general Somoza Debayle decide ir a las elecciones de 1967, el crecimiento de la economía

¹ En 1928 W. Cumberland fue contratado por el Departamento de Estado para evaluar las condiciones de desarrollo del país. En su interesante informe, Cumberland valuó el país en 90 millones de dólares aplicando los siguientes criterios:

a) tierra cultivada con sus mejoras	22 000 000
b) tierra con pastos	3 000 000
c) tierra sin cultivar, pública y privada	10 000 000
d) bosques y equipo de explotación	15 000 000
e) minas con su equipo	5 000 000
f) tierra urbana con sus construcciones	20 000 000
g) valor de cosechas y del ganado	25 000 000
h) ferrocarriles (construidos)	4 500 000
i) Banco Nacional	500 000
j) reservas monetarias	2 300 000
k) propiedades del gobierno (edificios, etc.)	1 050 000
Total	108 350 000
Menos la deuda del país	8 350 000
Menos las inversiones extranjeras existentes	10 000 000
Valor neto	90 000 000

W. W. Cumberland, *Nicaragua. Economic and financial Survey*, United States Government Printing Office, Washington, 1928, pp. 13-19.

había sido notable: 10.1%.² El comercio se había diversificado a niveles significativos, siendo Europa, Japón y Centroamérica los socios comerciales más importantes, mientras Estados Unidos, con tendencia a disminuir, significaba menos de un tercio de las importaciones y exportaciones del país.³

Las direcciones del comercio impactaron dramáticamente los hábitos de consumo especialmente en las clases medias y altas. La construcción urbana se desarrolló con gran celeridad, incluyendo la apertura de nuevos barrios populares ligados a las políticas de vivienda.

En buena parte, el desarrollo se debió a la organización privada de la producción, la comercialización, y a una política pública diseñada y aplicada por un sector público más moderno. Desde el Estado se diseñaban y ponían en práctica proyectos de desarrollo que luego eran transferidos, con garantía de rentabilidad, al sector privado.⁴ En una clara combinación de intereses, el sector privado y el sector público habían aprovechado bien las condiciones favorables de la agroindustria y del comercio dentro de Centroamérica. La tecnificación y modernización de la producción agrícola fueron el resultado de las investigaciones y los experimentos desarrollados por oficinas gubernamentales. El sector privado aportó voluntad de mejoramiento en la capacidad gerencial de proyectos de producción agroindustrial, mediante la creación de centros educativos superiores con apoyo internacional y del Estado. Los casos del Instituto Centroamericano de Administración de Empresas (Incae), Universidad Centroamericana (UCA) y Universidad Politécnica (Upoli) en el sector privado se complementaron con centros estatales de investigación y experimentación localizados en el Banco Central, Ministerio de Agricultura y de Educación, y de otras unidades sectoriales que daban información y proyectos adecuados a los intereses generales del desarrollo. Al final de la década de los sesenta el país era más fuerte y aspiraba a ser un país más justo, más participativo en cuanto a la relación sociedad-Estado. La discusión política se volvió más intensa, especialmente por parte de los sectores más modernizados del país. Después de haber probado un periodo de gobierno sin Somoza, que coincidió además con uno de gran crecimiento económico y movilidad social, esos sectores se descubrie-

² Departamento de Estudios Económicos, Banco Central de Nicaragua, *Indicadores Económicos*, julio de 1975.

³ *Ibid.*

⁴ El Instituto de Fomento Nacional (Infonac) diseñaba proyectos industriales, luego los ponía a funcionar y mostrando su rentabilidad los trasladaba al sector privado.

ron a sí mismos como electores o al menos como poseedores de un derecho político que les permitía opinar. El hecho mismo de que la escalada ideológica rebasaba la cuestión somocista para condenar al capitalismo, daba a los empresarios una urgencia de participación política. El conocimiento público de que Luis Somoza, el presidente Schick y un importante número de personalidades liberales se oponían a la candidatura del general Somoza acrecentó en esos sectores más modernizados el sentimiento de crítica. Por primera vez, desde el inicio del gobierno fuerte de 1937, la división en el seno de la familia política expresó los cambios sociales producidos por el crecimiento económico, por encima de una simple querrela de élites. La nueva élite agroindustrial, beneficiada por la política gubernamental, había logrado desplazar o recomponer a una buena parte de las élites tradicionales; el crecimiento de las actividades modernas aumentó las expectativas educacionales de grupos de clase media baja, elevando la matrícula de educación media y superior; el uso de maquinaria e implementos agrícolas mecánicos exigió que una parte de la mano de obra rural se especializara y que en las ciudades los obreros artesanales trasladaran sus habilidades a actividades más bien de tipo semindustrial o abiertamente industrial.

La centralización política preparó el camino seguro para la integración nacional y el inicio de una modernización agroindustrial del país, pero fue dejando cerradas las opciones para la modernización política. Mientras la economía crecía y se diversificaba, la centralización del poder en manos de un gobierno fuerte y familiar creaba descontento, pero éste no era suficiente para generar inestabilidad. En la medida que las fuerzas sociales emergentes se consolidaban y diferenciaban entre sí, iban apareciendo síntomas de descomposición ideológica en las demandas políticas. Y, con ciertas limitaciones, el gobierno respondió a ellas. La habilidad de Luis Somoza para descargar y evadir esas demandas, evitando la continuidad de su régimen al elegir a René Schick como presidente, alentó las posibilidades de un cambio presidencial sin grandes conflictos. Los nuevos grupos se sintieron promovidos en sus intereses políticos generales. Schick, hombre educado, de clase media y políticamente moderno, abrió las posibilidades de un cambio político entre los miembros de la élite gobernante, sin que la familia Somoza se sintiera afectada en su influencia. Respaldado por Luis Somoza y una parte sustancial de la élite somocista, Schick pudo afrontar con energía, pero con legitimidad, los conflictos sociales derivados del rápido crecimiento económico del país. A pesar de la influencia de la revolución cubana en la radicalización de las demandas, especialmente estudiantiles, que llevan al nacimiento y orga-

nización de grupos guerrilleros —que culminan con la formación del Frente Sandinista de Liberación Nacional—, la política gubernamental puede satisfacer las demandas más generales de los grupos sociales interesados en el desarrollo. El aparato estatal crece y absorbe a contingentes crecientes de jóvenes educados, al tiempo que alienta con recursos nacionales y externos la consolidación de grupos empresariales en el campo y la industria. Insertando la economía local en el marco de la integración centroamericana, el gobierno pudo expandir legítimamente las posibilidades de hacer negocios y proveer empleos. Procurando la incorporación de más población en la esfera económica productiva y sin aspiraciones declaradas de mayor igualdad social, la política gubernamental comprometió a la sociedad en las tareas de desarrollo. Pronto las actividades guerrilleras quedaron aisladas y sin bases sociales significativas. La élite política y la élite económica mostraron, en el relevo de Luis Somoza a René Schick y durante el gobierno de éste, superioridad, talento y oportunidad. No desaparecen las características autoritarias del régimen, pero éstas son compensadas con hábiles medidas públicas que alientan posibilidades de balancear con éxito las demandas de los nuevos grupos y los viejos intereses de la sociedad.

Sin embargo el anuncio de la candidatura de Anastasio Somoza en 1966 rompe la unidad de la élite somocista y frustra las expectativas de participación de los grupos organizados en la oposición leal al régimen.

El reto de la élite política, incluyendo la oposición leal, a la candidatura de Anastasio Somoza es impresionante.

La población participaba en mítines y reuniones políticas como nunca antes. El conservatismo se había despojado de su vestimenta familiar y se había convertido de un movimiento conservador de clases medias, bajo la dirección de Fernando Agüero Rocha. Preocupada, la élite liberal somocista buscaba orientación en Luis Somoza. No hubo forma de impedir la candidatura del general Somoza. El intento de insurrección guiado por los conservadores facilitó su triunfo electoral. En abril de 1967, un mes antes de la toma de posesión de su hermano Anastasio, Luis Somoza murió de una complicación cardíaca. Sin la presencia de su hermano Luis, Anastasio Somoza tiene manos libres para iniciar cambios importantes en la composición de su equipo de trabajo político, en la relación tradicional entre política y ejército y en las maneras de emplear el poder del Estado que estaban disponibles para los liderazgos del gobierno fuerte desde 1937. Con una menor receptividad entre la élite política el general Somoza buscó una mayor militarización de la política, en el sentido de usar una mentalidad más

bien militar en la formulación y ejecución de la política gubernamental. Somoza era el primer militar profesional de la familia.

La clase de instituciones representativas que las élites políticas y económicas opositoras deseaban frente al gobierno era modesta: un sistema administrativo y jurídico más uniforme, honesto y compartido por los leales, incluida la oposición. Era un pleito por cuotas burocrático-parlamentarias y por una asignación más responsable de los recursos estatales. La sucesión entre leales no era discutida con desafíos absolutos. Y la muestra que Luis Somoza había dado con Schick era suficiente. Si la experiencia era repetida en 1967, el desafío seguiría siendo limitado y hasta disminuiría.

Pero la sucesión en favor de Anastasio Somoza promovió una creciente polarización política dentro de la élite y creó una mentalidad de crisis entre sus integrantes.

Así, la noche del 18 de mayo de 1967, un importante sector de los principales líderes del somocismo abandonaron el partido liberal y se congregaron en una facción disidente bajo el nombre de Partido Liberal Constitucionalista. Los conservadores hicieron lo suyo en la oposición al separarse Pedro Joaquín Chamorro de la política de Agüero, para mostrar con ello una voluntad de reto personal que recordaba los viejos tiempos de las querellas familiares. Somoza en un lado y Chamorro en el otro reeditaron la vieja querella familiar. Sólo que el país había cambiado. Planteando un desafío revolucionario desde la montaña, la guerrilla sandinista revivió. El gobierno fuerte, nacionalmente unificado y favorecido en el paréntesis de Schick, se empezó a quebrar.

El embate guerrillero en regiones aisladas del norte del país acentuó la urgencia defensiva de Somoza y la Guardia, al tiempo que la oposición conservadora y la disidencia liberal dispusieron replegarse a campo más seguro. Visto el desafío guerrillero, el fracaso insurreccional conservador y la disposición militar de la Guardia Nacional de respaldar a Somoza, la oposición abandonó el reto a Somoza. Los militares del gobierno y los militares sandinistas quedaron, en su enfrentamiento, dueños de la situación.

Frente al reto opositor en sus más variadas formas —guerrilleras, insurrección callejera conservadora, resistencia de leales, propaganda adversa en la región centroamericana y dudas en los centros de mando de la política estadounidense— Somoza perdió la calma y, aunque logró recomponer a su favor la crisis en el liberalismo, convirtió en el propósito principal y como la realización más duradera de su gobierno el extender, vigorizar y abastecer más abiertamente el papel militar en la política. Complementariamente y como reacción a la resistencia de

algunos líderes prestigiados del liberalismo, forzó un recambio importante de cuadros en la alta burocracia, asimilando en la administración política central a profesionales sin tradición en el liberalismo partidario. Identificados como "mini-faldas", fueron escogidos de una lista de cien profesionales que ofrecieron públicamente respaldar a Somoza frente a los disidentes liberales que habían constituido el Partido Liberal Constitucionalista. Juntos, los nuevos tecnócratas y los nuevos militares plantearon una alternativa al civilismo de René Schick y aun al estilo civilista de sus antecesores familiares.

Iniciada la gestión presidencial el 1° de mayo de 1967, el equipo gubernamental mostró tres grupos: los políticos tradicionales, los independientes ligados a Luis Somoza y René Schick y los tecnócratas y minifaldas. En una combinación de alianzas no duraderas, independientes y técnicos pudieron inicialmente vigorizar la imagen hacedora del régimen con abundante retórica de planeación y evaluación de proyectos nacionales. Pronto, sin embargo, los grupos técnicos fueron cayendo en errores por falta de experiencia política, y el eje principal de alianzas dentro del régimen se desplazó hacia los independientes y los tradicionales. La aparición de la crisis económica provocada por la caída de los precios del algodón, café y azúcar en 1968, así como el decaimiento del comercio centroamericano luego de la guerra del *football* entre Honduras y El Salvador en 1968, fortalece sin embargo a los tecnócratas que aún quedan en el gobierno y que ofrecen a Somoza respuestas eficaces para enfrentar la crisis. La respuesta consiste en recurrir al financiamiento externo y a una política de austeridad en el gasto.⁵ Desconfiando de los políticos, el general Somoza gustaba más de los consejos de los militares y de sus familiares civiles incorporados a la burocracia. Menos sensible a las alianzas y a los riesgos, Somoza marcó una distancia con los socialistas y los socialcristianos. Al mismo tiempo se preocupó por la modernización de la burocracia. Los tecnócratas pudieron imponer límites a la actuación de los políticos dentro del gobierno. Luego de una tasa de crecimiento de 11.2% en el periodo 1960-1964, en el periodo 1965-1969 el crecimiento bajó a 7.2% anual.⁶

Se advertía una sensación de crisis política. El resurgimiento de

⁵ La deuda externa era en 1965 de 11.6 millones de dólares y para 1969 alcanza la cifra de 40.5 millones (SIECA, "Indicadores Económicos Centroamericanos", *Series estadísticas seleccionadas*, núms. 10 y 11, Guatemala, octubre de 1970, p. 15); a su vez, el presupuesto de egresos pasó de 87.2 millones de dólares en 1967 a 79.5 millones en 1968 y aunque se recuperó en 1969, su monto fue menor al de 1967 (SIECA, *ibid.*, p. 9).

⁶ SIECA, *ibid.*, núm. 15, Guatemala, diciembre de 1975, p. 94.

las guerrillas sandinistas ofrecía una oportunidad para que la Guardia Nacional mostrara su fuerza.

Sectores tradicionales del liberalismo influyeron, junto con el embajador Turner Shelton de Estados Unidos, para que Somoza buscara un entendimiento con la oposición conservadora. Sin entusiasmo, Somoza acepta jugar a la política tradicional. La división en el seno del conservatismo, provocada por la pugna de liderazgo entre Agüero y Chamorro, facilitó la oportunidad para iniciar pláticas de conciliación entre Somoza y Agüero.

Agüero Rocha, amparado en su carisma personal reta a Pedro Joaquín Chamorro por el liderazgo permanente del partido conservador y promueve lo que él llama nuevas formas de oposición a Somoza. Éste invita a Agüero a seguir las prácticas tradicionales del pacto político. El fracaso de la estrategia insurreccional de los conservadores, del cual Chamorro era uno de los principales autores, alentó en Agüero un cambio de estrategia orientado a presionar a Somoza desde dentro. Es así que Agüero se siente atraído por la idea de compartir el poder con Somoza y avanza en un lento proceso de negociaciones que culmina en noviembre de 1970, cuando se anuncia públicamente el estado de las conversaciones. El 28 de marzo de 1971 se firma el Pacto Agüero-Somoza.

Cuatro años de gobierno políticamente intensos, producen en la administración de Somoza un complejo juego de cambios en la manera de hacer política. En el pasado, los pactos promovían una continuidad ascendente del régimen. En este caso, si bien la economía continúa creciendo aunque más lentamente, la política tiende a experimentar una agitación constante. Hay más y diferentes actores políticos y sociales. El pacto con Agüero pone en evidencia esa diversidad de actores. Anastasio Somoza privilegia en el pacto a la fracción agüerista del conservatismo, la más fuerte en el inicio de las negociaciones, pero la más débil en el momento de concluirlo. Esto es clave para la interpretación del proceso político nicaragüense, pues luego permitirá entender cómo la fractura en las élites opositoras a Somoza facilita el ascenso de un tercerismo político hábilmente manipulado para producir el desenlace final de los acontecimientos en 1979.

El pacto con Agüero en 1971 y su consecuencia en la elección de Somoza en 1974, constituyen el eje central alrededor del cual gira la rápida descomposición del régimen político nicaragüense. La negociación para llegar al pacto es lenta y prolongada. Aparentemente el desgaste afecta más a Agüero Rocha, el líder opositor con más carisma que cualquier otro en el pasado. Pero en realidad desgasta más a Somoza, pues la oposición al pacto termina siendo más grande, más

fuerte y más diversificada que la oposición agüerista. Cuando la fracción agüerista está lista para hacerse cargo de los beneficios del pacto —40% de la bancada en el nuevo Congreso; un lugar en la junta de gobierno de 1972-1974, que deberá designarse para evitar la reelección de Somoza, y una representación burocrática (en calidad de minoría) en todos los ministerios y entes autónomos del Estado— uno supone que ha surgido el mejor de los mundos para la oposición. El problema es que, cuando esto sucede en 1972, Agüero ya no representa la oposición. Y en consecuencia, tales beneficios no resuelven el fondo de la crisis política. Teóricamente, semejante cuota podría satisfacer no sólo a la élite conservadora, sino también a un buen número de seguidores. Pero ni la élite ni los seguidores estaban ya en las filas del agüerismo cuando se concreta el pacto. Pedro Joaquín Chamorro, criticando el pacto se había convertido en líder de la oposición conservadora, al tiempo que otros líderes ajenos al conservatismo chamorrista preferían agruparse en nuevas organizaciones. El desgaste aisló a muchos beneficiarios potenciales del conservatismo que prefirieron, luego de una espera tan larga y penosa, sumarse a Pedro Joaquín Chamorro. Éste, desde el inicio de las negociaciones, se opuso a ellas. Usando el diario *La Prensa* Chamorro estigmatizó el pacto y a sus beneficiarios.

El pacto de los generales en 1950 releva la crisis del poder; el arreglo político que hace Luis Somoza en 1962 discontinúa la crisis de sucesión y fortalece las aspiraciones políticas de los políticos de élite; pero el pacto en 1971 refleja exactamente lo contrario: es una forma lenta de ganar tiempo para luego perderlo rápidamente. El pacto está hecho en una forma tan visible de garantizar a Somoza su retorno al poder en 1974, que pocos en la oposición están dispuestos en 1972 a respaldarlo. Si antes los pactos legitimaban, en esta ocasión el pacto no fue una buena salida para garantizar la continuidad del régimen. Chamorro desde su diario se hizo cargo de repetirlo hasta el cansancio. Y es que Agüero había pretendido asumir la función de oposición leal del régimen, tarea que siempre, y pese a la retórica, había sido una tarea de los Chamorro.

En agosto de 1971, el Congreso en cámaras unidas anuncia la reforma constitucional que incluye cambios en la ley electoral, la no reelección, la distribución de cargos públicos y la convocatoria para una nueva asamblea constituyente a elegirse en febrero de 1972, la que tendría como tarea principal designar una Junta de Gobierno que, por dos años, hará un intermedio para llamar a elecciones en 1974. La Junta estaría integrada por dos liberales y un conservador. Los liberales serían un militar retirado, el general Roberto Martínez, y un em-

presario, Alfonso Lovo Cordero; el conservador sería el mismo Fernando Agüero Rocha.

En la lentitud de las negociaciones Agüero es castigado por Somoza, que logra quitarlo de la dirigencia militante de la oposición, y por Chamorro, que logra estigmatizar su función colaboracionista. En tal escenario, la fuerza está ahora en manos de Pedro Joaquín Chamorro con su diario-partido y en grupos variados que, si bien carecen de liderazgos notables, cuentan con capacidades de movilización y de información por medio de *La Prensa*.

El cálculo de Somoza era que en el tiempo intermedio de la Junta de Gobierno cambiase la situación en una dirección favorable, como pasó con su hermano Luis cuando entrega el poder a René Schick en 1963. El hecho es que todo se modifica dramáticamente la noche del 23 de diciembre de 1972. El terremoto de Nicaragua sacude y destruye la ciudad pero también genera una sensación de inseguridad en el gobierno. La Junta de Gobierno apenas está tomando las riendas del país cuando se presenta un desastre de tal magnitud que pone en riesgo la seguridad del Estado. Las guerrillas sandinistas, aun cuando se encuentran arrinconadas en su guerra de montaña, constituyen para Somoza un adversario de cuidarse. Pensando en la seguridad del régimen, Somoza reacciona con rapidez y, en una mezcla de necesidades propiamente de control político-militar y de evidentes conveniencias de poder personal, crea bajo su conducción un Comité Nacional de Emergencia que, sin afectar la condición del poder formal de la Junta Nacional de Gobierno, asume decisiones y tareas de la reconstrucción. La Junta de Gobierno está presente en las reuniones del Comité Nacional, pero la influencia decisiva corresponde a Somoza.

En el golpe de oportunidad, Agüero trata de mejorar su imagen y se niega a refrendar los decretos que la Junta emite para darle forma y funciones legales al Comité Nacional de Emergencia. Pero su acción no provoca crisis. Es rápidamente sustituido por la dirigencia de su partido, dándole la membresía en la Junta Nacional de Gobierno a Edmundo Paguagua, quien en ese momento es vicepresidente del partido conservador.

El terremoto descubre a Nicaragua y, con ello, Somoza se vuelve vulnerable ante la opinión pública internacional. Si no tenía más alternativa que actuar como lo hizo, lo que hizo fue evaluado a la luz pública como sus enemigos querían. Descubierto el país quedó descubierto el juego político interno. Decenas de periodistas internacionales convirtieron a Nicaragua en fuente de prestigios personales. El escándalo y la noticia iban alimentándose mutuamente, al punto que no se sabía exactamente dónde estaba la verdad. En tal ambiente, *La Prensa*

de Pedro Joaquín Chamorro se volvía fuente y dirección de la crítica al régimen.

Probablemente no ha habido un momento tan rentable y afortunado para los empresarios urbanos como el de la reconstrucción (1973-1974), ni momento tan afortunado para las organizaciones políticas y gremiales opositoras, que vieron sus demandas convertidas en noticias internacionales.

Toda la obra realizada en la reconstrucción y estabilización del país en 1973-1974, que es bastante más compleja de lo que quiso verla la opinión pública, quedó sujeta a un escrutinio internacional fundamentalmente negativo. La decisión de Somoza de confirmar que iría a las elecciones en 1974 como candidato a la presidencia terminó de justificar la campaña política opositora. Toda la publicidad negativa sobre las gestiones de reconstrucción y sobre las reiteradas acusaciones de competencia desleal de parte de la iniciativa privada y de corrupción oficial, fue sólo una buena cobertura para centrar la crítica por el continuismo ya anunciado con el pacto de 1971.

El terremoto dislocó la vida social de la capital y abrió espacio a nuevas pautas de comportamiento urbano, especialmente porque una parte de la población se trasladó temporalmente a las ciudades vecinas. En contraste, la abundancia de trabajo de 1973 y 1974 atrajo mano de obra del interior, haciendo crecer desordenadamente los barrios populares de la capital.

El anuncio sobre la llegada de cuantiosa ayuda internacional despertó expectativas en todo el país. La idea de reconstruir una ciudad se volvió una idea de construcción de un país entero.

Los planes para medir déficits de vivienda, establecimientos educativos y servicios públicos, fijaron prioridades urgentes en la periferia de la ciudad, en donde fueron asentados los proyectos más importantes. El sector popular del oriente y occidente de la ciudad (barrios orientales y occidentales) se fortaleció con las inversiones públicas en servicios. Las clases medias se replegaron hacia las tierras altas de las sierras de Managua, mediando en el anillo urbano y mostrando consigo los nuevos centros comerciales. La división social de la capital quedó al desnudo. El entretejido urbano de la vieja ciudad quedó destruido, dando lugar a una nueva configuración espacial de los grupos sociales.

Antes del terremoto los grupos organizados venían consolidando su capacidad de presión sobre el gobierno. Ahora, con una demanda extraordinaria de mano de obra por parte del gobierno y la empresa privada, y una sensación de abundancia de recursos, esos grupos podrían activar la presión por la vía de contrademandas en salarios y

prestaciones. Las huelgas obreras se multiplicaron en Managua durante 1973, 1974 y 1975.⁷ A su vez, los empresarios y los importadores se acomodaban a las presiones salariales de los trabajadores y trasladaban sus presiones al gobierno, principal fuente de financiación de las obras de reconstrucción.

Urgido por ganar credibilidad y demostrar eficacia y rapidez en los proyectos de reconstrucción, el gobierno cedió frente a las múltiples presiones.⁸ Los trabajadores de la construcción obtuvieron alzas del 30% en sus salarios y los precios de los contratos de obra se dispararon hacia el alza.

Un nuevo fenómeno, el de la inflación, apareció en la economía nicaragüense, luego de que en dos décadas no había rebasado el 3% anual.⁹ El importante volumen de recursos disponibles¹⁰ facilitó el camino para dar alzas en todos los productos y también prácticas generalizadas de corrupción pública y privada.

En un ambiente lleno de tensiones, agudizadas por las informaciones de la prensa internacional, hábilmente reproducidas y utilizadas en los medios locales, los grupos opositores ganaron lo que Somoza no había ganado: credibilidad.

Para afianzar la lucha opositora era preciso que los grupos organizados obtuvieran respaldo de los sectores más allegados al gobierno: empresarios, burocracia y ejército.

Los empresarios se manifestaron en los inicios de 1974 con cierta timidez a favor del gobierno, aunque usaron el tema político de las elecciones de 1974 para deslindar su compromiso con Somoza. Pensaron que podrían influir en la alta burocracia del gobierno y del partido, en una dirección que favoreciera a un candidato diferente. Pero

⁷ Los sindicatos allegados a las actividades comerciales y de servicios estallaron huelgas importantes, sumando un paro que incluyó 30 mil trabajadores, desde el ramo de construcción hasta el de los trabajadores hospitalarios. Véase Gutiérrez Mayorga, *op. cit.*, pp. 238-239.

⁸ Urgido de legitimidad, el gobierno aceptó las presiones de los empleadores y de los empleados, dando paso a una inflación nunca vista en el país.

⁹ Los precios aumentaron 17% en 1973 y 1974, cuando el aumento promedio anual en el periodo 1965-1972 fue de 3.3%

¹⁰ Como resultado de las necesidades creadas por el terremoto, la inversión directa del gobierno se triplicó en el periodo 1972-1975 al tiempo que el gobierno tomó medidas en el campo crediticio para favorecer al sector privado. Véase Consejo Interamericano Económico y Social, Organización de Estados Americanos, "Situación, principales problemas y perspectivas del desarrollo integral de Nicaragua", Secretaría General de la OEA, Washington, D.C., 23 de diciembre de 1975, p. 3.

Somoza estaba decidido a ir a las elecciones de 1974 y tomó las reservas políticas empresariales como un reto que podría afrontar con una economía en crecimiento.

Por su parte la burocracia, en todos sus niveles, estaba viviendo con la reconstrucción una etapa de verdadero compromiso y lealtad con Somoza. Si bien guardaba reservas sobre la conveniencia de que él fuese el candidato, no estaba disponible para deslealtades. La abundancia de tareas y recursos había vuelto a toda la burocracia un grupo visible y en cierta medida más fuerte y autónomo que en el pasado. La reconstrucción había aumentado la cuota de poder de la alta burocracia. Había entonces un incremento en la competencia de altos funcionarios, pero escasa disposición para juegos fuera del poder o en contra del poder. En el mismo sentido, los miembros importantes de la Guardia Nacional tenían su atención puesta en los próximos ascensos y distribución de posiciones, normalmente apoyados en cada nueva administración presidencial. Además, un militar de carrera les garantizaba en la presidencia un respaldo total. Muchos de los jóvenes militares egresados de la academia militar se habían profesionalizado en universidades extranjeras en la década de los sesenta. El incremento de empleos y ganancias minimizó el escándalo político de la sucesión. Manteniendo el respaldo de un adversario electoral del partido conservador, Somoza ganó las elecciones. Inaugura su gobierno el 1° de diciembre de 1974, que sería ahora de seis años.

La oposición, irritada, anunció que se agruparía para contestar al nuevo gobierno. El 15 de diciembre del mismo año, bajo un liderazgo formal de Pedro Joaquín Chamorro, pero expresando una diversidad de grupos con intereses no siempre coincidentes, se crea la Unión Democrática de Liberación (Udel). Cargada de antipactismo y de una abundante información sobre corrupción oficial y violaciones a los derechos humanos, la oposición liderada por Chamorro se lanzó a ganar la hegemonía opositora frente a Somoza y frente a los sandinistas.

Removida la idea del pactismo, evidenciada la continuidad del poder de Somoza y aislada la tendencia guerrillera de los sandinistas, la oposición intentaba nuevamente el camino de la unidad, frustrada en 1967 con el pacto de Agüero.

Diciembre sería un mal mes para Somoza. Apenas unos días después de la creación de la Udel los sandinistas reaparecen, sólo que esta vez no lo hacen en la montaña, como en 1967, sino en la capital y en la casa de un alto funcionario del gobierno, de la cual acaba de partir unos minutos antes el embajador de Estados Unidos. El 27 de diciembre de 1974, un comando sandinista se antepone a la Udel y busca tomar la iniciativa para derrocar política y militarmente al régimen.

Como sería posteriormente conocido, en el comando participaban influyentes miembros de las familias conservadoras.

Si el pacto con Agüero ocupó la atención de Somoza en su primer periodo presidencial (1967-1972) y el terremoto su jefatura del Comité Nacional de Emergencia (1972-1974), la cuestión sandinista ocuparía desde 1974 todo su gobierno hasta 1979.

Desde el 27 de diciembre de 1974 hasta el 19 de julio de 1979, el país entero vivió en la incertidumbre.

En 1975, mientras se ponían en práctica planes de contrainsurgencia y se suspendían todas las garantías constitucionales, el ministro de Hacienda informaba a los ministros y directores de agencias gubernamentales de inversión y gasto público que había necesidad de reducir drásticamente los presupuestos. La intensa corriente de recursos externos había disminuido de manera significativa. Muchos proyectos empezaron a detenerse en los primeros meses de 1975.

El crecimiento agresivo de 1973 y 1974 llegaba a su fin. Pero los grupos e intereses quedaban ahí como una realidad económica y financiera que pronto se desdoblaría como una fuerza política de alta presión.

Empresarios comprometidos con la más diversa actividad económica del país empezaron a preocuparse por la situación política. Si bien la repentina suspensión de fondos externos afectaba especialmente al ramo de la construcción y a los importadores relacionados con éste, era claro que el fin del crecimiento agresivo de las inversiones públicas de los dos años anteriores involucraba a muchos ramos de la producción. Junto al reto militar del sandinismo aparece el reto político de los empresarios. La suspensión de fondos externos en 1975 reduce drásticamente la capacidad de inversión del Estado, fuente principal del consenso entre el gobierno y los empresarios e importadores ligados a las obras de reconstrucción. Adicionalmente, en el mismo año de 1975 se da una brusca caída en los precios de los principales productos agrícolas de exportación, al tiempo que subían los precios de las importaciones. Somoza trata de enfrentar la situación con una amplia ofensiva militar antisandinista en el campo y las ciudades, al tiempo que dicta una reforma fiscal que irrita al sector empresarial pues convierte el impuesto de emergencia en permanente. De moderadores en la crisis política que provoca el ascenso de Somoza a la presidencia, los empresarios pasan a impugnadores de su poder. Durante 1973 y 1974 el gobierno había creado un impuesto de emergencia. En los últimos meses de 1974, Somoza vuelve permanente el impuesto de emergencia mediante una reforma fiscal.

La reconstrucción de Managua había dislocado la distribución nacional de las inversiones públicas. Y aunque el gobierno había aprove-

chado la existencia de fondos para realizar inversiones en ciudades cercanas a Managua, era ésta la que absorbía el grueso de los recursos.¹¹ En el plan de gobierno 1975-1981 Managua seguía acaparando el 46% de la inversión en servicios de agua potable y alcantarillado, el 40% en educación, el 52% en salud y el 89% en vivienda.¹² Los barrios populares de la ciudad no habían sido dañados por el terremoto, pero fueron los principales beneficiarios de los proyectos de vivienda y servicios. Sin centro urbano, los barrios pasaron de periféricos y dispersos a ocupar un carácter central en la vida de la ciudad. La falta de recursos en 1975 paralizó las obras: empresarios, obreros y profesionales vieron disminuidos sus ingresos. Paralelamente, muchas oficinas gubernamentales dedicadas a la reconstrucción dejaron sin empleo a cientos de técnicos y profesionales. Una honda sensación de crisis sacudió a los más diversos sectores de la sociedad nicaragüense. El golpe decembrino de los sandinistas era comentado en todas partes, quitando espacio y lucidez a la creación de la Udel. Además se rumoraba que en las filas de los sandinistas militaban hijos de las familias conservadoras afiliadas a la Udel y que rechazaban el liderazgo de Chamorro.

Las investigaciones realizadas por el gobierno en 1975 y 1976 bajo la suspensión de garantías, revelaron que las acciones sandinistas contaban con la participación de influyentes familias conservadoras, y que algunos miembros de esas familias estaban involucrados directamente en las acciones sandinistas. A los nombres de los guerrilleros sandinistas públicamente conocidos en la década de los sesenta se suman los apellidos de conocidas familias de Granada: Lacayo, Chamorro, Cuadras y sus combinaciones. Jóvenes de clase media baja, que constituyen el núcleo central del mando guerrillero, aparecen acompañados de jóvenes estudiantes pertenecientes a las viejas familias conservadoras.

La actitud gubernamental, contraria a absorber en las primeras filas burocráticas a los hijos de la vieja guardia conservadora, los terminó de excluir de la política. Esto volvió atractiva para los conservadores una política de acercamiento con los guerrilleros sandinistas. Una extraña mezcla de ideología radical de izquierda con resentimientos históricos de familias oligárquicas, excluidas del poder político

¹¹ En 1975 el gobierno podía bien decir que la situación de la capital era, en cuanto a recuperación de los servicios, igual o mejor que antes del terremoto. La recuperación era de 100% o mayor en los sectores de educación, agua potable, alcantarillado, electricidad, teléfono y vías de transporte y alrededor del 65% en el sector de salud. *Ibid.*, p. 4.

¹² *Ibid.*, p. 136.

desde los años treinta, volvió explosiva y complicada la tarea de represión y control gubernamental. Los sandinistas encuentran en sus nuevos allegados de origen aristocrático un camino seguro para buscar respaldo en círculos de la Iglesia católica, la empresa privada, la prensa internacional y grupos liberales norteamericanos. Ofrecen a cambio un discurso revolucionario en el que el proyecto socialista queda diluido en una retórica antisomocista y antimperialista. Es en la Iglesia y la universidad donde se proyectan las demandas de solidaridad social y cambio de política.

La universidad, como antes la educación media, había tenido siempre un papel contestatario. Pero con el crecimiento económico y la movilidad social que éste trae, la universidad se llena de significación política: sus asociaciones de estudiantes y de maestros hacen el papel de partidos políticos pero, controlados por representantes sandinistas, hacen correr un discurso antipartidista. Desde la universidad y hacia la población se desparrama un discurso sandinista antipartido, con un lenguaje más bien militar: vanguardia, retaguardia, comando, ofensiva, frente, sabotaje, estrategia, alianzas, tácticas, etc. El explosivo crecimiento de la matrícula universitaria, que pasa de 8 mil estudiantes en 1972 a 28 mil en 1979, junto a un fenómeno similar en educación media, que pasa de 62 mil estudiantes en 1973 a 82 mil en 1975, hace del sector estudiantil un campo fértil de agitación política. Somoza creyó que podría satisfacer las demandas estudiantiles por la vía de más presupuesto para la educación superior, al punto que en su programa de gobierno 1975-1981 destinó más presupuesto para la Universidad Nacional que para toda la educación media del país. Un informe de la OEA señaló al gobierno nicaragüense que, en la comparación de gastos con la pirámide de la matrícula, "parecen excesivos los gastos para educación superior".¹³ Pero Somoza estaba tratando de tapar con dinero el enorme hueco de resistencia política estudiantil a su gobierno. Sólo que con ello alimentaba más bien a los grupos de activistas en su contra. El sandinismo controla el Frente Estudiantil Revolucionario (FER), el FER-Marxista-Leninista, la Juventud Revolucionaria Sandinista Nicaragua, la Juventud Revolucionaria Sandinista, la Juventud Sandinista Nicaragüense, el Centro Estudiantil de la Universidad Privada, el Centro Universitario de la Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua, el Movimiento Estudiantil de Secundaria, la Asociación de Estudiantes de Secundaria y la Federación de Movimientos Juveniles de Managua. Todas estas organizaciones están encargadas de crear conflictos estudiantiles y luego declarar huelgas que

¹³ *Ibid.*, p. 86.

le permitan ir a la calle en un plan de promoción insurreccional. Pero ahora, junto a los jóvenes de origen popular aparecen los jóvenes conservadores de las escuelas religiosas privadas.

Los estudiantes hacen el papel de antipartidos, de organizaciones de masas y de promotores insurreccionales. Los estudiantes ganan atención pública en la medida que la sociedad en general tiene un importante segmento suyo en el sistema educativo. En ciudades tan pequeñas como las nicaragüenses, la persecución policiaca de estudiantes acarrea conmoción y rechazo general. Los estudiantes logran llevar al ejército a las calles de la ciudad. Y ahí, frente a la población, el ejército y la policía ganan descrédito y repudio. *La Prensa* y los noticieros radiales de oposición, pese a la censura, se encargan de difundir el ambiente de tensión. Los estudiantes se mueven en los nuevos anillos periféricos de la ciudad, teniendo como escenario los barrios populares y como refugio las iglesias. Con los mítines callejeros de los estudiantes, la tensión en contra del gobierno se escapa de los partidos políticos y de los sindicatos. Es ganar la calle, los barrios y el respaldo de la Iglesia, la tarea principal de los sandinistas.

Para Somoza y su gobierno la tarea principal es obtener recursos que le permitan mantener separadas las demandas de empresarios y sindicatos de las demandas radicales de los estudiantes movilizados por los sandinistas. Sólo que el aumento de recursos lo hace descansar en una reforma fiscal que lo enfrenta al sector privado justo en los momentos en que la actividad económica ha decaído. Durante 1975 y 1976, amparado en la suspensión de garantías y la censura a los medios, Somoza trata de liquidar rápidamente a las guerrillas sandinistas que operan en las zonas rurales, sin poder evitar que se filtren en las ciudades las noticias sobre los daños a la población campesina. En esos mismos años, el tema de los derechos humanos tiene en el exterior un ambiente favorable a la condena de regímenes dictatoriales. El gobierno de Somoza es, en su campaña contrainsurgente, un blanco fácil para los grupos liberales norteamericanos que fomentan la defensa de los derechos humanos. El gobierno mismo de Estados Unidos, con James Carter a la cabeza, se alinea desde 1977 en la promoción de la defensa de los derechos humanos. Los sandinistas y la oposición hacen suya la bandera de los derechos humanos para atacar a Somoza. En ello es funcional el apoyo de la Iglesia católica.

El ambiente de malas relaciones de Somoza con los empresarios y con la clase media ligada a éstos, es favorable para que los sandinistas libren su guerra principal en la construcción de una alianza urbana antisomocista. Mientras algunas de sus unidades guerrilleras operaban en la montaña, otras organizaban redes de apoyo urbano. La cobertu-

ra necesaria para esas acciones fue proporcionada por familias conservadoras ligadas al sector empresarial y por algunos sacerdotes de la Iglesia.

La Iglesia católica había mantenido un *modus vivendi* con el gobierno. A partir de 1969 las relaciones empiezan a deteriorarse, luego de que se celebra el Primer Encuentro Pastoral donde se abre un debate sobre el papel de la Iglesia en la lucha contra la injusticia social. La formación de comunidades cristianas en los barrios populares de Managua sirve de escenario para los militantes urbanos del frente sandinista. "Los locales de las iglesias se prestan para reuniones clandestinas, sus recursos materiales se vuelcan hacia el apoyo de acciones de protesta o de resistencia y se motiva con lecturas bíblicas la manifestación callejera".¹⁴ En las zonas rurales, los cursos para comunidades eclesiales de base y para delegados de la palabra llevaban por título: "¿Qué es la política?", "¿De dónde viene el poder para mandar?", "El compromiso político", "¿De dónde vienen las injusticias?", "¿Será necesario soportar las injusticias?".¹⁵ Estos cursillos eran publicados y distribuidos por las comunidades dirigidas por curas de la orden de los capuchinos. Los jesuitas, a su vez, hacían su labor por medio del Centro de Educación y Promoción Agraria (CEPA) dando cursos de formación a líderes campesinos.¹⁶

En 1976 la Iglesia entra de lleno a la denuncia deslegitimadora del gobierno, y aunque el arzobispo de Managua, Miguel Obando y Bravo, trata de deslindar la acción social de la Iglesia de la acción guerrillera sandinista, es evidente que algunos curas tienen éxito en difundir la imagen del compromiso con la insurrección.¹⁷

Así, universidades e iglesias católicas y protestantes se convierten en centros de operaciones para el desarrollo del sandinismo en las ciudades. Con bastante rapidez proliferan discusiones, seminarios y reuniones de trabajo en las que se propaga una lectura sandinista de la crisis política. El concepto de oposición a Somoza es sustituido por el de movimiento popular de liberación. Somoza busca reforzar aún más sus políticas de militarización. La presencia discreta de la Guardia Nacional es sustituida por una presencia visible. Batallones especializa-

¹⁴ Andrés Opazo B., "El movimiento religioso popular en Centroamérica, 1970-1983", en Daniel Camacho y Rafael Menjivar, *Movimientos populares en Centroamérica*, op. cit., p. 189.

¹⁵ *Ibid.*; también véase a Luis Samandú y Rund Jansen, "Nicaragua: dictadura somocista, movimiento popular e Iglesia, 1968-1979", en *Estudios sociales centroamericanos*, San José, Costa Rica, núm. 33, enero-abril, p. 205.

¹⁶ Andrés Opazo, op. cit., pp. 188-190.

¹⁷ *Ibid.*, pp. 190-191.

dos en lucha antiterrorista y unidades de la nueva escuela de infantería (EEBI) bajo la dirección de Anastasio Somoza Portocarrero, hijo del presidente, expresaron frente a la población una nueva dimensión militar. El "guardita" fue sustituido por el soldado que bien pertrechado recorría las calles en vehículos especiales. La Guardia Nacional empezaba a perder su papel más bien tradicional de amenaza de fuerza adoptando una visible participación pública en contra de las actividades de oposición.¹⁸

A partir de 1976 y a pesar de la recuperación económica, la crisis política continúa agravándose. El crecimiento del PIB había sido en 1974 del orden del 12.7%. En 1975, debido a la suspensión de fondos externos que obligó al gobierno a suspender obras, cayó a 2.2%.¹⁹ Los grupos de empresarios, funcionarios y líderes sindicales, ligados al crecimiento dramático de 1973-1974, resintieron la caída en 1975 y pronto asociaron la situación con el arribo de Somoza al poder. Aunque en 1976 y 1977 la economía tendió a recuperarse, alcanzando una tasa de crecimiento del 5% y del 6.3% respectivamente, ya la relación política de la economía estaba dañada. Los esfuerzos gubernamentales se dirigieron a la defensa militar de sus intereses y los esfuerzos empresariales a fugar capitales y acercarse al movimiento de las fuerzas insurreccionales.²⁰ Por donde le busque, Somoza encuentra dificultades para estabilizar la situación política; sus aliados fuera del ejército y la burocracia ya no son confiables. La Iglesia y los empresarios habían percibido que la situación personal de Somoza estaba llena de dificultades, pues carecía de capacidad y de estilo para dirimir los conflictos del poder.

La Conferencia Episcopal, en ocasión de la cuaresma de 1972, había escrito una carta en la que ya los obispos decían: "Si examinamos nuestra realidad y el proceso histórico de nuestra patria, tenemos que admitir que sus estructuras políticas no responden a los reclamos de nuestro tiempo".²¹

En 1974 los empresarios ponen distancia entre sus intereses y los

¹⁸ La creación de la EEBI bajo la dirección del capitán Anastasio Somoza Portocarrero, hijo del presidente, significó un problema para el presidente pues afectó las relaciones internas de la Guardia Nacional. Proveída de recursos y equipo militar moderno, la EEBI se constituyó en la fuerza real de la Guardia Nacional, minimizando a los oficiales y tropa de la vieja Guardia.

¹⁹ CEPAL, *Estudios Económicos de América Latina, 1979*, Santiago de Chile, 1980, p. 372.

²⁰ *Ibid.*

²¹ Citado por Roberto Cardenal Chamorro, "Situación de la Iglesia", en *1984 Nicaragua*, Libro Libre, San José, Costa Rica, 1985, p. 101.

de Somoza por el motivo de la sucesión presidencial.²² Y en 1975 le acusan de hacerles una competencia desleal. Usan sus asociaciones civiles para quejarse del gobierno y no pierden ocasión para criticar sus políticas.

Somoza se enfermó del corazón en julio de 1977. Sus allegados empezaron a creer que era tiempo de prepararse para el retiro. Algunos que se excedieron en los preparativos fueron rápidamente enfrentados y cayeron en desgracia. El caso más notorio fue el de Cornelio Hueck, presidente del Congreso y prominente líder político de Masaya. Pero también en distintos sectores empresariales y políticos había la misma tentación de sugerir un rápido recambio de conducción del país. Líderes empresariales comentaban en privado que el momento era propicio para un relevo dentro del somocismo. Sin embargo, el nivel de enfrentamientos militares hacía difícil que la Guardia Nacional y los políticos cercanos a Somoza apoyaran un recambio.

La política opositora se había desplazado hacia una alianza pluralista que trataba de escaparse de las políticas partidarias que fomentaban el pactismo. Dicha alianza se concretaba en la Udel, liderada por Pedro Joaquín Chamorro, que planteaba una alternativa reformista frente al somocismo y frente al sandinismo. Los sandinistas temen a esa alianza y la califican constantemente como "somocismo sin Somoza", pero a través de lazos familiares fueron acercándose a ella.

La Udel había ganado respaldo político en círculos internacionales. La política del gobierno del presidente James Carter hacia Nicaragua dejaba entrever su disposición de abandonar a Somoza, pero carecía de una estrategia clara respecto a su relevo. La suspensión de ayuda militar a Nicaragua, el 20 de mayo de 1977, de parte del Comité de Asignaciones Presupuestales, es revocada por la Cámara en pleno un mes después (23 de junio) con el fin de forzar a Somoza a un diálogo con la oposición cívica. Pero las señales que envía el gobierno de Estados Unidos son erráticas y contradictorias. Por un lado, la oposición cívica interpreta que el condicionamiento estadounidense a Somoza le permite convertirse en alternativa mediante un diálogo que englobe a fuerzas reformistas; por su parte, el sandinismo interpreta la política estadounidense como una señal que le permite convertirse en alternativa si engloba en sus propuestas a sectores de la oposición cívica.

²² Jaime Morales Carazo, *Mejor que Somoza cualquier cosa*, CECSA, México, 1986, pp. 138-139 y 141-142. En este libro hay interesantes comentarios sobre las relaciones de los empresarios y el gobierno en los años difíciles de 1977 a 1979. El autor es uno de los empresarios más conocidos del país. Mantuvo por muchos años una columna periodística, "El Correo Económico", en el diario *La Prensa* de Managua.

ca. Esto los lleva a ofrecerse como una alternativa ante los gobiernos latinoamericanos, europeos y círculos liberales de Estados Unidos. Y de esa manera se acercan también a la Udel.

Las dos fuerzas, Udel y sandinismo, compiten por el respaldo internacional para un diálogo nacional que termine con Somoza. La Udel se acerca en su retórica antisomocista al discurso sandinista y éste se acerca, por medio de sus voceros cívicos del grupo de Los Doce, a la retórica de la Udel.

Somoza rechaza la propuesta de un diálogo nacional con la oposición, pero luego rectifica y señala que podría iniciarlo en los primeros meses de 1978, luego de las elecciones municipales de febrero. La oposición cívica promueve el diálogo y se ubica bajo el llamado que hace el presidente de la Conferencia Episcopal de Centroamérica, arzobispo Miguel Obando y Bravo, para encontrar una salida "civilizada" a la crisis nacional.

Los sandinistas se ven obligados a reaccionar frente a la ofensiva de la oposición cívica, y lo hacen desde cada una de sus tendencias de modo diferente. La tendencia proletaria, dirigida por Jaime Wheelock, y la tendencia guerra popular prolongada, dirigida por Tomás Borge, "coinciden en cuestionar lo que consideran como un entendimiento con la burguesía",²³ mientras la tendencia tercerista o insurreccional, dirigida por los hermanos Ortega, aun cuando niega la forma del diálogo, manifiesta su disposición de participar haciéndose representar por medio del grupo de Los Doce. Sin embargo, dice, "mientras Somoza permanezca en el poder, nuestra lucha continuará sin cuartel y nuestros planes militares seguirán desarrollándose como están programados".²⁴

La Udel y los sandinistas publicaban sus declaraciones y manifiestos en el diario *La Prensa* y por medio de las numerosas estaciones de radio opositoras. El país entero vivía la lucha entre las facciones políticas y militares por controlar a su favor la salida de Somoza.

Pedro Joaquín Chamorro había visto fortalecer su liderazgo y, en aras de ganarle espacio al sandinismo, había adoptado una posición de abierto enfrentamiento con el régimen.

Los sandinistas veían en el diálogo bajo liderazgo de Chamorro una trampa y tratan de retomar la iniciativa mediante acciones militares en octubre de 1977. Es visible que el objetivo es forzar a Somoza a responder militarmente y posponer las pláticas con la oposición. Un

²³ Lucrecia Lozano, *De Sandino al triunfo de la revolución*, México, Siglo XXI, p. 124.

²⁴ *Ibid.*, p. 125.

acuerdo entre Somoza y la oposición sería fatal para el sandinismo. El 10 de enero de 1978 es asesinado Pedro Joaquín Chamorro. Y aunque el asesinato arroja impresionantes movilizaciones populares, es evidente que la oposición cívica ha perdido una importante batalla por el liderazgo frente a los sandinistas. No por el liderazgo personal de Chamorro, sino porque su muerte unifica el discurso antisomocista desde una perspectiva de violencia en la que los sandinistas llevan una clara ventaja. La repulsa popular por el crimen alienta las reacciones violentas en la población. La oferta insurreccional sandinista se vuelve atractiva para los mismos sectores alineados en la oposición cívica.

Varios líderes opositores trataron sin éxito de ocupar el lugar de Chamorro. Serán sin embargo los sandinistas quienes se verán beneficiados por la percepción pública de que su muerte es obra de Somoza. Una buena parte de los hombres que habían estado en la oposición al lado de la Udel empiezan a inclinarse por una alianza con el sandinismo, en la que se buscaría mantener una presencia importante, que hiciera difícil a los sandinistas un control único y total de la caída de Somoza.

El 10 de enero de 1978, con ocasión de la muerte de Pedro Joaquín Chamorro, el gobierno de Somoza no puede evitar que se le atribuya el asesinato. Y aunque no hay pruebas de su participación, las fuerzas opositoras se encargan de fomentar reacciones populares condenatorias del gobierno. Las más diversas fuerzas opositoras declaran un paro nacional en protesta. El 28 de enero la Iglesia da su apoyo total a la huelga, invitando a los cristianos que apoyen al régimen a no colaborar "con estructuras pecaminosas, que no sólo impiden, sino que lesionan el bien común".²⁵

El 2 de agosto de 1978, cuando corre el rumor de ataques sandinistas en varias ciudades del país, la jerarquía de la Iglesia percibe que los sandinistas la están utilizando, por lo que emite una pastoral en la que señala: "En momentos de intranquilidad y confusión, muchos pretenden desvirtuar la misión de la Iglesia: unos confinándola a los templos; otros colocando en sus brazos un fusil:

Reclamamos hoy sin ambigüedades, un nuevo orden socio-político que haga posible condiciones humanas para la mayoría. . . El ejercicio auténtico del derecho de asociación política, sindical y de elecciones de autoridades. Garantía, dentro de un orden judicial independiente del poder político, que dé curso al reclamo ciudadano. Verdaderas reformas estructurales, en los órdenes tributarios, agrarios y empresariales, que re-

²⁵ Roberto Cardenal Chamorro, "Situación de la Iglesia", *op. cit.*, p. 105.

distribuyan con más equidad la riqueza... Una profunda campaña de saneamiento en la Administración Pública, de la economía nacional, evitando los endeudamientos onerosos... Una reorganización de la Institución Armada, con base en intereses nacionales (no partidistas ni personales), que reduzca, por eso mismo, su normal porcentaje presupuestario. La supresión de instituciones. Un control más eficaz del vicio y del delito, que a veces parecen ampararse a la sombra de la autoridad. El fin de la represión violenta, que ha creado un clima de inseguridad pavorosa en la ciudadanía.²⁶

Un día después, el 3 de agosto, el arzobispo Obando y Bravo junto con otros sacerdotes sugieren por escrito una propuesta para la formación de un gobierno nacional de transición y dicen: "El gobernante podría, como una opción dentro de esa política de mutuas concesiones, promover con su retiro la formación de ese gobierno nacional".²⁷ Somoza no aceptó y continuó atacando a la Iglesia por inmiscuirse en asuntos políticos.

Luego vino la oferta mediadora de la OEA. El país político estaba agitado. Los cimientos del régimen se tambaleaban. La Iglesia, los diplomáticos norteamericanos, en suma, los aliados empiezan a separarse de Somoza. Las bases de la unidad que conservaban atadas a las élites con Somoza se desplazan hacia objetivos diferentes a los de salvar a éste. Buscan salvarse solos en un nuevo esquema de alianzas, primero entre ellos mismos y luego con sectores ajenos. Su imagen de unidad no recoge la figura de Somoza y buscan, a tientas, alguien que le sustituya. Hablan con militares, con políticos del régimen. No tienen, no encuentran a nadie. Poco a poco van mostrando que no saben bien adónde ir. Todo contra Somoza, ¿pero a favor de quién? El 22 de agosto los sandinistas amplifican la crisis de las élites con la toma de Palacio Nacional. Nuevamente, como antes en diciembre de 1974, Somoza, atrapado en su soledad, cede frente a los sandinistas. Las defensas políticas del régimen ya no existen desde entonces, y las iniciativas de la oposición no guerrillera y de la Iglesia que buscaban un deslinde con el sandinismo, ceden frente al golpe oportuno y espectacular del sandinista comandante Cero.

Las luchas políticas no sandinistas están presentes, y tratan de evitar que sus acciones queden subordinadas a la actividad armada, pero poco pueden hacer. En septiembre de 1978 los sandinistas, que se oponen a la idea de un plebiscito para que el pueblo decida si Somoza debía seguir en el poder o no, lanzan una ofensiva insurreccional en va-

²⁶ *Ibid.*, p. 106.

²⁷ *Ibid.*, p. 109.

rias ciudades del país. Los sandinistas siguen buscando ganar el espacio y el liderazgo político antisomocista. Es una disputa callada con los sectores no sandinistas por el control del final político de Somoza. Aunque éste logra días después controlar militarmente la situación, la oposición política no sandinista ve asombrada que las defensas del gobierno ya no existen e inicia una marcha desesperada por ganar lugar para una coalición rebelde en la que preserven una participación activa.

El 2 de junio de 1979 la Iglesia declara que en Nicaragua se han dado las condiciones para que el pueblo desconozca la autoridad de los gobernantes y se rebele. Confiado en la victoria militar y sin reconocer su derrota política, Somoza cierra toda posibilidad de cambio.

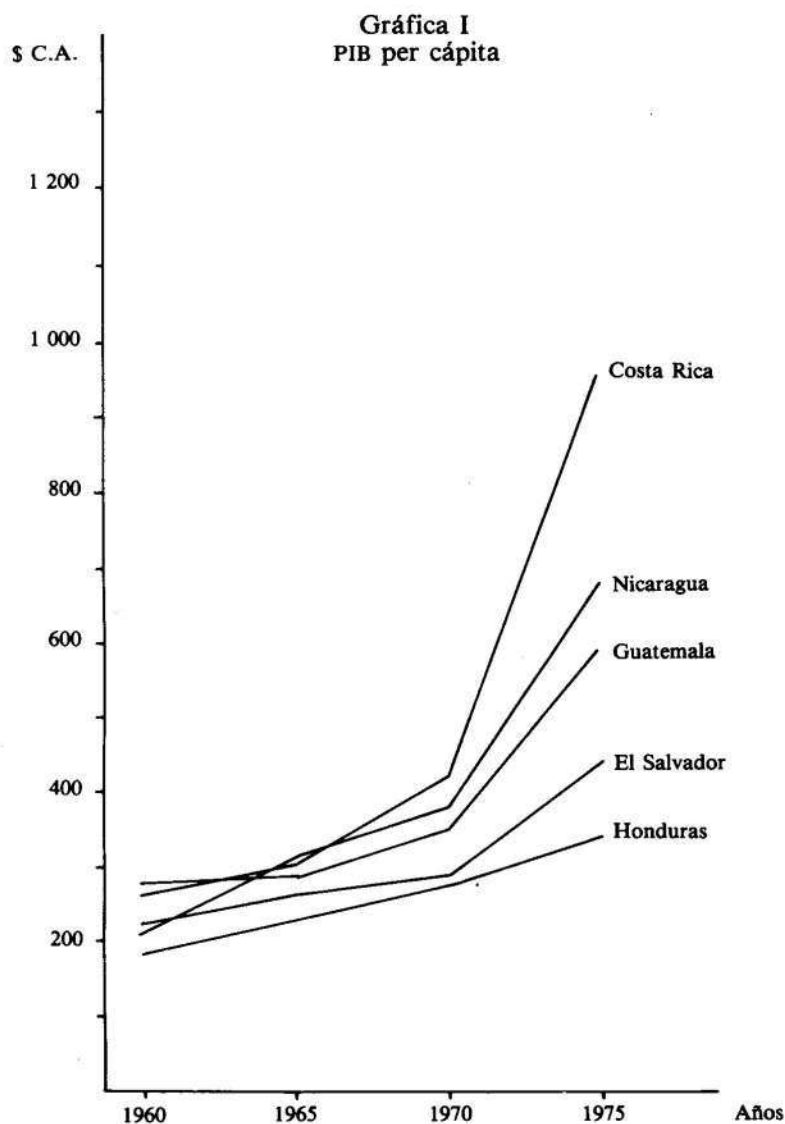
En los primeros meses de 1979 la situación había llegado a tal punto que todo lo que Somoza hacía, en el campo que fuese, exacerbaba la lucha en su contra. Los ataques militares no vendrían más que a terminar de destruir una superestructura político-cultural cuya base de sustento burocrático-empresarial ha desaparecido ya. De nada sirve la fuerza de la Guardia Nacional. En el pasado la amenaza de la fuerza era suficiente para sofocar intentos de rebelión; la fuerza radica en la base de los arreglos políticos que sustentaban al régimen, mismos que tenían un tácito respaldo de Estados Unidos. La falta de previsión o el exceso de confianza en el régimen, había dejado a Estados Unidos en el mismo camino de los empresarios locales: confiar en que abandonando a Somoza impondrían al sandinismo una ficción revolucionaria. Después de todo, las bases de una economía agropecuaria moderna y diversificada estaban reflejando una heterogeneidad social capaz de alentar, como lo hacen la Iglesia, los empresarios y los mismos Estados Unidos, el desconocimiento de la autoridad del gobierno y el establecimiento de una nueva autoridad nacional basada en una coalición de fuerzas diversas. Esas mismas condiciones alentarían el sentimiento de ilegitimidad de un régimen exclusivamente sandinista. Incapaces de defender a Somoza sin beneficiar al mismo tiempo al sandinismo, las élites que ayer con sus vínculos daban cohesión y durabilidad al régimen transfieren su poder e influencia a una etapa posterior: domar al sandinismo, impedir que dinamite al pasado, imponer a los sandinistas una ficción revolucionaria y crear con ella un periodo intermedio.

El estallido final de julio de 1979 revela una crisis de modernidad en un país pobre que se mantiene durante más de tres décadas en una plena expansión económica. Son los hijos de la modernidad los que habrán de impugnar al régimen político que les había creado. No son campesinos, ni obreros, ni soldados rebelados los que impugnan el po-

der, pero es hacia ellos que las élites en competencia transfieren con rapidez retórica la representación del antisomocismo. Guerrilleros sandinistas y empresarios hablan en nombre del pueblo. El "hombre", el jefe, el general se ha quedado solo, con un poder vacío fácil de conquistar. Una mezcla de intenciones diversas y particulares oportunamente presentada como "comunidad de lucha antisomocista", abre la puerta para llenar el vacío de poder. Somoza había dejado de ser el árbitro, el dictador de las élites, el hombre necesario. El régimen se había terminado.

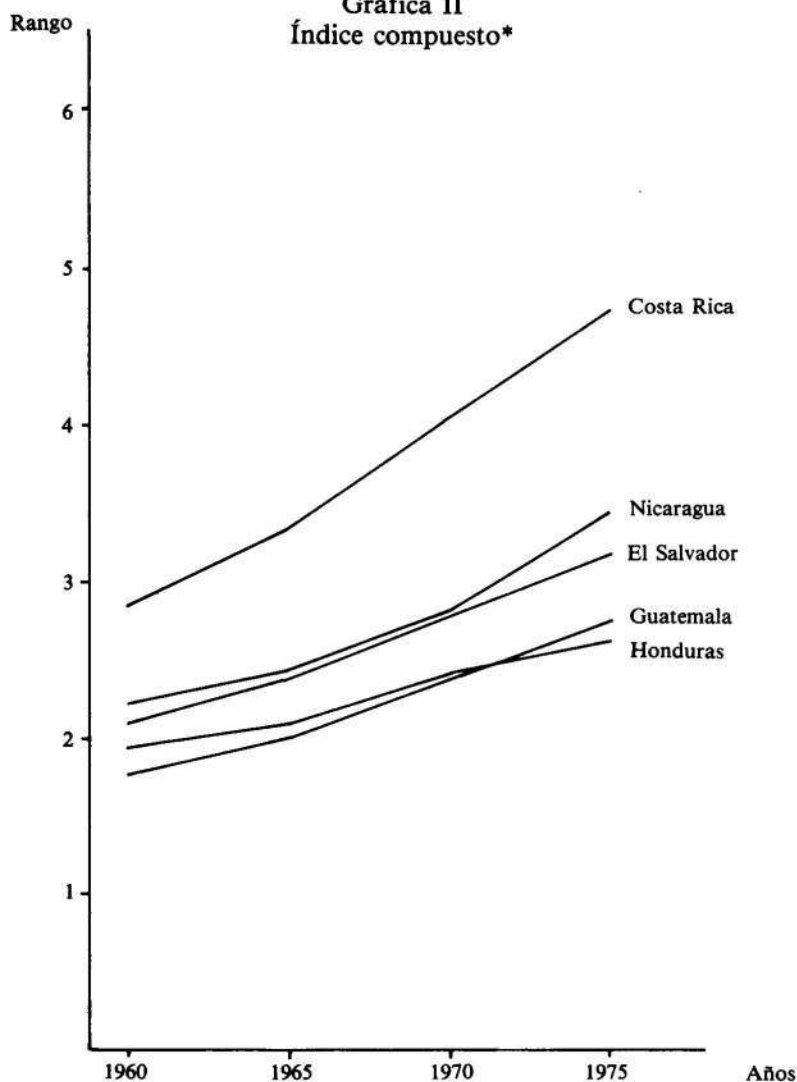
Se iniciaba un periodo incierto. Unos lo verán como el periodo intermedio entre el somocismo y la democracia; otros, como el periodo único y permanente de transición al socialismo. Pronto los sandinistas abandonarían el modelo de alianzas que les llevó al poder e intentarían el poder único y total. Pronto, también, los primeros reaccionarían aplicando correctivos de fuerza para forzar la tesis del periodo intermedio. A su favor estarían dos situaciones externas: el arribo tardío de un modelo único y total en la esfera del socialismo y la eficacia en la aplicación de correctivos de fuerza sin la intervención directa de Estados Unidos. La exclusión, el exilio masivo, el desastre económico y administrativo y la inseguridad, harían el resto.

El análisis del periodo sandinista 1979-1989, en la perspectiva anotada de periodo intermedio que tiene su desenlace en la derrota electoral sandinista de 1990, no es tema de este trabajo. Pero el análisis de la formación del poder político nicaragüense aquí ensayado permite una comprensión más fácil de los acontecimientos actuales.



Fuente: Enrique Delgado, *Evolución del Mercado Común Centroamericano y Desarrollo Equilibrado*, San José, Costa Rica, EDUCA, 1981, p. 203.

Gráfica II
Índice compuesto*



*El índice compuesto recoge una combinación de 6 características: nivel de ingreso, integración nacional, productividad, diversificación, nivel institucional y desarrollo social. A estas características se le aplican un total de 12 variables representativas. De la combinación surge una jerarquía de desarrollo centroamericano entre 1960 y 1975. Enrique Delgado, *op. cit.*, p. 210.

BIBLIOGRAFÍA

Libros

- Álvarez Lejarza, *Las constituciones de Nicaragua*, Madrid, 1958.
- Barquero, Sara, *Gobernantes de Nicaragua, 1927-1947*, Managua, Publicaciones del Ministerio de Instrucción Pública, 1947.
- Bodenheimer, Susana (ed.), *La inversión extranjera en Centroamérica*, San José, Costa Rica, Educa, 1981.
- Callahan, James Morton, *American Foreign Policy in Mexican Relations*, Nueva York, The Macmillan Company, 1932.
- Castillo Rivas, Donald, *Acumulación de capital y empresas transnacionales en Centroamérica*, México, Siglo XXI, 1980.
- (ed.), *Centroamérica más allá de la crisis*, México, Ediciones SIAP, 1983.
- Centeno Zapata, Fernando, *Breve cronología de las luchas sociales de Nicaragua, 1523-1975*, Masaya, Nicaragua, Ediciones Club del Libro, 1976.
- Christian, Shirley, *Revolution in the Family*, Nueva York, Vintage/Random House, 1985.
- Cosío Villegas, Daniel, *Historia moderna de México. El porfiriato. Vida política exterior*, Primera Parte, Mexico, Editorial Hermes, 1972.
- Cox, Isaac, *Nicaragua and the United States, 1901-1927*, Boston, World Peace Foundation, 1927.
- Cuadra, Pablo Antonio, *El Nicaragüense*, Managua, Editorial Itenec, 1974.
- Cuadra Pasos, Carlos, *Historia de medio siglo*, Managua, Editorial Unión, 1964.
- Cumberland, W. W., *Nicaragua. Economic and financial survey*, Washington, United States Government Printing Office, 1928.
- Delgado, Enrique, *Evolución del Mercado Común Centroamericano y desarrollo equilibrado*, San José, Costa Rica, Educa, 1981.
- Denny, Harold Norman, *Dollars for bullets*, Nueva York, L. MacVeagh, 1929.
- Facio Brenes, Rodrigo, *La federación centroamericana. Sus antecedentes, su vida y disolución*, San José, Costa Rica, 1965.
- Fiallos Oyanguren, Mariano, "The Nicaraguan political system: The flow of demands and the reactions of the regime", Lawrence, Kansas, tesis de doctorado, University of Kansas, 1968.

- Floyd, Troy. S., *The Anglo-Spanish struggle for Mosquitia*, Albuquerque, The University of New Mexico Press, 1967.
- Gómez, José Dolores, *Historia de la costa de mosquitos*, Managua, 1939.
- Guzmán, Enrique, *Huellas de su pensamiento*, Granada, Managua, 1939.
- Ireland, Gordon, *Boundaries, possessions and conflicts in Central America, North America and the Caribbean*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1941.
- Kammann, William, *A search for stability: United States diplomacy toward Nicaragua, 1925-1933*, South Bend, Indiana, University of Notre Dame Press, 1968.
- Langley, Lester D., *Struggle for American Mediterranean*, The University of Georgia Press, 1976.
- Lozano, Lucrecia, *De Sandino al triunfo de la revolución*, México, Siglo XXI, 1985.
- MacAllen, H. C., *Great Britain and the United States: A history of Anglo-American relations, 1783-1952*, Londres, Odham Press Limited, 1954.
- Macaulay, Neill, *The Sandino affair*, Chicago, Quadrangle Books, 1967.
- Mayorga Quirós, Román, *El crecimiento desigual en Centroamérica, 1950-2000*, México, El Colegio de México, 1983.
- Medina, Alberto, *Efemérides Nicaragüenses, 1502-1941*, Managua, Nicaragua, Editorial La Nueva Prensa, 1945.
- Mendoza, José Luis, *Inglaterra y sus pactos sobre Belice*, Guatemala, 1942.
- Millet, Richard, *Los guardianes de la dinastía*, San José, Costa Rica, Educa, 1979.
- Moncada, José María, *Estados Unidos en Nicaragua*, Managua, 1942.
- Morales Carazo, Jaime, *Mejor que Somoza cualquier cosa*, México, Compañía Editorial Continental, 1986.
- Moreno, Laudelino, *Historia de las relaciones interestatales de Centroamérica*, 2a. Ed., Madrid, 1928.
- Munro, Dana, *The Five Republics of Central America*, Nueva York, Oxford University Press, 1918.
- *Intervention and Dollar Diplomacy in the Caribbean, 1900-1921*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press, 1964.
- Nearing, Scott and Joseph Freeman, *Dollar diplomacy*, Arno Press and The New York Times, Nueva York, 1970.
- Newson, Linda A., *Indian survival in colonial Nicaragua*, Norman, University of Oklahoma Press, 1987.
- Pastor, Robert A., *Condemned to repetition*, Princeton, N.J., Princeton University Press, 1987.
- Pastor, Rodolfo, *Historia de Centroamérica*, México, El Colegio de México, 1989.
- Perkins, Dexter, *The Monroe Doctrine, 1826-1867*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1933.
- *The Monroe Doctrine, 1867-1907*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1937.
- Perkins, Whitney T., *Constraint of empire. The United States and Caribbe*

- an interventions*, Westport, Conn., Greenwood Press, 1981.
- Randell, David R., *Historical geography of Western Nicaragua, 1519-1965*, Berkeley, University of California, 1969.
- Rippy, Fred J., *Rivalry of the United States and Great Britain over Latin America, 1808-1830*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1929.
- Sáenz, Vicente, *Nuestras vías interoceánicas*, México, Editorial América Nueva, 1957.
- Selva, Carlos, *Un poco de historia*, Guatemala, Colección Los Clásicos del Istmo, Ediciones del Gobierno de Guatemala, 1948.
- Stimson, Henry L., *American policy in Nicaragua*, Nueva York, Scribner's, 1927.
- Strachan, Harry W., *Family and other business groups in economic development. The case of Nicaragua*, Nueva York, Praeger Publisher, 1976.
- Teplitz, Benjamin, *The political and economic foundations of modernization in Nicaragua: The administration of José Santos Zelaya, 1893-1909*, Washington, D.C., Howard University, tesis de doctorado, 1973.
- Torres Rivas, Edelberto, *Interpretación del desarrollo social centroamericano*, San José, Costa Rica, Educa, 1971.
- *Crisis del poder en Centroamérica*, San José, Costa Rica, Educa, 1981.

Artículos

- Barahona Portocarrero, Amaru, "Breve estudio sobre la historia contemporánea de Nicaragua", en Pablo González Casanova (comp.), *América Latina: historia de medio siglo*, vol. 2, México, Siglo XXI Editores, 1981.
- Betanco Estrada, Bismarck, "Análisis demográfico de Nicaragua", tesis de maestría, Centro de Estudios Económicos y Demográficos, México, El Colegio de México, 1979.
- Cardenal Chamorro, Roberto, "Situación de la Iglesia", en *1984 Nicaragua*, San José, Costa Rica, Libro Libre, 1985.
- Cardoso, Ciro Flamarión Santana, "Historia económica del café en Centroamérica (siglo XIX): estudio comparativo", *Estudios Sociales Centroamericanos*, San José, Costa Rica, núm. 9, enero-abril, 1975.
- Castillo Rivas, Donald, "Situación económica y alianzas políticas en Nicaragua", *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 42, núm. 2, abril-junio, México, 1980.
- Cazoli Ávila, Augusto, "La autonomía universitaria en Centroamérica", en *Anuario de Estudios Universitarios*, núm. 3, Universidad de Costa Rica, San José, 1977.
- Chavarría K., Manuel, "Bibliografía sobre Centroamérica", México, Centro de Estudios Internacionales, El Colegio de México, 1983.
- González, Paulino, "Las luchas estudiantiles en Centroamérica, 1970-1983", en Daniel Camacho y Rafael Menjívar, *Movimientos populares en Centroamérica*, México, ONU, FLACSO, IISUNAM, 1985.

- Greer, Virginia L., "State Department Policy in regard to the Nicaraguan Election of 1924", *Hispanic American Historical Review*, vol. 34, núm. 4, November, 1954.
- Griffith, William Joyce, "The Historiography of Central America Since 1830", *Hispanic American Historical Review*, vol. 40, núm. 4, noviembre, 1960.
- Gutiérrez Mayorga, Gustavo, "Historia del movimiento obrero de Nicaragua, 1900-1977", en Pablo González Casanova, *Historia del movimiento obrero en América Latina*, núm. 2, México, Siglo XXI Editores, 1985.
- Jenkins Molire, Jorge, "La Mosquitia nicaragüense: articulación de una formación precapitalista", en *Estudios Sociales Centroamericanos*, enero-abril, 1980, San José, Costa Rica.
- Lanuz Matamoros, Alberto, "Comercio exterior de Nicaragua, 1821-1875", en *Estudios Sociales Centroamericanos*, núm. 14, San José, Costa Rica, mayo-agosto, 1976.
- La Orden Micracle, Ernesto, "Catálogo provisional del patrimonio histórico artístico de Nicaragua", *Anuario de Estudios Centroamericanos*, núm. 2, Universidad de Costa Rica, San José, Costa Rica, 1975.
- Lawton Carter, Jorge, "Crisis de la hegemonía: política de Carter hacia Nicaragua, 1977-1979", en *Cuadernos Semestrales*, núm. 6, CIDE, México, segundo semestre, 1979.
- Lozano, Eduardo, "Integración económica e ideologías sobre el desarrollo", en *Estudios Sociales Centroamericanos*, núm. 24, San José, Costa Rica, septiembre-diciembre, 1979.
- Naylor, Robert Arthur, "The British role in Central America prior the Clayton-Bulwer Treaty of 1850", en *The Hispanic American Historical Review*, vol. XL, núm. 3, agosto, 1960.
- Opazo B, Andrés, "El movimiento religioso popular en Centroamérica, 1987-1983", en Daniel Camacho y Rafael Menjivar, *op. cit.*
- Penfields, Nalter S., "Emiliano Chamorro, Nicaragua's Dictator", en *Current History*, vol. XXIV, junio, 1926.
- Samandú, Luis y Rud Jansen, "Nicaragua: dictadura somocista, movimiento popular e Iglesia, 1968-1979", en *Estudios Sociales Centroamericanos*, núm. 33, San José, Costa Rica, enero-abril, 1982.
- Stansifer, Charles J., "Una nueva interpretación de José Santos Zelaya, dictador de Nicaragua, 1893-1909", *Anuario de Estudios Centroamericanos*, núm. 1, Universidad de Costa Rica, San José, Costa Rica, 1974.
- Tunnerman B., Carlos, "Historia de la Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua", *Anuario de Estudios Centroamericanos*, núm. 1, Universidad de Costa Rica, San José, Costa Rica, 1974.
- Valle, María E., "Udel: la expresión política de una alianza de clase en Nicaragua, 1974-1978", *Estudios Sociales Centroamericanos*, núm. 24, San José, Costa Rica, septiembre-diciembre, 1979.
- Villagra G., William, "Las posiciones políticas de las corrientes sindicales nicaragüenses", *Anuario de Estudios Centroamericanos*, núm. 6, Universidad de Costa Rica, San José, Costa Rica, 1980.

Documentos varios:

- Banco Central de Nicaragua, *Informe*, Managua, Nicaragua (anual).
- Banco Interamericano de Desarrollo (BID), *Progreso económico y social en América Latina*, Washington (informes anuales desde 1961).
- Comisión Económica para América Latina (CEPAL), *Estudio Económico de América Latina*, Naciones Unidas, Santiago de Chile (informes anuales).
- Nicaragua, Dirección General de Estadística, *Anuario Estadístico 1939-1972*, microtarjetas, Zug, Switzerland, s.f.
- Nicaragua, Oficina Ejecutiva de Encuestas y Censos, *Anuario Estadístico 1977*, Managua, Nicaragua, 1978.
- Nicaragua, Consejo Nacional de Economía, Oficina de Planificación, *Análisis de desarrollo económico y social de Nicaragua, 1950-1962*, Managua, 1964.
- Nicaragua, Consejo Nacional de Economía, Oficina de Planificación, *Plan Nacional de Desarrollo Económico y Social, 1965-1969*, Managua, 1965.
- Organización de los Estados Americanos, CEPACIES, *Situación, principales problemas y perspectivas del desarrollo integral de Nicaragua*, Washington, D.C., OEA/Ser. H/X IV CEPACIES 111, 25 de diciembre de 1975.
- Secretaría Permanente de Integración Económica Centroamericana (SIECA), *El desarrollo integrado de Centroamérica en la presente década*, Buenos Aires, BID-INTAL, 1973.
- Unión de Universidades de América Latina, *Censo universitario latinoamericano, 1979*, México, D.F., 1981.
- United States, Department of State, *Papers relating to the Foreign Relations of the United States*, Washington Government Printing Office (anual).

ÍNDICE

Advertencia y agradecimientos	5
Introducción	7
I. Nicaragua en el siglo XIX. La fallida ruta interoceánica	15
II. La revolución liberal y los primeros indicios de un poder político nacional, 1893-1909	35
III. Los gobiernos bajo custodia americana, 1910-1937	61
IV. El gobierno fuerte. La primera ronda, 1937-1956	91
V. La segunda ronda: los hijos y seguidores del general, 1957-1967	111
VI. La tercera y última ronda, 1967-1979	125
Bibliografía	151

Este libro se terminó de imprimir en noviembre de 1991
en los talleres de Programas Educativos, S.A. de C.V.,
Chabacano 65-A, 06850 México, D.F.
Fotocomposición y formación: Literal, S. de R.L., Mi.
Se imprimieron 1 000 ejemplares más sobrantes para reposición.
Cuidó la edición el Departamento de Publicaciones
de El Colegio de México.

**Centro de
Estudios
Internacionales**

Este libro explica los distintos acontecimientos políticos, económicos y sociales que históricamente permitieron el ascenso del sandinismo en Nicaragua, así como los tropiezos que provocaron su caída.

Dedicado a la revisión del proceso político nicaragüense de larga duración, el autor no se introduce de lleno en los procesos de corta duración que el sandinismo inaugura en 1979. No obstante, en términos teóricos y prácticos, la revisión histórica previa al sandinismo permite no sólo la explicación de este movimiento, sino que adelanta claves de interpretación de por qué no terminó siendo un fenómeno maduro en la formación y evolución política interna de Nicaragua.

Escrito con un espíritu independiente, es un trabajo excepcional por su franqueza política en el tratamiento de los temas históricos que rodean la formación del poder político en Nicaragua.



EL COLEGIO DE MÉXICO